



**DONACIÓN**  
Cabildo Insular  
de Gran Canaria



ST PR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA	
N.º Documento	281278
N.º Copia	724566

ES PROPIEDAD



*Al excelentísimo señor don Federico Tedeschini, arzobispo de Lepanto y nuncio apostólico de Su Santidad, consagrante;*

*A los excelentísimos y reverendísimos señores don Leopoldo Eijo Garay, obispo de Madrid-Alcalá y fray Bernardo Martínez, obispo de Almería, prelados asistentes;*

*A los excelentísimos señores Condes del Padul don Isidoro Pérez de Herrasti y doña Rosario de Solís y Desmaissières, padrinos;*

*A cuantos presencialmente o en espíritu asistieron a tan solemne ceremonia, ayudándome con sus oraciones;*

*A todos los que, iniciados ya, consumados por ventura, en la Ciencia del Amor, me envuelven en las llamas de ese divino fuego;*

*Como recuerdo de mi Consagración episcopal, ocurrida en la Catedral de Madrid el 19 de julio de 1925;*

*Y en prenda de profunda gratitud, tiernísimo afecto y eterna correspondencia*

EL AUTOR.

*...Hay otro mundo mejor en lo interior del alma, de bellezas y goces infinitamente superiores a los del mundo de fuera... Ese es el Reino de Dios, a donde sólo se llega por la renuncia completa de sí mismo en aras del perfecto amor. Y el alma que a él llega, de esclava se convierte en reina, pues la hace esposa suya el mismo Dios.*

## PREÁMBULO DE LA PRIMERA EDICIÓN

*Predicaba el que esto escribe una novena del Sagrado Corazón en el segundo Monasterio de Salesas, de esta Corte, y los temas escogidos eran continuación, y como la segunda parte de los del año anterior, que también en el mismo sitio había predicado: 1.º Los caminos del Amor de Dios para con nosotros, desde que el Verbo es engendrado en el seno del Eterno Padre, hasta que en inefable abrazo de amor, se une a nuestras almas en la Sagrada Eucaristía; y 2.º Los caminos de nuestro amor para con Dios, desde que recibimos la primera invitación para la gracia o para el banquete eucarístico, hasta que, abrazados con Jesús, somos por El recibidos en el Reino glorioso del Eterno Padre.*

Era todo, como se ve, cuestión de amor. Y cuando ya iba para terminar la novena, un día, después del sermón, entró en la Sacristía una señorita, para mí hasta entonces desconocida, preguntándome:

—¿Va usted a continuar predicando de estos temas en alguna parte?

—De momento, no, señora —le respondí.

—Y ¿tendría usted inconveniente en darnos unas pláticas a un grupo de personas piadosas, exclusivamente para personas piadosas, en alguna iglesia o capilla de esta Corte?

—Antes al contrario, tendría en ello grande gozo.

.....

Días después era cosa convenida que en la capilla del Colegio del Sagrado Corazón, por ser recogida y amplia y adonde sólo por invitación pudiera entrarse, se tendrían cinco pláticas sobre **EL AMOR DE DIOS**,

con la mira principal de enseñar, es decir, de llevar, sobre esta cuestión, que las abarca todas, algún rayito de luz a las almas.

— Habida la primera plática, el 26 de junio de 1923, otro nuevo pequeño diálogo:

— Estas pláticas, ¿las tiene usted escritas?

— No, señora.

— ¿Ni apuntes siquiera?

— Ni siquiera eso. La vida ocupadísima que llevo no me lo permite.

— Y ¿tendría usted inconveniente, en que alguna de nosotras los saquemos, para que nos sirvan de recordatorio?

— Ningún inconveniente. Pueden muy bien hacer lo que les plazca.

.....  
Terminadas las pláticas, con una de Comunión general el 1.º de julio, me trajeron los apuntes de todas ellas, menos de la primera, para que



yo los revisase. Después cayeron en la cuenta de que resultaba más fácil imprimirlos que copiarlos...; y para ello, para imprimirlos, me pidieron permiso, rogándome a la vez supliese yo los apuntes que faltaban de la primera plática. Vacilé, pues sobraban los motivos para impedir tal impresión; pero al fin, ¿quién sabe si, aun así, podrían llevar algún rayito de luz a las almas...?

Vayan, pues, por el mundo esos apuntitos, que no tienen más misión que la de servir de recordatorio; fríos, secos, macilentos, como esas hojitas descoloridas de rosa, que alguna vez se encuentran entre las hojas de los libros.

Dios podrá hacer, sin embargo, que estos abstractos recortes de **LA CIENCIA DEL AMOR** sirvan a algún alma para encaminarse un poco más hacia la Sabiduría del Amor, la que es Don suyo, por la que a El mis-

*mo se le sabe, se le saborca, en las íntimas moradas del espíritu..., preparando así el instante eterno en que seamos anegados en el piélago infinito de sus divinos Amores.*

*Señor, si quieres...*

*Sedes Sapientiae, Mater Pulchrae,  
Dilectionis, ora pro nobis.*

*Madrid y octubre de 1923.*

*FR. ALBINO GONZÁLEZ MENÉNDEZ-  
REIGADA, O. P.*

## LA SEGUNDA EDICIÓN

### PEQUEÑA BIBLIOTECA MÍSTICA

*Agotóse rápidamente la primera edición de este librito; y, a lo que podemos por de fuera juzgar, con verdadero provecho de las almas. Con esto era una especie de obligación de conciencia el tratar de mejorarlo un poco más y volver a imprimirlo, para atender a los muchos pedidos que de él se hacían.*

*Dos observaciones se me hicieron respecto de la primera edición. La primera, que a causa de su concisión excesiva, resultaba el librito en ciertos puntos, un tanto confuso. Y la segunda, que si "no hay más amor que el de Dios" ¿por qué se nos manda y encarece tanto el amor del prójimo?... A las dos hemos procu-*

*rado atender en esta segunda edición, ampliando la Primera Parte en aquellos puntos en que lo hemos juzgado más necesario, y añadiendo completamente de nuevas una Segunda Parte, al amor del prójimo exclusivamente dedicada.*

*El éxito de este librito, mas el cambio radical en la manera y distribución de la vida del autor operado providencialmente en la última temporada, me han sugerido la idea de seguir publicando una serie de tomitos parecidos a éste, propios y ajenos, de autores antiguos y contemporáneos, a fin de seguir predicando con la pluma y con la imprenta, cuando ya no me es posible seguir haciéndolo con la intensidad de antes por medio de la palabra. Estos libritos, de tamaños y precios diferentes, aunque nunca grandes, irán agrupados*

bajo el título general de Pequeña Biblioteca Mística.

La palabra mística la entendemos aquí, naturalmente, en un sentido amplio. Res specificantur a potiori, decían los escolásticos; las cosas se especifican por lo mejor que hay en ellas. Y como lo mejor de la vida cristiana y el término lógico y grado supremo de la misma, está en la unión mística con Dios, podemos en este sentido decir, que todo cuanto nos lleva a la perfección o es mística o a ella nos ordena y para ella nos prepara. Por eso se incluirán también aquí trataditos de vicios y virtudes, francamente ascéticos.

Pensamos publicar muy pronto, con la ayuda de Dios, opusculitos preciosos y, por lo común, muy poco conocidos, de Santo Tomás, de San Buenaventura, Beato Susón, Venerable Taulero, Santa Catalina, San Vicente Ferrer, Savonarola, etc., etc.

*Claro está, que del público mismo dependerá en gran parte el éxito de esta empresa.*

*Bendígala el Señor; que con la bendición del Cielo cumplirá ciertamente su cometido, produciendo en las almas frutos abundantes de santidad y virtudes.*

*Madrid, 8-VII-925.*

**FR. ALBINO GONZÁLEZ MENÉNDEZ-  
REIGADA, O. P.**

*Obispo preconizado de Tenerife.*

# I

Vivir es moverse, cambiar. En todo lo que alcanza nuestra vista, nada, al parecer, permanece; nada dura ni se sostiene en el mismo ser, ni dentro ni fuera de nosotros. Esto es lo que nos dice la experiencia.

¿Nada dura...? Sí, dura desde luego nuestra persona. Ella es la que observa, la que goza o la que sufre todas estas mutaciones. Las cuales cambian su estado, la levantan o la oprimen, la despojan o la enriquecen... pero dejan siempre intacta su raíz, su esencia.

Y una voz poderosísima nos dice que esa esencia es inmortal; voz que es *la voz del ser*, profunda y amplia y penetrante; voz no nacida de nues-

tros discursos ni artificios, que no logran, al fin, sino corroborarla; voz infinitamente superior en autoridad y eficacia, que brotando de las más íntimas profundidades de nuestro ser espiritual, llena todos los ámbitos de la historia... Voz de Dios...

¿No la oís...? Aquietad un poco vuestro espíritu; esforzaos por sosegar, siquiera momentáneamente; vuestras pasiones, que os ensordecen y os ciegan, sin que os deis cuenta quizá vosotros mismos; arrancad, con ímpetu de valentía sincera, la careta y los artificios de comodín de vuestro amor propio, sin los cuales acaso no habéis tenido jamás valor para mirar vuestra propia realidad frente a frente; penetrad en el sagrario de vuestra propia conciencia, oculto y casi desconocido en el fondo de vuestro ser, y corred, siquiera por unos instantes, por unas horas... los cerrojos a las puertas del sentido,



para que no os molesten las llamadas ni el vocerío de fuera. Vuestra felicidad bien vale la pena de todo esto. ¿No la ois...? Pues a vosotros llama; a todos y a cada uno de vosotros se dirige. Y es la Voz eterna y omnipotente de Dios...

Vivir es moverse, caminar. Pero todo camino tiene un fin, que será la morada del descanso, que es la razón de ser del movimiento mismo. Moverse es para alcanzar algo que nos falta. ¿Qué es, pues, lo que nos falta? ¿Qué es lo que vamos buscando...? ¿Por qué se nos obliga a caminar? ¿Hacia dónde se dirige nuestro rumbo...?

Si quisiéramos pasar revista a nuestro propio ser, lo encontraríamos por todas partes descompuesto y lleno de imperfecciones. Débiles y escasas nuestras fuerzas; insegura nuestra salud; limitados y flojos y sujetos al cansancio nuestros senti-

dos...; y sujeta a error y casi esclava del error nuestra inteligencia, y ¡tan alejada de la verdad, tan alejada...!; y hambrienta y sedienta siempre nuestra voluntad, y (sin dejar de tener hambres infinitas) sufriendo hastío y tristeza y desánimo y rabia y otras mil penosas enfermedades.

Nuestra naturaleza, pues, o está mal hecha o es que se halla todavía a medio hacer... Mal hecha no, que no hay nada mal hecho en el mundo. El mundo es obra de Dios y las obras de Dios son perfectas. Y por otra parte, la misma experiencia (la de fuera y... quizás la de dentro) nos dice de cuán grandes cosas somos capaces, cuán grandes maravillas se pueden realizar, se pueden construir, con este plasma humano, animado por soplos de divinidad, de que estamos constituídos. San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer, Santa Teresa de Je-

sús, San Ignacio de Loyola... eran de nuestra masa, y fueron fundamentalmente lo que somos, y llegaron a ser y son y serán ya eternamente algo que también a nosotros se nos promete, que también para nosotros está abierto y que a lo lejos nos sonríe...; son y serán eternamente lo que también podremos nosotros eternamente llegar a ser...

La verdad es que estamos a medio hacer (además de estar descompuestos en esta misma nuestra construcción a causa del pecado). Nos movemos para construirnos, para edificar-nos... hasta alcanzar la última perfección. Perfecto es lo que está terminado, totalmente hecho, en lo cual ya no queda más que hacer, porque está hecho todo. Nuestra naturaleza, pues, a medio hacer, nos empuja hacia la perfección, hacia el ser completo.

A veces nos sentimos crecer, con

un ímpetu, con unas ansias, con una necesidad de crecimiento semejante al de las plantas y los árboles en plena primavera. ¿Para qué...? Porque no está en nosotros ni es fácil de encontrar sobre la tierra la razón de nuestro crecimiento. Crece el cuerpo para descomponerse en seguida..., tras un brevísimo gozar acaso. Y ese gozar de los sentidos no es el fin ni la razón de su crecimiento, porque precisamente se opone a él; y no hay apenas goce de sentido que no acorte la vida, que no amenace con la muerte y la descomposición, que no traiga consigo enfermedades a poco que se sobrepase la medida.

No, no es ese el camino. No se nos fué dado el cuerpo para gozar, sino para servir al alma. Y el alma, ¿cómo crece? ¿Adónde va? ¿Cuáles han de ser sus frutos...? Presentimos que esos frutos pueden quedarse en agraces y aun malograr-

se del todo, como planta que no ve el sol y a la cual se la saca de su clima y de su ambiente. Pues ¿cuál es nuestro sol? ¿Nuestro ambiente? ¿Nuestro clima...?

Nuestra naturaleza busca la perfección, que es el fin; pero ciertamente necesita medios adecuados. Cada efecto tiene su causa proporcionada. Dátiles y plátanos, por ejemplo, necesitan de un sol semiecuatorial, y no se criarán jamás bajo los hielos del Polo. Para producir el fruto que debemos cosechar de nuestras vidas, ¿cómo deberemos cultivarlas? ¿Con qué sol y con qué brisas deberemos orear nuestros espíritus?

Pues si nuestra naturaleza busca la perfección, y es bien seguro que sólo por ciertos y determinados medios podrá alcanzarla, ¿hacia dónde nos empuja nuestro deseo? Nuestro deseo va saltando, con ansias infinitas, sobre todas las cosas de la tie-

rra; y cuando llega a gozarlas, se llama a engaño. Esos goces acaban por aumentar el hambre, y el vacío, y la amargura, por hacer inútiles todos los esfuerzos y aumentar y hacer incurable acaso la enfermedad. No edifican, sino destruyen; no enriquecen, sino desgastan y agotan... Por eso no hay corazón que, persiguiéndolos, no venga a exclamar al fin, profundamente dolorido: "Vanidad de vanidades y todo vanidad." Y es que nuestro deseo es en el fondo y tiene que ser tan infinito como nuestra capacidad.

Y ¿qué es lo que busca, en resumen, nuestro corazón? ¿Hacia dónde nos va llevando el deseo? Nuestro corazón es esclavo del placer, y se perece por un poquito de gozo y alegría. Nuestro deseo invariablemente nos empuja como una brújula misteriosa, como una fuerza de atracción irresistible, en busca de la felicidad.

Y ¿qué es la felicidad...? Es como el aroma del ser..., del ser consciente que se posee a sí mismo; y está precisamente en proporción con el ser que se posee y con la capacidad radical de poseerlo.

A mayor capacidad de ser, mayor capacidad de dicha; y a mayor posesión de ser, mayor felicidad; y a la posesión suprema del ser, bienaventuranza suprema. Del ser, del Ser que es Luz y Verdad y Amor y Hermosura y Bondad y Omnipotencia...

La felicidad, por otra parte, implica algo de absoluto: ha de ser totalidad, saciedad, plenitud rebotante de gozo. Pero si el gozo nace de la posesión del ser, como el aroma de las flores, perfección y felicidad tendrán que ir juntas y ser una sola cosa realmente. Con respecto al ser es perfección; con respecto a la naturaleza es acabamiento, plenitud; con respecto a la voluntad es posesión

de ese pleno bien, es felicidad verdadera.

Pero todo esto que se acaba de indicar, perfección, plenitud del ser, felicidad cumplida, viene a estar realmente resumido en una sola palabra: *el bien*, y por lo que hace a nosotros: *nuestro bien*. ¿Dónde está, pues, nuestro bien...? Y si el bien es plenitud de ser, ¿dónde podrá llenarse nuestro ser hasta rebosar en esa forma cumplida?

Nuestro ser tiene hambre de luz y de verdad y de hermosura; y como esa su hambre es infinita y es eterna, sólo podrán llenarle la infinita Verdad y la Hermosura infinita. Nuestra voluntad tiene hambre de amor y de dicha, y como es siempre infinita su hambre, sólo podrá saciarse en el piélago de la infinita bondad, objeto y causa y centro eterno y único del amor y de la bienaventuranza.



De aquí resulta claramente, que nuestro bien está en Dios; que el movimiento que la naturaleza nos imprime es para marchar hacia El; que la plenitud del ser que vamos buscando ha de ser plenitud de Dios —porque Dios es *el Ser*—, y que la medida de nuestro crecimiento y de nuestra grandeza será siempre la medida misma en que de Dios nos vayamos llenando, hasta llegar a la plenitud definitiva, que será poseerle a El y ser por El eternamente poseídos.

Todo lo demás es engaño e ilusión. Nos lo dicen de común acuerdo la razón y la fe; nos lo dice la experiencia de los que van delante; y... hasta nuestra propia experiencia. Sí: escuchemos tranquilos y serenos lo que *nuestra alma* nos dice... Sólo Dios podrá llenarnos. Sólo en Dios puede estar nuestro destino.

Dios, en efecto, nos ha creado para

sí, que es como crearnos para toda perfección, para toda felicidad, para toda grandeza verdadera. El **ser** á nuestro tesoro. Y para que podamos poseerlo tal cual es —cosa infinitamente superior a nuestras naturales fuerzas— nos levantó hasta Sí, elevándonos al orden sobrenatural, y aumentando hasta lo infinito nuestras capacidades. Su bondad infinita, sus infinitas riquezas e infinita gloria, podfán de esta manera ser *nuestras* eternamente.

El bien ejerce sobre nosotros una atracción irresistible. Y es atracción de naturaleza y de voluntad. Sin quererlo lo buscamos; y cuando, dueños de nosotros mismos, ponemos en marcha nuestra voluntad, nuestro querer, lo buscamos igualmente, aunque no siempre acertemos a buscarlo donde en realidad se encuentra. Esa busca del bien, esa tendencia inevitable hacia el bien, es *el amor*, el amor ini-

cial, el potencial primero y como la semilla informe, negruzca y fea, del amor.

Y como esa tendencia es siempre lo que nos saca de la pasividad, lo que nos pone en movimiento, de ahí que el amor sea el principio de toda nuestra vida. Y aun pudiera decirse que es nuestra vida misma; porque vivir es obrar, actuar nuestras potencias, saborear el fruto de nuestras actividades; y no hay actividad ni potencia que no sea movida por el querer, es decir, por el amor.

Y cuando por el amor nos ponemos en marcha hacia el bien, hacia nuestro verdadero bien, comenzamos rápidamente a sentir que ese bien es para nosotros, como nosotros para él. Es como si ese bien saliese a nuestro encuentro. Es como si al amor con que le amamos, comenzásemos a sentir con mayor o menor intensidad el amor con que nos ama. Como si en-

viara hacia nosotros un aroma que nos envolviese en una especie de cielo anticipado de felicidad verdadera. Por eso el que ama cree siempre en el bien, y cree en la fidelidad, y cree en un cielo eterno. La felicidad por el amor; la felicidad que el corazón tanto hambrea y por la cual siempre se mueve y lo gobierna todo.

Por eso el problema del amor es el problema de la vida. Somos y valemos según lo que amamos y la forma y medida en que lo amamos. Cuando crece el amor en nosotros, crecemos; y cuando disminuye, disminuimos; y cuando se destruye y se corrompe, quedamos destruidos y corrompidos. Y en vez de llenarnos del Bien y del Ser, que es la obra del Amor, quedamos en un vacío y una tiniebla y un hambre y un horror y una contradicción y una agonía y... una *muerte* perdurable e infinitamente atormentadora. De modo

que así como todo lo que *vale* fuera de nosotros viene a quedar resumiendo en esta sola palabra, el Bien, así todo lo que vale dentro de nosotros viene a resumirse en esta otra, el Amor, por el cual el Bien se busca y se alcanza.

Pero si el amor es la tendencia al bien, será el amor verdadero cuando ese bien que buscamos sea el verdadero. Y como nuestro Bien verdadero es sólo Dios, no hay más amor verdadero que el amor de Dios.

Todos los demás amores tienen forzosamente que flaquear o en el principio o en el término, o en el sujeto o en el objeto, o en ambas cosas a la vez.

Lo que se llama amor de sí mismo no es amor, porque no hay en nosotros bien ninguno propio, no hay sino vacío y angustia... Amarse a sí mismo sería amar ese vacío y esa angustia y privación de todo bien;

sería amar la pena de daño, sería amar el infierno —que eso es el infierno, substancialmente: un alma sin Dios... Una capacidad infinita, un hambre infinita sin nada que la llene, en un infinito y eterno vacío. Por eso amarse a sí mismo de ese modo no es tender al bien sino al mal; ni eso tiene nada de amor sino de odio, que es todo lo contrario. Amadores de vosotros mismos, ¿por qué os odiáis tan de muerte...?

Y amar las criaturas viene a ser una cosa semejante; porque en ninguna criatura está nuestro bien, ni ninguna puede darnos la plenitud del ser, la perfección, la felicidad verdadera. Además que a las criaturas propiamente no se las ama si no es por virtud del amor de Dios o por ese mal llamado amor de sí mismo...

Por eso el primer precepto de la Ley en el que virtualmente se resumen todos los demás, lo formula el

mismo Cristo diciendo: "Amarás al Señor tu Dios con *todo* tu corazón, con todo tu poder, con todas tus fuerzas." Con *todo*: ni un resto de corazón nos queda para poder amar con él otras cosas.

Seamos cuerdos. Vivir es amar. Estamos hechos para amar, porque estamos hechos para el bien, para la perfección, para la felicidad, y es el amor el que a todas esas cosas nos lleva. El amor es el principio y es el medio y es el fin; nos pone en movimiento, nos estimula y acelera hacia la posesión, y sólo por él al fin la posesión se consuma.

Pero como el amor es tendencia al bien, nuestro verdadero bien está en Dios y sólo en Dios y todo en Dios; no hay más amor verdadero que el amor de Dios. Vivir, pues, ha de ser solamente para amar a Dios; caminar a la perfección no puede ser otra cosa sino crecer en el amor de

Dios; conquistar la felicidad no será posible sino subiendo decididos hasta el último peldaño en la escala del amor de Dios... Y ese es todo el problema del vivir, y la única ciencia de la vida.

Por eso San Agustín exclamaba: "Hicístenos, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Ti." ¿Necesitaremos detenernos para demostrar esa inquietud del corazón mientras busca su descanso en las criaturas...? ¿Necesitaremos argumentos para demostrar la dicha del corazón que se arroja en la hoguera del amor de Dios? ¿No nos bastará la experiencia mil y mil veces repetida de los que van delante de nosotros...?

Para precisar un poco más esta doctrina, distinguiremos con los filósofos dos clases de amor: de concupiscencia y de benevolencia. El primero es cuando amamos una cosa



o persona buscando en ella o por ella nuestro propio bien. El segundo, cuando la amamos deseando y procurando por cuenta y sacrificio propio el bien suyo. Todos nuestros amores naturales o son puramente de concupiscencia, es decir, de egoísmo, de amor propio, o van por lo menos con éste muy amasados y manchados.

Aun a Dios comenzamos amándolo, por lo común, de ese modo.

Pero ese tal amor no es amor, por lo que ya antes decíamos; porque el amor es darse, salirse de sí mismo, tender al bien, sacrificarse al bien, inmolarse al bien, y el que ama con amor concupiscente o egoísta, ni tiende al bien, porque el bien no está dentro de nosotros, ni sale de sí mismo, ni se da sino en la apariencia y para volver sobre sí mismo y quedarse allí, en el vacío, en la *nada real poseída*, pues por nosotros mismos eso únicamente es lo que somos.

El que no se da, ni puede ser poseído ni poseer. El que no se da, no ama... El que no se da a Dios no ama, no vive; la muerte, como dice San Pablo, obra en él, o él mismo va obrando su propia muerte.

Nuestros amores naturales son todos manchados, porque todos van amasados de egoísmo. Sólo Dios, océano infinito de amor, nos podrá levantar hasta Sí, que es levantarnos hasta el amor puro y verdadero.

Démosle, pues, ya *todo* nuestro corazón, que así como un ojo partido nada ve, de nada sirve para el amor un corazón partido...

## II

El hombre, como ya hemos visto, ha sido hecho para amar.

No puede ser amado ni merecer ser amado sino el bien.

El bien del hombre sólo puede ser espiritual e infinito.

Pero como el bien espiritual e infinito no se halla sino en Dios, resulta que sólo Dios es el objeto de nuestro amor; o sea que propiamente no hay más verdadero amor que el de Dios.

Por otra parte, el hombre desea irremediamente crecer; desea subir, llenarse, descansar...; desea poseer; poseerse a sí mismo y poseerlo todo... Y este deseo no tiene límites; llega hasta lo último y más allá. El hombre desea lo infinito,

desea a Dios, desea poseer a Dios; desea, en una palabra, la perfección que sólo en Dios se alcanza. Estos dos instintos del alma, ansia de amor y ansia de perfección, tienen que cumplirse y son en el fondo uno solo, porque el objeto del amor es el Bien sumo, y la posesión del sumo Bien es la fuente de toda perfección y de toda felicidad.

Pero, ¿por qué camino habrá de cumplirse ese deseo?... ¿Por medio de qué potencias u operaciones habremos de alcanzar esa perfección?... La perfección del hombre ha de alcanzarse por aquello que hay en él de más noble, o sea el alma. El cuerpo está hecho para servir al alma, y del alma ha de recibir toda su perfección, espiritualizándose para adaptarse mejor a ella, según lo que nos dice San Pablo: "Se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual." De modo que la per-

fección tiene que consistir en las operaciones del alma, o sea en el conocimiento y en el amor. Y si queremos fijar cuál de estas operaciones tiene la primacía, habrá que distinguir entre esta vida y la otra.

Mientras vivimos en este mundo es más el amar que el conocer; porque la verdad, objeto del conocimiento, sólo puede entrar en nosotros a la manera nuestra, mientras que el amor es una fuerza que nos obliga a salir de nosotros mismos para ir a la conquista del bien, tal cual es en sí. Al conocer una cosa más alta que nosotros, tenemos que ir como recortándola, empequeñeciéndola, oscureciéndola, tanto más cuanto más alta sea, a fin de que entre dentro de nosotros; no nos elevamos a ella sino que la rebajamos hasta nuestro propio nivel, haciéndola de algún modo proporcionada con nosotros mismos, con nuestra capacidad intelectual, sa-

cando de ella una imagen que pueda penetrar por la puerta más o menos angosta de nuestras potencias cognitivas.

Y tratándose de Dios, un tal conocimiento, hecho a nuestra medida, pero infinitamente desproporcionado respecto de Dios, que es su objeto, claro está que no nos da la perfección.

En cambio el amor no trae las cosas a sí, sino todo lo contrario; el amor nos arrebató hacia la persona amada; es el amante el que tiende a asimilarse al amado, saliendo en busca suya. Con el amor ocurre de muy distinto modo que con el conocimiento; amando cosas bajas, nos rebajamos; amándolas iguales, quedamos en nuestro propio ser; amándolas altas, ellas nos engrandecen. De aquí viene aquella conocida frase de San Agustín: "Si amas tierra, tierra eres; si amas espíritu, espíritu eres; si amas

a Dios..., pues ¿qué he de decir, sino que eres Dios...?"

Esto se entiende en esta vida; porque en la otra, abierta ya la inteligencia de par en par, esa inteligencia sin obstáculos, sin velos, es absorbida en Dios, levantada hasta Dios, reforzada en su capacidad e iluminada con la luz misma de Dios, llegando a contemplarle, no por espejos y en enigmas, como ahora, sino cual es en sí, cara a cara. Es como si Dios nos prestara algo de la potencia visiva con que El a sí mismo se ve, algo de sus ojos o de su divino entendimiento, que es lo que quiere decir esa infusión del *lumen gloriae*, lumbre de gloria, que se nos comunicará al entrar en el Cielo y por la cual vendremos a ser bienaventurados.

De este conocimiento perfecto fluye naturalmente, como efecto de su causa, el perfecto amor y la felici-

dad verdadera. Por eso allí tiene el conocimiento la primacía, porque a Dios, primariamente, formalmente, podríamos decir en lenguaje filosófico, se le posee conociéndole, de donde todo lo demás se sigue. Pero aquí lo que nos hace poseer a Dios es el amor, porque apartados de El como estamos, el amor es lo que hacia El nos lleva.

Pudiéramos decir que el amor nos lleva a la unión; pero la forma de esa unión la da el conocimiento. El conocimiento es como la mano que agarra, y el amor como la fuerza nerviosa que hace que la mano apriete. Por eso, mientras estamos *in via*, es más importante el amor, aunque en definitiva la posesión y el descanso sean obra del conocimiento.

Tenemos, pues, que en esta vida la perfección consiste en el amor; pero, ¿en qué amor? El amor divino.

Ahora bien, el hombre abandonado



a sí mismo no puede producir un acto de verdadero amor de Dios; viene al mundo inficionado de egoísmo, que es la antítesis del puro amor, del verdadero y único amor. El hombre natural, en este estado de naturaleza caída, se ama a sí mismo sobre todas las cosas y todas las otras cosas en sí y para sí. Esto una experiencia imparcial nos lo acredita.

Y si en algún caso nos llega a parecer que aun naturalmente amamos sin mezcla de egoísmo, es por virtud de algún amor natural e instintivo y casi inconsciente, como el de las madres, dado también por Dios, como anticipo y vislumbre del amor perfecto, para el cual finalmente nos llama y nos destina. Por eso la fe nos dice que "la caridad (que es el amor esencial, el amor puro) ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado".

Pues si la caridad es cosa dada,

¿no tendremos nosotros acción para su perfeccionamiento?

Ciertamente que sí. Lo que especifica al hombre y le distingue de los animales es su alma, la cual obra propiamente por medio de la inteligencia y de la voluntad. Pero como la inteligencia de alguna manera tiene que ir delante, porque nada podemos querer si no lo hemos primero conocido, resulta que en el acto del querer vienen a fundirse el querer y el entender, la voluntad y la inteligencia; de modo que un acto de querer libre viene a ser el resumen de todo el hombre.

Por otra parte, lo único nuestro, lo propio y verdaderamente nuestro es el querer. No es nuestra del todo nuestra salud, que podemos perder a cada instante; ni nuestro cuerpo, ni ninguno de sus miembros y sentidos, que podemos igualmente perder; no es nuestra ni siquiera nuestra inteli-

gencia, ni podemos aumentarla á nuestro arbitrio; lo único que es nuestro, lo que desde luego sentimos que está más en nuestra mano y a nuestra disposición, es el querer, la voluntad libre. Por eso donde está nuestro querer allí estamos; y donde ponemos más querer, donde ponemos mucha voluntad, allí estamos más, según la medida precisamente de ese nuestro querer. Somos, pues, en este sentido, algo así como una voluntad que se mueve o un amor ambulante que se actúa. El querer es todo el hombre, y por el querer dispone el hombre de todas las cosas y dispone sobre todo de sí mismo.

Y aunque es todo en el fondo dado por Dios, el hombre, usando de su libre albedrío, ha de darse también, pues El no se da ni obra en nosotros sin que a la vez nosotros obremos. Todas las cosas que Dios nos da son materiales y estímulos para nuestro

querer, a fin de que, queriendo El dar y queriendo nosotros dar también, que es la mejor manera de recibir, todo nuestro ser se vaya perfeccionando y enriqueciendo. De modo que la acción de Dios y la nuestra no se unen como dos factores externos, concurrentes, sino en las más íntimas profundidades del ser, viniendo el efecto a ser, aunque en diverso sentido, todo de Dios y todo nuestro. “Dios que te creó sin ti, dice San Agustín, no te justificará sin ti.”

Piensa, pues, que real y verdaderamente toda obra buena es de Dios, dádiva de Dios, don de Dios; pero piensa también que no se ha de realizar sin obra tuya; y obra y trabaja, poniendo en ello todo tu empeño.

Para poder volar necesitamos del aire, ciertamente, pero también necesitamos agitar ordenadamente las alas. San Francisco de Sales pone un ejemplo que viene muy bien al ca-

so; dice que los vencejos cuando se posan en tierra, como tienen las patas muy cortas y las alas muy largas, quedan con las alas tan pegadas al suelo, que por más esfuerzos que hacen no logran por sí mismos darse aire, levantar el vuelo a la altura; baten inútilmente sus alas, y siguen forcejeando sin más éxito, hasta que viniendo una ráfaga de viento más fuerte, les empuja un poco, y entonces logran levantarse.

Imagen es esta bastante exacta de lo que al alma sucede; el que nos levanta primeramente es el aire, es Dios, es ese soplo de su espíritu y de su gracia. Y aun después de levantados, suprimido el aire, caeríamos sin remedio. Pero así como el pájaro para levantarse ha de seguir batiendo sus alas y ahuecándolas, porque si la ráfaga de viento le coge desprevenido no se levantará jamás, así también el alma no puede ir a

Dios sin levantar las alas del deseo. En el principio y en el medio necesitamos de Dios, como el pájaro del aire, del aire que le empuje al levantarse y del aire que le sostenga después, pero siempre tendiendo y batiendo las alas.

Es don de Dios, seguimos diciendo, pero don que se relaciona con nuestros actos, y si bien la primera gracia propiamente no se merece, sino que sólo misericordiosamente se implora, el aumento consecutivo de gracias, ese sí puede merecerse.

El alma puede, pues, disponerse y merecer... ¿De qué modo? Es comparación muy preferida la del leño; primero hay que cortarle para quitarle su verdor y que pierda todo lo que se opone al fuego; arrancarle las raíces de los afectos con que se hinca y se sujeta a la tierra. Hay que quitar del alma todo lo que se oponga en ella a ser embestida por el amor

divino. El leño no tiene el fuego en sí mismo, pero se sabe que una vez arrancado de la tierra y seco, el fuego ciertamente le invadirá, como invadía el fuego sagrado las víctimas de la Antigua Ley, puestas sobre el altar del sacrificio; y cuanto más rápidamente y mejor se seque, tanto más pronto y más perfectamente será por el fuego transformado y consumido. Esta es la primera labor: quitar estorbos, vaciarse, echar de sí lo que es opuesto a Dios, toda la savia de la tierra.

Después Dios concede una caridad determinada al alma; y si es fiel, si pone en explotación esa gracia y obra cuanto con ella puede obrar, cuando Dios ve que el alma anda cuidadosa, solícita de incendiar su vida toda con la chispita del fuego que siente en sí, Dios infunde más fuego en el corazón hasta abrasarla y consumirla por completo. Es lo de la parábola

evangélica: "Porque en cosas pequeñas fuiste fiel, te iré levantando a cosas grandes." Es como un padre, que antes de entregar todo el capital a su hijo se le va dando por partes para ver cómo lo emplea y lo gobierna.

Estas ascensiones del alma se asemejan al crecimiento orgánico de nuestros cuerpos. Los niños, de pronto, a veces, dan un estirón; pero durante otros varios años van creciendo sin que apenas se note, como los árboles, respectivamente, en invierno y primavera. Esto mismo ocurre en el crecimiento de las almas; unas veces viene por vaivenes o grandes avances, otras apenas es perceptible, para ellas mismas, sobre todo.

Pero cuando hacen actos de verdadero amor, Dios da siempre el galardón, aunque a veces no lo da de una manera inmediata; porque en vez de pagarnos al día, prefiere hacerlos



por meses o por años, o acaso todo por junto. El caso es trabajar siempre sin desánimo y nunca desfallecer. Y como cuidadosas vestales, atizar siempre en nuestro espíritu el fuego sagrado; o como las vírgenes del Evangelio, tener siempre nuestra lámpara bien encendida.

¿Cómo se produce este progreso? Los maestros de espíritu señalan tres etapas principales en el crecimiento del amor, o sea de la perfección; lo dividen en tres grupos: incipientes, proficientes y perfectos; o en tres vías: purificativa, iluminativa y unificativa; o también en vida ascética, que comprende la vía purificativa, y mística, que abraza las otras dos.

Después de haber expuesto esa doctrina de que sólo como el leño podemos disponernos a la acción del fuego, quitando los estorbos que a él se oponen en ese primer período, la labor primera es quitar esas ama-

rras de los afectos naturales. El corazón dividido en Dios y en las criaturas es como un corazón muerto o moribundo, con una especie de agonía o lucha terrible; está lleno de apetitos, y todo eso tiene que desaparecer.

Todo el que tiene un germen real de ese amor de Dios siente entablarse en sí una lucha, porque desde que Dios entra en un alma, todo lo que cae dentro de nuestro amor tiene que estar en Dios. Si conscientemente y plenamente amamos algo fuera de Dios con amor verdadero y substancial, independiente de aquel con que a Dios amamos, su amor no será posible. Nos lo dice Cristo en su Evangelio: "Si alguno viene a Mí y no odia a su padre, y a su madre. y a su esposa. y a sus hijos. y a sus hermanos, no puede ser mi discípulo." Odiarlos en cuanto separados de Dios, para amarlos sólo en

El, por El y para El, pues no hay más amor que el divino. Dios no puede convivir en un mismo templo con los ídolos de los dioses falsos.

Esto es verdad teóricamente; pero prácticamente hay tantas cosillas a las cuales tenemos más o menos apego... Ir soltando esas amarras es lo que principalmente caracteriza esa primera etapa del amor incipiente. Muchas almas no pasan de aquí; se atemorizan ante estas luchas, ante estas cribas; y como el alma, aunque tiene dentro la gracia de Dios, no la siente, pasan los años y los años en ese mismo estado.

Tienen esas almas, como dice un autor moderno, el Espíritu Santo dentro de sí, pero lo tienen "en huelga", y de este modo la acción del Espíritu Santo, que es delicadísima, purísima, no puede desarrollarse. Para que esto se lograra sería necesario separarlas un poco del mundo y de las cria-

turas, llevarlas a la soledad, ponerlas en otro plano, desde donde pueden ver las cosas de otra manera. Esto se logra a veces por medio de una enfermedad, de una desgracia, de un tiempo de aislamiento y soledad voluntaria y a veces aun forzosa, cuando el espíritu llega a recogerse sobre sí mismo. Así es como a veces se pone en marcha esta vida.

Todo esto tan árido, tan seco, es, sin embargo, necesario tenerlo muy en cuenta.

Resumamos: 1.º El amor de Dios es dádiva. 2.º Aunque es dádiva, es obra también de nuestro esfuerzo, si bien en este esfuerzo va envuelta la gracia de Dios. Nos da Dios poquito a poco su amor, para ver si sabemos ir explotando esa riqueza y haciéndola producir frutos de amores, para que amándole a El, con el amor que El nos da, cada día merezcamos recibir más amor y más gracia. Es, como

decimos, el padre precavido, que comienza a dar al hijo la administración de sus riquezas, para ver si las administra bien, realmente, haciéndole entonces entrar en su plena posesión; o ver si, por el contrario, neciamente las disipa.

Recojamos estas enseñanzas y mantengamos en nuestra alma estos tres afectos: temor filial, confianza filial y amor filial; temor, porque el alma, al ver la grandeza de ese Dios, ve su pequeñez, y se ve como una pajita en las manos de un gigante; pero ese temor contrastado por la confianza la impulsa a entregarse a El. Y para entregarse, lo primero es negarse, y eso es la humildad, que es el suelo fértil en que la caridad germina y crece.

Teniendo en todo por causa a Dios y por concausas a nosotros, con nuestra docilidad dejándole a Dios hacer, atendiendo seriamente para percibir

los impulsos del Espíritu Santo, que dentro de las almas mora, y no poniéndole estorbos, irá creciendo en nosotros la gracia, el amor y la perfección, hasta llegar a la plenitud de la edad de Cristo, hasta lograr ese sosiego dulcísimo, que solamente se goza en la posesión de Dios.

### III

El amor es un movimiento de la voluntad al bien. La voluntad es el motor universal de las potencias de la alma; y aunque no es dueña absoluta, ni de sí misma ni de las otras facultades, pues ese perfecto señorío lo perdió por el pecado, mantiene algo de su dominio, que deja sentir lanzando o encauzando ese amor hacia el objeto amado y orientando hacia él todas las demás potencias. Y así, el pensamiento especifica en sus movimientos a la voluntad; pero también, a su vez, es movido en su ejercicio y aplicado a su operación por la voluntad misma. Por eso nuestro pensamiento nunca anda lejos de donde anda nuestro amor.

El primer efecto que causa el amor, o acaso mejor aún, la primera forma bajo la cual el amor mismo se presenta, es el deseo: desear al objeto o a la persona amada, desear noticias o historias suyas, hablar de él, pensar en él. Ved una madre que tiene su hijo ausente; si está en África, por ejemplo, con qué ansiedad desea informarse de todas las noticias que de allí llegan, con qué afán procura hacer averiguaciones. Le ofrece, en una palabra, grandísimo interés a la madre todo lo que de algún modo, aunque indirecto, pueda relacionarse con ese hijo, por quien día y noche suspira.

Esto es lo que ocurre con el amor de Dios, que en cuanto prende en el alma, causa esa ansia, esa especie de curiosidad para buscar dónde se halla Dios y cómo poder más íntimamente conocerle. Es la inquietud y el afán con que Santo Tomás de Aqu-



no, muy niño aún, hostigaba continuamente a los monjes de Montecasino sus preceptores, preguntándoles: “¿Quién es Dios?... ¿Pero no me dicen más de quién es Dios...?” Es la incontinencia, inmoderada al parecer, cuando se ven desde fuera las cosas, con que las almas que comienzan a marchar por las vías del espíritu buscan incansables la palabra divina. Es la prisa con que corrió Magdalena a postrarse a los pies de Jesús, cuando indiferente a todo lo demás, oyó que le decían: “Ahí está el Maestro”, *Magister adest*. Es ya un poco, si queréis, de la precipitación con que la Esposa de los Cantares sale por las calles y plazas buscando desolada las huellas de su Amado...

El pensamiento, digo, sigue a la voluntad como la llama al fuego; y la voluntad anda por donde anda el objeto de su amor; porque “el alma

está más donde ama que donde anima". Cuando Dios es el objeto de nuestro amor, sentimos esa especie de atracción hacia El, una especie de imantación, una como polarización de todas las potencias hacia El, como la brújula hacia el polo; un ansia, un hambre, una sed irresistible, un interés creciente por todo lo divino.

¿Sentís de esta manera el amor de Dios o no lo sentís?...

Aunque propiamente el amor, sobre todo en esta primera etapa de los incipientes, no consiste en sentir ni suele sentirse, si no es accidentalmente, en ciertos momentos de fervor sensible. Prende el amor, como una chispa en leña mojada, porque el alma aún está ocupada por los apetitos inferiores.

El amor en esta época pasa y obra de un modo inconsciente; es obra de convicción y de subido esfuerzo; es algo como violento, y hasta al pare-

cer artificioso, porque el alma, mas o menos, aún sigue metida en sus naturales impulsos, buscando los bienes de la tierra. Un amor de esta naturaleza nos parece a nosotros mismos, en momentos de honda sinceridad, algo así como un engaño, una mentira, y ni apenas nos atrevemos a decirle a Dios que le amamos; pero es una mentira que tiende a convertirse en verdad, tanto más cuanto más en ella nos afirmamos.

Y como ya la voluntad va hacia Dios, comienza a buscarle en la oración y dirigir hacia El, aunque con esfuerzo, el pensamiento; porque la oración propiamente no es más que eso: poner en Dios el pensamiento, levantar la mente a Dios.

La mente es cosa un poco distinta del pensamiento; es más o menos que él, según se mire. En este caso pudiéramos decir que la mente es la intención del pensar; elevar, pues,

la mente a Dios es encauzar el pensamiento hacia Dios.

De un modo o de otro, es un hecho que aquello que nos interesa nos preocupa y nos ocupa, o hace que se ocupe en ello nuestro pensamiento; y que cuando nuestro interés está puesto en Dios, brota en nosotros el deseo de la oración, que es el medio de entrar en trato íntimo con El.

La oración es efecto y es causa del amor juntamente; es efecto porque nadie se pone en oración sino por amor; y es causa, a su vez, porque de la oración sale siempre el amor fortalecido y acrecentado. Por otra parte, es un excelente ejercicio de amor por las dificultades no pequeñas que consigo trae, tornando y volviendo a tornar mil veces las potencias, de los objetos terrenos, a que instintivamente se van, hacia el objeto, Dios, hacia el cual quere-

mos que tiendan y que poco a poco se vayan aficionando.

Muchas veces, cuando nos pregunta acaso nuestro Director cuál ha sido la causa de nuestras distracciones en la oración, de nuestras fantasmagorías, decimos: "Nada, cualquier tontería." Pero si queremos examinarnos a fondo, veremos que es que hay algo que nos interesa en esa misma tontería, es decir, fuera de Dios. Cuando nos distrae es que de alguna manera es para nosotros objeto de algún amor; es que nos halaga, que nos satisface o que nos duele y nos contraría. El pensamiento y en general todas las demás potencias, van siempre arrastradas por el amor. Por eso, rechazar distracciones, luchar por fijar en Dios el pensamiento, ampliando los conocimientos de El, oyendo y hablando de El, fijando la atención en El... es engendrar

amor hacia El y acrecentar más y más ese amor.

El camino del amor es ese, y no hay otro. Suele decirse y con razón que "al corazón no se le manda"... despóticamente. No basta que queramos amar para que por eso nuestro amor sea un hecho. El amor es el movimiento de la voluntad, que se nos va hacia el bien que la inteligencia le muestra. Por eso Santa Teresa decía: "Todo este negocio es amor; pero yo no sé por dónde nos ha de venir ese amor si no es por el camino del pensamiento."

Todo cuanto hay en Dios es infinitamente bueno y hermoso; es decir, infinitamente amable. ¿Qué necesitará, pues, nuestra voluntad para irle amando de veras sino conocerle, conocerle más y más, por cuantos medios en este mundo sea posible. conocerle y acercarse a El e ir probando poco a poco las mieles de su trato y

las embriagueces amorosas de sus infinitas dulzuras?

Una vez que ha prendido en el alma el amor, tiene que ver todas las cosas en Dios y como alumbradas por el resplandor de Dios. El tender a Dios y buscar a Dios forma ante nuestra vista como una lente, que nos hace ver coloreadas de Dios todas las cosas y descubrir por todas partes su huella.

El amor que comienza a poner a Dios en nuestro pensamiento, lo pone también en nuestra pupila, y todo lo que vemos lo vemos a través de Dios; y lo pone en nuestro oído, y nada queremos oír y entender si no se refiere a Dios; y lo va poniendo poco a poco en nuestros gustos, injertando sobre nuestros sentidos naturales otros sentidos nuevos sobrenaturales; de modo que ya nada nos deleita ni nos sabe bien si con salsa de Dios no viene aderezado. Es algo así

como cuando miramos al sol unos instantes, que de tal manera nos ciega y nos cautiva, que ya después, hacia cualquier parte que miremos, descubrimos su disco rutilante entre las sombras.

Esto en el fondo y propiamente no es otra cosa sino actuar la fe, porque verdaderamente Dios está en todas partes y lo llena todo y nada tiene ser sino en El y de El viene todo y a El vuelve. Y como Dios es dulzura infinita, a medida que nuestros sentidos y potencias se van hacia El levantando y proporcionando por obra del amor, vanse también engolosinando; de modo que ya nada, fuera de El, bien les sabe. A esto nos invita el Profeta cuando dice: "Gustad y veréis cuán suave es el Señor." Y esto es lo que con Santo Tomás en el *Adoro te* le pedimos: "Haz que sólo de Ti viva mi alma y en Ti tan sólo encuentre sus dulzuras."



La fe sin la caridad es informe, inerte y como muerta o muerta de verdad, y en todo semejante, por su inacción, a un cadáver. La fe, con una caridad remisa y tibia, es una luz que se apaga, y ni alumbra apenas, como vemos desgraciadamente en tantos cristianos, dejándoles marchar entregados y conducidos casi por completo según los instintos de su natural razón o de sus inferiores apetitos. La fe, en cambio, con el amor, como vamos viendo, todo lo ilumina con divinos resplandores, todo lo transforma y vivifica, todo lo va llenando de heroísmos y victorias, de consuelos y como salpicaduras de inefable bienaventuranza.

No es, pues, solamente la fe adherirse con el entendimiento a las verdades reveladas, que están contenidas en el Símbolo y que estamos obligados a creer, sino que hay que adherirse a ellas con todo nuestro ser,

y con todas nuestras potencias; y a la vez se han de iluminar con ellas, porque son luz..., todos los horizontes de la vida. Otra cosa sería llevar una linterna encendida en el bolsillo para seguir caminando en sombras.

La aptitud del entendimiento es según la aptitud de la voluntad. Y en toda persona digna y equilibrada no debe haber separación ni tabiques entre la voluntad y el entendimiento; de modo que lo que en éste es convicción, ha de ser en la voluntad impulso y viceversa. Cuando la voluntad está dispuesta y viva en el amor, la antorcha de nuestra fe brilla esplendorosa y desde las alturas de la inteligencia todo lo ilumina.

El amor de Dios de suyo no entra dentro de lo consciente, no se siente porque trasciende de nuestro natural sentido; el amor se conoce por las obras, y la primera de ellas es ésta: dar forma a la fe. "En esto se co-

nocerá que me amáis —dice Cristo—: en que guardáis mis mandamientos.” Y los mandamientos son la forma vital de las creencias.

Aquí, sin embargo, abundan mucho en las almas ciertas equivocaciones; creen que la caridad ha de revelarse en seguida en obras exteriores, y no es cierto. De por sí, la primera obra de la caridad es el moldeamiento de la voluntad y de la persona misma que ama. Si el amor es impulso hacia el amado con ansias de conquista, el medio de conquistarle es *agradarle*; y no le agradaremos sino moldeándonos ante todo a nosotros mismos según El, según sus gustos, a fin de que se sienta hacia nosotros atraído o nos atraiga hacia sí y en nosotros encuentre sus complacencias.

Esto nos revela San Pablo en aquellas cualidades que le va asignando a la caridad cuando dice: “No es hinchada, no piensa mal, ni tiene envi-

dia, ni obra cosas vanas; se alegra en la verdad y en el bien, nunca en el mal; todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre..." Todas estas son obras que hemos de ejecutar por la caridad en nosotros mismos, a fin de irnos haciendo gratos al Amado, sin necesidad de derramarnos hacia fuera en obras exteriores.

Por lo común, ese afán de entregarse a obras exteriores, con todas esas actividades excesivas, a que un celo indiscreto nos lanza, denotan mucha imperfección en la caridad. Es el mundo que atrae, inconscientemente todavía, aunque ya con pretextos y bajo formas de bien; y que se nos sigue mezclando y que nos sigue aprisionando...

Es como cuando se echa un leño en el fuego: si está verde, empieza a chisporrotear y a meter ruido, sin que, por otra parte, despida de sí apenas ningún calor; en cambio, cuando

ya se deja vencer por la acción del fuego, entonces, sin ruido alguno, calienta mucho más.

Lo difícil es negarse y negarlo todo, arrojarse en Dios y dejarlo todo, salvo, naturalmente, lo de obligación. Y por aquí es preciso comenzar si solícitamente y de veras se quiere seguir a Cristo.

Ese afán de entregarse así a obras exteriores, es tentación de principiantes, como decía Santa Teresa; tener al parecer un grande celo por la santificación de los otros, cuando apenas se ha hecho nada aún en la santificación propia. Querer que los demás agraden mucho a Dios, cuando uno mismo le es acaso aún profundamente repugnante. Ofrecerle a Dios dones y obras externas que le agraden, cuidándose poco o nada de hacerle efectivo y agradable el don de nosotros mismos, que es lo que primero y principalmente nos pide.

Eso es invertir los términos; y creyendo así que se hace mucho no se hace nada. ¿Qué diríamos de una esposa que cuidase mucho de que su marido tuviese muchos y buenos servidores, mientras ella, en cambio, no hace nada o hace muy poco por hacerse agradable...? .

Alguna vez, sin embargo, bueno será poner al alma desde el principio en esa actividad y esas obras externas de caridad y de celo, porque pudieran ser el único camino para sacarla de otras obras de vanidad y de pecado. Pero esto habrá de obedecer a una necesidad impuesta por las circunstancias.

El verdadero amor comienza por ser transformación de nosotros mismos. Oración, ansias de Dios; eso es actuar la fe, darle forma. Ese interés intelectual, esa curiosidad de saber, de conocer, de vivir todo lo divino es la mejor señal del amor. Eso es

lo que nos pide Dios; pero esto no se logra sin recogimiento, sin apartamiento de criaturas, sin quietud y soledad de espíritu. El primer efecto del amor en un alma es dirigir a Dios la mente, y en cuanto cabe, el pensamiento mismo, llegando a estar como obsesionada en Dios. ¿Cuándo nos hemos esforzado a hacer esto por Dios? Esto generalmente no se produce, como ya hemos dicho, sino de una manera reflexiva, no instintiva, con verdadero esfuerzo del alma, que en ello pone todos sus cuidados y solicitudes, convencida de que esta es la única cosa necesaria.

El amor es una especie de fuegucillo, que hasta que no ha prendido bien en la leña, hay que cuidarlo mucho y echarle pajitas secas de continuo y darle aire y soplar para que se encienda; mas después de bien encendido, ya se le puede echar leña más verde y aún abandonarle a ratos

y echarle agua sin temor de que se apague, porque es muy grande la brasa y el rescoldo. Así es el amor de Dios. A los comienzos hay que cuidarle mucho y echarle pajitas de afectos y devocioncillas, que aunque no es mucho el calor que producen, contribuyen a que se vaya más y más encendiendo el fuego; y sobre todo hay que soplar mucho y darle aire con el pensamiento, mediante lecturas y reflexiones y meditaciones, cortitas acaso, pero grandemente provechosas.

Después... ¡ah!, después ya no importa la separación por tiempos más o menos largos, para dedicarse a obras de celo; porque ya en el fondo, la separación, que es cosa tan contraria al amor y que a los principios puede ser tan funesta, cuando el amor ha crecido viene a ser punto menos que imposible, pues realmente nada hay que saque de Dios a un



alma así, ni pueda verdaderamente distraerla.

Con estos esfuerzos y esos cuidados que decimos, es como la oración tiende a ser constante, incesante, cosa que parece un imposible, pero que no lo es puesto que el Señor así nos lo dice: "Orad sin intermisión." Y esta oración constante viene a ser como un viento fuerte que sopla el fuegucillo del amor, ya bien prendido; y de efecto que era, viene a ser a la vez causa del amor y de sus incesantes crecimientos.

Claro está que esa oración continua supone durante mucho tiempo un esfuerzo continuo por parte nuestra, un salpicar todas nuestras obras y todo nuestro tiempo con jaculatorias y elevaciones del corazón; una fidelidad muy grande sobre todo para cumplir muy bien y con la preparación y la atención debida, todos nuestros ejercicios piadosos.

Muchas veces vamos a la oración sin preparación y creemos han de producirse sus efectos de una manera mecánica, o por obra nuestra, o como don inerte y exclusivo de Dios. Y no es así. La oración es don de Dios, ciertamente; para ser verdadera tiene que ser en mayor o menor grado sobrenatural, tiene que proceder de raíz sobrenatural, tiene que ser el Espíritu Santo el que en nosotros y por nosotros diga: "Abba, Padre..." Pero al mismo tiempo necesita de cultivo, no puede lograrse sin trabajo, sin esfuerzo. Nuestro jardín por sí solo no produce trigo escogido ni hermosas flores.

Este esfuerzo nuestro ha de comenzar por adquirir por todos los medios posibles la mayor cantidad de conocimientos de Dios y de sus cosas y misterios. Si yo os dijera: pensad un cuarto de hora en el emperador de Trapobana, ¿qué diríais? Se-

guramente que os resultaba imposible, pues nada sabéis de él. Pues lo mismo, para pensar en Dios, para orar, hay que echar leña de Dios en el pensamiento.

Cierto es que todo ese conocimiento que de Dios podremos por nuestras fuerzas alcanzar es bien escaso; El puede dárnoslo mucho mayor en un instante; pero por ser, al fin, dádiva suya, no es bien cruzarnos de brazos ni dejar de dar vueltas a la noria por esperar a que llueva.

Hemos de procurar dar pasto a nuestro pensamiento, darle ideas claras de Dios, buscar antes de la oración puntos llenos de doctrina, no buscar afectos (salvo cuando ya otra cosa no es posible), que es precisamente lo que muchas almas gustan de hacer; de donde resulta que ni dan pábulo a su pensamiento, ni esos afectos, puramente sensibles, pueden de-

jar ningún rastro substancial. Debemos buscar cosas sólidas; las ideas, la luz, son como las raíces y el tronco; los afectos, como las hojas y las flores, que de aquéllas han de brotar espontáneamente; que si fuesen artificiales o postizas pronto se marchitarán sin llevar fruto.

La voluntad mueve al entendimiento a pensar; pero luego el entendimiento alumbra la voluntad y viene a ser como su paje de hacha. Para hacer bien la oración, lo primero que se necesita es tener conocimiento de Dios. Si vamos adquiriendo ese conocimiento, ¡qué fácil nos será luego pensar, rumiar, digerir, iluminarlo y transformarlo todo, cuando frente a ese elemento de oración ponemos nuestra alma y nuestra vida, nuestro pasado, nuestro presente, nuestro porvenir y el mundo entero, el tiempo y la eternidad...!

Con esa luz es con lo que toma ap-

titudes nuestra voluntad e imprime dirección acertada a sus movimientos. Esa luz divina comienza siendo efecto del amor, que a buscarla nos mueve, y acaba siendo causa del amor mismo, que sólo por ella se madura y perfecciona.

La oración, no hemos de olvidarlo, supone esfuerzo, porque nuestras potencias naturalmente van a parar a lo que les halaga; y Dios, mientras vivimos en el mundo, no es objeto proporcionado a ellas. Y como la cabra tira al monte, así ellas tiran de continuo hacia sus objetos connaturales. De ahí el esfuerzo que supone la oración; y esa es la mejor prueba del amor, que de esa manera se ejerce. Santa Teresa misma confiesa que, en ciertos días, ninguna ocupación, por penosa que fuese, le costaría tanto como el permanecer firme en la oración.

El que comienza a amar comienza

a entrar en comunicación con el amado; y ese es el instinto más fuerte del amor: la atracción hacia el Amado, el ansia de oración. Y no progresa bastante nuestro amor precisamente porque no buscamos entrar en comunicación con El a toda hora. La obra principal del amor es la oración. Y esa es la ciencia de los santos.

Para la oración se requiere silencio, recogimiento, abstracción de criaturas, a menos que por estado u otra razón no estemos obligados a otra cosa; porque entonces lo que de Dios viene, eso, no puede contrariar a lo que a Dios lleva. Con esta vida recogida que se alimenta con lecturas espirituales y cosas santas, y que dirige preferentemente su atención hacia lo interior, es como se desarrolla el espíritu de oración, esa preocupación constante por las cosas de Dios, por lo que nos da de El noticia, y se logra la comunicación de

espíritu a espíritu, de alma a alma, haciendo que sea la oración como una luz que nos dirija a El constantemente. Por eso bien se puede asegurar que persona de oración es persona santa o que va camino de serlo.

Emprender ese camino en la medida de nuestras fuerzas es lo que debemos procurar con todo empeño. Más que el celo vale la oración, que incluso por el esfuerzo que implica nos une más a nuestro fin y es más meritoria. La oración, en fin, es como la llama que brota del fuego del amor y le ayuda a más y más inflamarse y consumirse. Después que estemos muy afianzados en el amor de Jesucristo, El mismo nos echará de Si, para que vayamos en busca de sus hermanos y hermanos nuestros. Pero mientras, es preciso perseverar en la oración hasta que descienda sobre nosotros el Espíritu Santo y nos transforme en Apóstoles. La vida ac-

tiva nace de la contemplativa y sólo así podrá sin mengua y con provecho ejercitarse.



## IV

El amor comienza propiamente a actuar en el alma cuando se establece una especie de fusión entre el amante y el amado. El amor tiene dos tendencias: darse y recibir; poseer y ser poseído, y sólo cuando perfectamente es poseído y perfectamente posee llega a ser perfecto, absolutamente perfecto. A esta clase de amor, a esta perfección del amor, sólo puede llegar el amor de Dios. Esto de quedar el amante compenetrado, incorporado con aquel a quien ama, no puede alcanzarse en los demás amores.

Por amor de benevolencia, puede uno desear a otro su bien, sacrificarle el propio bien; puede llegarse hasta los mayores sacrificios; pero jamás podrá darse el uno al otro ni llegar

a efectuarse esa total fusión, afectiva y efectiva. Porque una pura criatura ni puede darse a otra plena y perfectamente en todo su ser, ni puede ser por otra pura criatura según todo su ser recibida y poseída. Esto sólo puede darse en Dios.

El amor adquiere verdaderamente la forma de tal cuando queda de algún modo subordinado el bien del amante al ser y al bien del amado. Ejemplo: el amor de los esposos, el de las madres, como la mujer del Zebedeo que, olvidada de sí, sólo en los hijos piensa, gozosa de servir como de cimiento para el pedestal de su gloria.

Esta unión, naturalmente, no puede darse perfecta, ni aun con respecto a Dios, mientras vivimos sobre la tierra; porque Dios en Sí mismo no es el Dios que podemos nosotros aquí alcanzar. Y ni aun la fe lo pone propiamente a nuestro alcance, pues lo

deja siempre envuelto en el misterio, en la nube tormentosa desde la que hablaba con Moisés. Cierto es que el reino de Dios está en nuestras almas, está realmente "dentro de nosotros"; pero sólo como en germen y envuelto entre los velos del misterio; y aun así y en todo caso se alcanza sólo por la actuación del amor. Un amor a distancia, porque nadie puede poseer a Dios sin morir; un amor en que siempre hay algo que nos separa del Amado, que es el tabique de la carne en que vivimos.

Por eso, naturalmente, el amor de Dios es un imposible; es como abrazarse con la nada (por la cual hay que pasar para llegar al todo según San Juan de la Cruz); por eso es don sobrenatural de Dios su mismo amor. y virtud infusa por el Espíritu Santo en el alma.

¿Cómo, pues, por ese amor podremos llegar a sentir a Dios en nos-

otros o a sentirnos a nosotros en Dios? Esto se va logrando a medida que el alma sube por las ascensiones o moradas de la vida mística, cuyo término es la unión perfecta con Dios. Esa plena incorporación del alma en Dios, ese ya no sentir nada de sí, sino sentir a Dios sin esfuerzo alguno por parte del alma, es obra francamente sobrenatural y comienza con la vida mística, porque entonces es cuando Dios empieza a dejarse sentir, o a dejar, por lo menos, sentir su acción fundida con la nuestra.

Realmente la mística es la actuación del don de entendimiento y del de sabiduría, o sea el conocimiento experimental de Dios y de las cosas divinas, gustándole y saboreándole dentro de nosotros mismos. Y la actuación de estos dones es lo que engendra en el alma la verdadera contemplación. No siempre, sin embargo, tiene conciencia clara de es-

tas cosas, el mismo que las experimenta.

Antes de llegar al *estado* de la contemplación, hay toques de Dios en las almas que producen esas luces, esos sabores divinos, esas decisiones heroicas, ante las cuales desaparecen y se esfuman todos los obstáculos; son toques místicos, que no vienen siempre al alma en forma de conocimiento, sino en forma de realidad experimentada, vivida. Un dolor, un gozo en el orden natural, no se conocen, se sienten; no tenemos de ellos un concepto, una idea muerta, sino una experiencia vital. Pues de la misma manera experimentamos por lo común los toques de Dios; realidad fundida con nuestro propio vivir, luz substancial, resplandor palpable, energía verdadera, transformación que penetra hasta las raíces mismas del ser.

Cuando el alma comienza a ser fiel y hace lo que de su parte está para

realizar ese acto primero del amor, que es el estar con Dios, cuando hay esa decisión en el alma, Dios, después de un tiempo más o menos largo de ver ese esfuerzo en el alma, viene a ella, porque el amor tiende a ser mutuo; déjasele sentir, dale el abrazo de su amor, bésala con el beso de su boca; de modo que ya todo esto no lo sabe el alma por fe, sino por haberlo experimentado. Conoce a Dios por experiencia, según aquello del salmista: "¡Gustad y veréis cuán suave es el Señor!"

Esto no siempre empieza a sentirse del mismo modo, sino unas veces de una manera y otras de otra; unas veces con luces, dando a conocer al alma lo que hasta entonces por completo ignoraba; otras veces con fuerzas, y se siente capaz de lo que hasta entonces le parecía imposible realizar; es ya la virtud infusa, actualmente infusa.

De todo esto no siempre las almas se dan cuenta, pero sí aquellos que las dirigen. Y si ellas son fieles, y se esfuerzan por hacer fructificar los talentos, que Dios les va dando, y perseverar, sobre todo, en la oración, seguirán siempre creciendo de virtud en virtud y acabarán por recorrer hasta el fin esas dos vías: la iluminativa y la unitiva.

Entonces se resuelve ese *imposible* de la verdadera unión: sintiendo a Dios (aunque es un sentir que trasciende a todo sentido), experimentando a Dios, le aman con un amor más verdadero, porque propiamente sólo se ama lo que de algún modo se siente, lo que se experimenta, pues es bien cierto que sólo se ama lo que se conoce y más o menos según la forma en que se conoce. De donde se sigue que cuanto el conocimiento es más directo e inmediato, tanto más sólido fundamento presta al amor.

Entonces es cuando la caridad se actúa según su propio ser, ser divino, difundido por Dios en nuestros corazones; entonces amamos a Dios, apoyados y sostenidos en el acto mismo de amar por Dios; y nuestro amor comienza a ser digno de Dios, porque es divino, y de algún modo podemos decir que Dios amante se digna unírnos consigo en el amor con que a Sí mismo se ama.

Y ya todas las virtudes que adquiere el alma en este estado y de las cuales se siente, sin saber cómo, adornada, le parecen cosa totalmente nueva, pues en nada se parecen a las anteriores. Sus antiguas virtudes le parecen falsas, artificiosas y llenas de mentira, como flores de trapo o de papel ante flores frescas, naturales, recién brotadas sobre un tallo vigoroso. Entonces, no sólo en cuanto a la raíz, sino también en cuanto al modo, todo queda transformado; em-



pieza ya a volar, siente que ha perdido tierra, y aunque todavía no vea claramente adónde va, bien sabe, sin embargo, que va camino del cielo.

Pero aun después de haber experimentado el alma todo esto, cuando estos toques de Dios son aislados, viene a veces a quedar en una postulación inmensa, en una tiniebla oscurísima, con grandes ansias de amar y sintiendo como nunca su incapacidad para el amor y aun tal vez el rugir desaforado de sus pasiones. El amor con que antes amaba, amor interesado y muy humano todavía, amor de afectillos un poco artificiosos, como eran artificiosas y sin vida apenas todas sus antiguas virtudes, parecele al alma que lo ha perdido y que con él ha perdido todo lo bueno que en ella había.

Y es cierto que ha perdido todas esas cosas, pero es para dejar paso a otro amor y a otras virtudes supe-

riores, que por ser más de Dios, se sienten menos, o por ser en absoluto totalmente dádiva y acción de Dios, sin que de suyo y por propia cuenta obre nada el alma, viene ésta a juzgarse a sí misma inútil y vacía por completo.

¿Por qué la deja así el Señor...? ¡Ah!, pues porque si El nos llevara siempre en volandas, ¿cómo probaríamos que le amamos? Se esconde para ser buscado; ese buscarle es hacer fructificar la gracia de Dios. Si no se escondiera, ¿qué méritos tendríamos? ¿Qué fruto produciría la semilla sembrada en nuestras almas...? Hay que dejar que esa semilla crezca y fructifique. Hay que esperar a que la tierra del corazón, así labrada, dé su cosecha. Es preciso que no sea El, sino que seamos nosotros los que, asimilando esa gracia, vayamos poniendo en explotación los tesoros de virtud y merecimiento que

encierra, las energías y heroísmos y martirios que es capaz de producir y soportar. Se nos dejó ver un momento y huyó para que, cual la Esposa de los Cantares, le salgamos buscando noche y día por calles y por plazas, por montes y collados...

Entonces Dios, que es siempre fiel y que no busca sino almas fieles, va aumentando en el corazón ese amor, esa capacidad de amar; y así el alma más y más se enamora y en ese enamoramiento va adquiriendo como una especie de estado y de fijeza, con la que el amor viene a absorber toda su vida y a identificarse con su propia vida, vida de martirio ciertamente, porque el amor no es dulzura mientras no triunfa del todo.

Dios, aun después de esto, sigue edificando el amor en el alma, por que si El no lo pone, nosotros no podemos conseguirle. Esta impotencia para amar y para todo lo bueno la

siente el alma de una manera flagrantísima. Y como, por otra parte, las pasiones, aunque muy sujetas, como perros encadenados, no dejan de rugir y amenazar y empujar hacia el abismo, viene a resultar que el alma se tiene a sí misma por lo que es en realidad, es decir, por un semillero de maldades, capaz de cometer los mayores crímenes si una fuerza superior no la sostuviera, y del todo impotente para lo bueno, hasta para decir simplemente *Jesús*, como San Pablo enseña.

De este modo es como se establece en el alma la verdadera humildad, en la cual y por la cual el amor triunfa. Y el alma en su nada se adhiere a Dios y busca sólo su gloria. Y entonces es cuando comienza en ella el estado de unión, que es ya de suyo permanente.

Hay que insistir en que de suyo la contemplación no es ver, en el senti-

do vulgar de la palabra; ni siquiera ver con el entendimiento, mientras éste no esté revestido de la lumbre de la gloria. Dios es tiniebla precisamente a fuerza de ser luz, como lo son para el ojo los rayos ultravioleta...

Estas iluminaciones espirituales, de suyo, no se parecen a la luz; es una luz que ilumina sin iluminar, salvo excepciones, en que Dios hace sentir algún pasajero resplandor; comienza el alma a sentir o a percibir y como a darse cuenta del fondo real de todas las cosas, pero sin saber cómo ni por dónde le ha venido, ni cómo se obró en ella este milagro; pues que es cosa milagrosa, sí es bien claro.

Lo cual es compatible con que el alma se sienta en tinieblas. Nada ve ni sabe por dónde va; y, sin embargo, en sus juicios y en su vida acierta siempre. Se apagan las luces naturales y parece no haberse encendido otras, porque es un ver sin ver que

cala hasta la substancia de las cosas. Es como cuando se ilumina un cuerpo con Rayos X: hay que quitar toda otra luz y entonces se perciben los huesos y todas las partes sólidas de lo interior, pero no se ve la piel ni la superficie.

Este estado, de suyo, como decíamos, es permanente, es inalterable, inamisible; es el abrazo de Dios; estado que comprende tres grados: la simple unión, el desposorio y el matrimonio espiritual. Eso de que el amante se sienta transformado, unificado con el amado, es lo que en este estado se verifica. Aquí es el crecer y florecer de todas las virtudes "Veamos si va floreciendo la viña", y si va produciendo ese vino del amor que lleva hasta la enajenación de los sentidos, hasta la locura, a imitación de Cristo en el Calvario; hasta el *morir por no morir*, pues la separación en que se encuentra el alma

respecto de su Amado, le es infinitamente más dolorosa que todos los martirios que para llegar a El pudieran ofrecérsele.

Esta unión adquiere un carácter particular de realidad intensísima al recibir a Jesús en el Sacramento del altar, prenda y anticipo de la futura y perfecta unión de la gloria; que no es esto cosa aparte, sino el complemento de la vida espiritual. Es un conocimiento experimental que nos hace sentir a Dios, alimentarnos de Dios, vivir en Dios y de Dios.

Cuando así comenzamos a sentirlo en nosotros, ¡qué pequeños, qué pobres, qué miserables nos encontramos! Ante la Majestad, la Santidad, la Hermosura, el Amor, el Resplandor de Dios, nuestra alma aparece como pura nada, pura maldad, pura suciedad, puro pecado.

Aquí se cumple como espontáneamente aquello de "odiar su propia al-

ma". El alma que así se ve, ¿cómo ha de amarse a sí misma? Entonces todo nuestro amor en Dios se concentra. Sólo queremos y buscamos a Dios y lo que nos habla de Dios; lo demás ni nos interesa ni lo entendemos. Santa Catalina de Sena no entendía sino a los que le hablaban de Dios; y cuando alguna vez oía hablar de asuntos de mundo, le sonaba de una manera semejante a como si hablasen en chino o en alguna otra lengua totalmente desconocida. Así es como, lograda esta transformación del alma en Dios, se cumple el "vivo yo; mas ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí".

Eso trasciende la virtud de la fe, aunque es desenvolvimiento suyo; porque propiamente ya es obra de los dones del Espíritu Santo.

Entonces sí que ya brotan los frutos maduros de santidad. Lo mismo da que esta alma se encuentre ence-



rrada en una celda, o escondida en el fondo de un desierto; siempre aprovechará mucho más para el bien de las almas y para la gloria de Dios que los mil apóstoles tibios que andan por el mundo.

Y no penséis que este estado de unión es sólo para religiosos, sino que en medio del mundo se puede alcanzar, y a todos, sin excluir a nadie, nos llama Dios a esa perfección y a buscar ese tesoro.

Busquémosle, pues, con todo ardor, que es el natural desarrollo de la caridad, que nos fué infundida, pero que tenemos atada y como muerta, y es a la vez el camino y como el anticipo de nuestra mayor y única felicidad. Eso, que es un imposible para la naturaleza, el sentirse unido a Dios, el transformarse en Dios, ha de ser obra suya, cierto, pero que infaliblemente se realizará en nosotros, si somos fieles; pues Dios, en su infi-

niño amor, no busca ni desea otra cosa que el darnos, aun en esta vida, esa verdadera bienaventuranza, que es la dádiva del Amor, la dádiva anticipada de Sí mismo.

Vosotras, almas oprimidas por el dolor y los desengaños; las que habéis soñado alguna vez en amores puros, y tras de muchas tentativas sentís sangrando acaso por cien heridas el corazón y nada habéis encontrado digno de vuestro amor en el mundo; las que padecéis la enfermedad de la tristeza y del hastío, junto con un hambre infinita, señal de la nobleza verdadera, según San Francisco de Sales; las que tenéis ansias de volar hacia la altura en busca de más puros horizontes, para beber a torrentes la pura luz y gozar de un descanso inalterable; las que sentís palpar muy dentro de vosotras así como un fermento de grandezas ancestrales, savia de divinidad y sello augusto de

superior realeza; vosotras, hijas de Dios, alzad el vuelo...

Muy dentro de vosotras mismas hay otro mundo mejor —ya lo sabéis—, de bellezas y goces infinitamente superiores a los del mundo de fuera. ¿Quién que haya trabajado con humildad y perseverancia en su conquista pudo jamás llamarse a engaño...? Ese es el *Reino* de Dios, adonde sólo se llega por la renunciación completa de sí mismo en aras del perfecto amor... Y el alma que a él llega, de esclava se convierte en *Reina* —señora y dueña de sí y del universo en posesión perfecta—, pues la hace Esposa suya el mismo Dios.

## V

Imposible expresar con palabras lo que es inefable y está por encima de toda palabra. ¿Quién podrá encerrar en palabras humanas lo que sólo se puede expresar con palabras divinas? El amor de Dios no puede con palabras explicarse, porque ese amor es el mismo Dios. Así vemos que las almas santas, que han experimentado ese amor, cuando han querido declarar algo de él, no han sabido hacer otra cosa que una serie de exclamaciones, de interrupciones, de rectificaciones..., dando por indescriptible, por inexplicable, por inefable ese conjunto de experiencias y de fenómenos internos, ese torrente impetuoso del divino amor, rebotando en el alma como cascada impo-

nente... y teniendo cuanto sobre ellos llegaban a decir, no sólo por palidísimo y lejanísimo, sino por verdaderas blasfemias...

Trataremos, por tanto, más bien de explicar tan sólo sus consecuencias, sus frutos. Ese estado de unión, producido por el amor perfecto, debe ser ansiado con la mayor ansiedad por todas las almas. Nuestro Señor nos lo promete en el Evangelio, como premio y recompensa a los que le sirven, a los que le aman, en lo cual consiste el cumplimiento de toda la ley: "El que me ame será amado por mi Padre y a él vendremos y en él pondremos nuestra morada." Y Dios quiere no sólo morar en nuestras almas, sino hacernos sentir su presencia.

Esto llegará cuando nuestro espíritu, libre ya de sí mismo y de todo lo que no es Dios, logre hacerse apto para ser absorbido y como

anegado en él. Pero dejando la descripción de esta unión para un San Enrique Suson, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa..., vamos, como digo, a fijarnos en algunos de sus efectos.

El primero es seguridad. El alma que ha llegado a este estado se siente impulsada a exclamar como la Esposa de los Cantares: "He hallado al que buscaba mi alma, al que ama mi alma"; y como ella, confía y descansa en El plenamente: "Téngole y *no le dejaré.*"

Explicando Santo Tomás esta seguridad, dice que es de por sí absoluta, por ser de suyo eterna la unión de dos cosas que están formadas la una para la otra, como es el alma para Dios. Por parte de Dios, es indudable que El no puede abandonar el alma. Por parte del alma, considerando su esencia, también es eterna esta seguridad en la

unión, y a ella misma se lo parece; aunque por estar aún unida con la carne, queda siempre como posible, más o menos remotamente, la caída.

El alma es cierto que puede descuidarse, que puede decaer y apartarse de lo que constituye su fin; pero si es fiel y persevera en esa fidelidad, como ella firmemente quiere serlo, a medida que va subiendo y acercándose y uniéndose más y más con Dios, se produce en ella una especie de confirmación en gracia, que hace prácticamente esa unión casi por completo indisoluble.

El alma lo sabe, lo siente, lo vive; le parece del todo imposible apartarse de Dios; por eso tiene una confianza tan absoluta en El, que le parece que nada la puede separar, pues tiene conciencia de que ese amor con que ella le ama es amor por El mismo puesto en ella. Por eso con San Pablo exclama: "¿Quién

nos podrá separar de la caridad de Cristo? Ni la muerte, ni el infierno, ni criatura alguna...”

Esta seguridad vivida de que goza, es compatible con las tinieblas, con las tentaciones; pero como se siente de tal modo invadida por el amor, sumergida en el amor, siente que ha alcanzado su fin y el fin que Dios se proponía en ella —porque Dios no busca otra cosa que poner así a las almas— y la beatitud íntima desbordada de ese amor. Y al mismo infierno se arrojaría gustosa siendo para gloria del Amado y con tal de poder seguir amándole eternamente.

Por eso los que poseen ese amor apenas pueden hablar si no es por exclamaciones, como se ve en los “Conceptos de amor de Dios” de Santa Teresa y en muchos pasajes de Santa Catalina de Sena. Es una especie de cielo que, en cascada imponente, anega y arrebatada el frágil vaso



de nuestra naturaleza, todavía no inmortalizada ni capacitada para recibirle.

Y estas almas, no pudiendo contener en sí tanta dicha, se ven obligadas a decir a Dios: "¡No más, no más!"

Cielo es este compatible también con un Calvario, al que se ofrecen llenas de generosidad. En esta vida nadie puede dejar de padecer, porque el día que acabase ese padecer, que es la fuente del merecimiento, acabaría nuestra razón de ser en la tierra. Si estamos en ella para ir creciendo en amor y fructificando en amor, por la cruz ha de ser. Cristo cuando lo padeció todo —*Consummatum est*— se fué a su Eterno Padre.

Por eso no quieren saber, ni gozar, ni vivir otra cosa sino a Cristo crucificado. Y por esta sabiduría, sumergidas, anegadas, inflamadas en este misterio de amor, conocen a Dios

y a sí mismas, y comienzan como a entenderlo todo, abismándose en un mar de resplandores: Creación, Encarnación, Calvario, Eucaristía, Cielo... Todo les parece de alguna manera comprensible y hasta, en cierto sentido, natural, porque saben algo del amor, saben algo de Dios, y cómo rasgando un poco el velo del Misterio, en el Amor y en Dios se explica todo. ¡Oh Alteza! ¡Oh abismo! ¡Oh Amor infinito de nuestro Dios!

Y ese gozo y ese cielo anticipado, que en medio de estos otros trabajos gozan las almas que a este estado de unión llegaron, no tiene más razón de ser que para fortalecerlas; fortalecerlas para más padecer. En ese martirio que padecen quedan virtualmente con unas ansias infinitas de padecer más; y en cada sufrimiento que se las presenta se alegran con la misma alegría con que se alegra un avaro al encontrar un tesoro. Y

por eso, después de haber llamado a la muerte con ardentísimas quejas, volviendo sobre sí mismas, llenas de energías la rechazan: No morir, no morir, sino padecer.

Aparte de eso, lo que constituye un verdadero martirio para estas almas es precisamente su mismo amor. Tiene forzosamente forma de martirio, porque ya todo en ellas no es sino amor, sus fuerzas todas son amor; y hay algo, sin embargo, que del objeto de su amor las separa, que es su vida. Entrar en esa posesión de Dios que ansian, no es posible en esta vida, y esa es la causa de su martirio. Y cuanto más aman, más sufren, porque el dolor es siempre proporcionado al amor. Por eso el dolor de la Santísima Virgen fué superior al de todos los martirios, porque su amor fué mayor que todos los amores.

Ahora bien; el amor de las almas en esta vida es un amor contrariado,

no pueden gozar de Dios hasta anegarse en su seno. Y esas almas, aunque no pierden su presencia, tienen que atender a las cosas de la tierra; y ese algo que de su objeto las separa no lo pueden sufrir.

Estos fenómenos, que son vida, no pueden con palabras explicarse, como de la flor no podría explicarse el aroma; hay que sentirlo. Seguridad, martirio, estos son los efectos que causa el amor en esas almas, que ya viven sin vivir en sí. Pero juntamente con ese amor a la cruz y a mil martirios, junto con todo eso, o por mejor decir, edificándose en eso precisamente, viene un conjunto de todas las virtudes, virtudes muy diferentes de las que antes tenían estas almas, como ya hemos dicho, porque son virtudes del todo nuevas. Brota ya en ellas el hombre nuevo, el hombre perfecto en todo su esplendor, la nueva criatura, el hombre de Cristo

unido a Cristo, vivificado por Cristo; Cristo mismo redivivo y viviendo y obrando en una nueva humanidad por ese misterio de amor...

Florece entonces espléndidas aún esas virtudes más sobrenaturales como la *humildad*, que es la negación completa de sí mismo; no es una humildad en la que acaso del mismo acto de humillarnos sacamos gloria para nosotros, sino una humildad con ausencia total de gloria y de vanidad, que no se alcanza hasta este estado, porque es un vivir de su propia nada. Porque esta negación de sí mismo es lo que ese amor engendró en ella, o sea el verdadero despojo de sí, para vivir, no en sí, sino en Cristo, para que en ella sea Cristo todo en todas las cosas y no sea ya más que un miembro vivo de Cristo, así como El movía su lengua y su mano sólo por la gloria de su Eterno Padre.

Por esto pregunta, según San Pa-

blo: "¿Pero no sabéis que en mí habla Cristo...? ¿Ignoráis que en vosotros está Cristo...? Cristo, ciertamente, vive en mí, y El es mi todo y mi único vivir... Por mi parte nada soy, ni quiero ser, para que Cristo sea todo en todas las cosas."

Por esta humildad infusa es como el amor llega a su perfección, por la absoluta negación de sí mismo. Cuando llegamos a darnos por completo, *lo nuestro* desaparece, dejando sólo en el Diccionario del alma *lo suyo*. Desposeerse por completo para darse por completo y ser por completo poseídos.

En esas almas lo propio, tratándose de gloria, desaparece, y sólo queda de ellas y en ellas un dolor intensísimo de sus pecados, pero un dolor tranquilo. Al ver a Dios como suma Bondad, vense a sí mismas —que le han ofendido— como maldad suma, como una gusanera, un pozo de in-

mundicias y podredumbre. Entonces es cuando propiamente se cumple aquello del Maestro Divino, de que para ser discípulo suyo es preciso odiar la propia alma, porque no se odia sino lo malo y lo que es fuente de maldades...

Junto con esa humildad viene a esas almas dichosas la *purcxa* absoluta del corazón, o sea de la voluntad, porque al decir corazón entendemos voluntad. La voluntad es pura o es impura según tenga mezcla o no la tenga de otras cosas que no sean Dios; como el oro es puro o no lo es según tenga o no mezcla de otros metales. La naturaleza de la voluntad es una inclinación al bien; es decir, por su naturaleza, la voluntad busca a Dios, que es el único bien verdadero; tiende a poseer a Dios.

¿Cuándo, pues, será la voluntad pura? Cuando no busque, en efecto, más que a Dios; es decir, cuando sea

una pura tendencia hacia el Bien. Entonces será voluntad de veras, voluntad pura, todo y sólo voluntad, porque será total y únicamente busca del Bien, ansia de Dios...

Y ¿cuándo no será pura? Cuando se busque a sí misma o algo que no sea Dios... Los afectos terrenos colorean y manchan el cristal de nuestras almas y le impiden ver a Dios, poseer a Dios, ser poseído por sus infinitos resplandores.

Cuando el alma llega a desprenderse totalmente de sí misma, alcanza esa pureza de corazón; es decir, cuando el alma ya no está en sí; cuando las cosas al llegar a ella no la encuentran. A esa pureza se refiere la bienaventuranza que ofrece Cristo Nuestro Señor al decir: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios."

Por esa pureza de corazón, como que se engendra a Dios en nosotros,



porque nos capacitamos para contemplarle, y contemplarle ya es de alguna manera poseerle. Por esa pureza interior se limpia el ojo interior de nuestro espíritu, porque los afectos terrenos son los que ponen manchas y sombras en nuestra interior pupila, enturbiando la mirada e impidiéndonos ver a Dios. Y esa luz con que ya empieza a ver, según se va purificando, va acrecentando su amor; porque el alma siempre puede ir progresando en amor y en conocimiento de Dios. Ese es el verdadero tesoro, el verdadero anticipo del Cielo.

Esta transformación es también la que verdaderamente nos dispone para el *apostolado*. Así como antes de llegar a este estado el alma no aprovecharía en nada o aprovecharía muy poco en las obras que hiciera, después aprovecha en todo. La caridad que la mueve es la verdadera

caridad; porque es paciente, es benigna, no se busca a sí..., con todas esas cosas en grado sumo que San Pablo nos describe de ella y que son los frutos que se logran por la perfecta incorporación con Cristo. Entonces es cuando propiamente la infusión del Espíritu Santo se realiza. Cristo nos da su Espíritu, que es ya el que en todo nos mueve y nos gobierna.

Ved a los Apóstoles, antes tan imperfectos, y desde el momento que reciben ese Espíritu Divino rebosantes de toda virtud y santidad y capaces de todos los heroísmos. El Espíritu es quien habla por ellos, y piensa y ama y sufre y lo ejecuta todo por ellos, como miembros vivos que son de Jesucristo; esto mismo pasa en nosotros.

Los Apóstoles eran lo que nosotros somos. Mucho tiempo hacía que en ellos venía obrando la gracia de Dios;

pero hasta que se verifica en ellos ese fenómeno, esa transformación, no son capaces de ninguna cosa. Así las almas, cuando con esas místicas operaciones se transforman; cuando en Cristo se convierten y con El, como miembros vivos, absolutamente se incorporan, entonces *siempre* se convierten también en verdaderos apóstoles, aunque vivan escondidos en el fondo de un convento, de un hogar, y hasta en la misma soledad del desierto.

Y no solamente en Apóstoles, sino que hasta para la obra de la Redención del mundo las incorpora Cristo consigo, convirtiéndolas con El, en El y por El en *víctimas reparadoras*. La verdadera reparación es obra del amor perfecto, y mientras a él no se llega, la verdadera reparación apenas es posible.

En la antigua ley se distinguían dos clases de víctimas: animales pu-

ros e impuros, siendo estos últimos rechazados del altar, ineptos para el sacrificio, como repugnantes a los ojos del Señor. Todo esto, que no puede naturalmente entenderse por lo que se refiere exclusivamente a los animales, tiene un sentido simbólico, que es el referente a las almas. ¿Cuándo, pues, están las almas puras? Cuando están del todo invadidas por el amor de Dios. Mientras tanto, lejos de ser víctimas de olor agradable, serán de olor repugnante, y no podrán ser puestas sobre el altar.

Bueno es que las almas deseen ser víctimas, pero han de querer antes purificarse. Mientras nuestra sangre esté manchada, ¿cómo ha de servir para purificar a los demás? ¿Cómo ha de servirles de redención y de rescate? Mientras viva el pecado en nosotros, ¿qué satisfacción podremos dar por los pecados ajenos? Mien-

tras no se acaben de pagar nuestras deudas, ¿con qué riquezas habremos de ayudar a pagar las del prójimo?... Que aunque esto se verifica siempre en Cristo y por Cristo y de sus infinitos tesoros, pero sólo después de redimida por completo el alma, está apta para convertirse —siempre en las manos de Cristo— en instrumento cooperador para la redención activa de los otros.

De todo lo dicho viene a resultar que el término de nuestros deseos, de nuestras ansias, de nuestras aspiraciones, está en esa unión con Dios, y que ésta se alcanza infaliblemente por esos caminos que hemos señalado desde un principio: el despojo, la negación de sí mismo, la entrega a Dios, la oración, que es un verdadero seguir a Cristo para aprender sus doctrinas, para cumplir sus mandatos, para imitar sus

ejemplos y vivir su vida y subir con El al Calvario...

Entonces, sí, es cuando prende ese fuego, que Cristo vino a traer a la tierra. Pero todo eso nos ha de venir de lo alto; nosotros no hemos de buscar muchas cosas, *sino una sola*, porque *una sola cosa es necesaria*, dice Jesucristo: *el reino de Dios y su justicia*, es decir, nuestra justificación, nuestra santificación. Y como ese reino de Dios está dentro de nosotros, hemos de seguir esos caminos de recogimiento y de oración, por los cuales dentro de nosotros penetramos, en donde Cristo nos espera, puesto que lo que nos importa es hallar ese tesoro escondido, la unión de nuestro espíritu con Dios.

Entonces, sí, dándonos muerte a nosotros mismos podremos ofrecernos como víctimas, completando en nosotros, a imitación de San Pablo, lo que falta de la Pasión de Cris-

to, uniéndonos estrechísimamente y transformándonos y haciéndonos una misma cosa con esa sagrada Víctima del Gólgota.

## VI

### (PARA LA SAGRADA COMUNIÓN)

El Apóstol San Juan, el Evangelista del Amor, después de haber descrito las efusiones infinitas del amor de Cristo para con los hombres, al tratar de la Institución de la Sagrada Eucaristía, tiene finalmente una expresión de valor sin igual cuando dice: "Jesús, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin." Hemos de tener en cuenta que Jesús era Dios y, sin embargo, a pesar de su Poder infinito, hay un instante —el instante en que se nos da por manjar en este Sacramento adorable— en el que llega al agotamiento en las manifestaciones del amor. Pasar más allá parece un im-



posible, aun para su Divina Omnipotencia. Y esto lo dice precisamente el *Evangelista de su amor*: "Los amó hasta el fin"; es decir, de tal modo, que ya no es posible amar más. ¡Oh Amor de todo un Dios! ¡Oh Amor verdaderamente infinito! ¡Oh tesoro inefable! ¡Oh única riqueza! ¡Oh cielo verdadero! ¡Oh, Amor...!

En este mismo Evangelio nos recuerda también el Evangelista las palabras de Jesucristo antes de instituir la Eucaristía, palabras tan soberanamente expresivas, que no pueden traducirse exactamente en nuestro idioma: "Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros." Es decir, lo he deseado muchísimo, con ardentísimo deseo; porque esa frase latina tiene significado de superlativo. Y volviendo a tener en cuenta que el que así hablaba era Dios, un Dios de infinito Poder, para cuyo

querer no hay resistencias, pues la creación entera es un sencillo *querer* suyo, ¿cómo podremos concebir ese deseo superlativo, ese infinito deseo, con que así le vemos suspirar por entregarse todo a nuestro amor...?

*Deseo* infinito de un Dios para el cual lo infinito no tiene un significado puramente negativo, como cuando a nuestros deseos y amores lo aplicamos, sino muy positivo y de plena realidad. Solemos juzgar nuestras ofrendas amorosas no tanto por la cosa que se ofrece cuanto por la voluntad y el deseo de nuestra felicidad con que se nos da. Pues esta es la única dádiva que se nos da con voluntad y deseo infinitos, y en la cual no se busca otra cosa sino nuestro bien, pura y simplemente nuestra infinita felicidad. Jesucristo nada busca para Sí, porque nada podemos darle, y todo lo que nos pide es tan sólo para nuestro bien.

Decimos que nada podemos darle y que Jesús, nuestro dulcísimo Jesús, no puede esperar nada de nosotros; y al hablar así no nos hemos expresado con entera exactitud. Podemos darle algo, sí, y casi con toda seguridad le corresponderemos con algo: con pecados e ingratitudes.

El lo sabe; El sabe perfectamente que esa tristísima y abominable correspondencia a tanto Amor es lo único que puede esperar de nosotros; es decir, que sigamos oprimiendo su adorable Corazón, hasta hacerle seguir sudando gotas de sangre, como sudó por nosotros en el huerto de los Olivos. ¿Quién fué, si no, el que de ese modo estrujó allí, "como se estruja la uva en el lagar", según la expresión de Isaías, su Corazón amantísimo? ¿Quién sino el descoardentísimo de nuestro amor, y la clara visión de nuestros desdenes y de nuestras ingratitudes?

Pues si es infinito el deseo y es igualmente infinito el bien que nos ofrece y nos procura, no menos infinita es la dádiva, si la sabemos bien mirar, con que ya de presente nos regala. Pues ¿qué dádiva es esta del Sacramento del Altar? Es la dádiva de su cuerpo sacratísimo, de su sangre divina; del cuerpo que por nosotros y para nosotros se entrega poco después a los verdugos, nuestros ministros y esbirros; de la sangre que entre tormentos se derrama hasta la última gota, para caer sobre la tierra dura de nuestras almas, como precio infinito del rescate, como savia divina de virtud infinitamente vivificadora. Y junto con su sangre y con su cuerpo, su vida, su alma, su divinidad y todas sus infinitas riquezas.

Recordaréis que os dije días atrás, repetidas veces, que el amor supone darse de tal modo el amante al ama-

do, que uno al otro mutuamente se posean. Pero las criaturas nunca pueden darse a tal extremo, pues aunque una criatura del todo se nos diera, no podríamos nosotros poseerla plenamente. Esa dicha, esa felicidad de una total posesión, nunca pueden dárnosla las criaturas, porque sus bienes son siempre exteriores. Los mismos ángeles, en el amor con que mutuamente se aman, no pueden poseerse.

Cristo iba a dársenos en la Cruz; pero este modo de darse no satisfacía plenamente a su amor. Podríamos creer que era una dádiva, pero no que esa dádiva era real y verdaderamente nuestra. El quería incorporarse con nosotros, darse sin ninguna limitación; que pudiéramos decir: Jesús es mío, es todo para mí; y para que todo esto se hiciera de modo más sensible, después de habérsenos dado en rescate, se nos

da en este Sacramento adorable en forma de alimento.

No hay nada que venga a hacerse más nuestro que el alimento, el cual, asimilándose a nosotros, llega a convertirse en nuestra sangre y en nuestra propia substancia. Por eso quiso darse a nosotros en esta forma, para que podamos rastrear algo siquiera de tan profundo misterio.

Aquí se completa y se hace para nosotros *sensible* la dádiva del Calvario. Aquí se hace nuestra la divinidad, nuestras las riquezas de su sabiduría, de su bondad, de su amor; todo lo cual se hace más nuestro que el alimento corporal, y con una unión más íntima y más duradera, porque es espiritual y por parte del que la da, ha de durar para siempre.

Y así como en la unión del alimento con el cuerpo, que de él se nutre, todo el bien que de ahí se sigue es pa-

ra el cuerpo, a cuya nutrición se subordina por completo la incorporación que del alimento se hace, de la misma manera en la unión que por este Sacramento se verifica entre Jesús y el alma, todo parece subordinarse al bien del alma, sometiéndose, en cambio, el Señor a un anonadamiento sin igual, a una humillación sobre todas imponderable...

Verdaderamente es más esta dádiva que el sacrificio del Gólgota; porque si allí se ofreció desde la Cruz, aquí desde nuestro pecho se ofrece en sacrificio a su Eterno Padre, cumpliéndose además en este Sacramento otros muchos fines del amor, como son la dádiva completa de sí mismo, en tal forma, que el amante venga a *ser totalmente* poseído por el amado, con la más íntima y más infame unión, con una incorporación y una asimilación verdadera; y a la vez y por esto mismo, la

individualización, por decirlo así, de la dádiva.

El amor busca siempre esta individualización y no suele jamás satisfacerse hasta llegar a ella. El amante quiere ser preferido, quiere ser *único*, porque quiere darse todo y poseer todo y totalmente a su Amor; y todo esto es en este Sacramento adorable, donde se cumple y se patentiza. En el Calvario moría Jesús por todos los hombres; y aunque sabemos que por una sola alma hubiera muerto igualmente, no nos lo aplicamos por completo a la nuestra. Aquí ya no cabe duda alguna.

Aquí ya verdaderamente podemos creer y decir cada cual: todo lo ha hecho por mí; creación, vida, cielo... Encarnación, Cruz, Redención... Todas sus obras por mí, porque El mismo se me dió, le poseo, es mío.

Se me dió como Señor y Dueño al crearme; Señor y Dueño tan alto,



que *servirle verdaderamente es reinar*, y tratar con El, señal y garantía de nobleza suma.

Se me dió como Padre al levantarme a Sí, elevándome al orden sobrenatural e infundiendo, por decirlo así, savia y vida de su propia Divinidad en mi alma, para que yo fuese verdaderamente su hijo y su heredero.

Se me dió por hermano y guía y compañero y ayudador al encarnarse y nacer revestido con mi propia naturaleza; para sentir mis dolores y hacerlos suyos; para envolverse en mis luchas y mis contradicciones y enseñarme en todas ellas a triunfar; para dejarse oprimir por mis propias angustias y estrecheces y darme aire con sus alas, y aun tomándome sobre ellas, conducirme a las alturas; para hacerse copartícipe de mis deudas y cargarlas todas sobre Sí; para tenderse conmigo y a mi lado en el frío

lecho de mi muerte y darme con su frío y con su muerte calor y vida...

Se me dió al ser vendido y morir, sujeto con tres clavos en una cruz, por rescate.

Se me da en su Reino, con millares de ángeles y bienaventurados que le adoran y le ensalzan, como premio y gloria.

Se me da todo y siempre y por completo, y se me da sin división a mí solo, pues así, de solo a solo, lo abrazo ahora, en un misterio de amor, y como suprema garantía de todas sus otras dádivas, sacramentalmente, dentro de mi pecho, dentro de mi alma...

Sí, sí. Esta especialización del amor la vemos sobre todo en este Sacramento, porque se nos da a cada uno de nosotros todo entero, pudiendo el alma ver realizado el último ensueño del amor: *ser única*. El alma que ama a Dios es para El *única*;

así la llama El mismo en su infinito amor: "Mi única, mi perfecta"; y Dios es *todo para ella sola*, cumpliéndose esa palabra que pronuncia siempre el amor: "¡Mi Amado para mí, todo para mí, y yo toda para mi Amado!"

En el infinito Amor con que Dios nos ama, caben todas estas especies de unicidad, porque Dios puede darse a todos plenamente, y eso es para el alma ser única. El que sea realmente una sola o sean millones las almas que Dios ama, no les causa ningún género de detrimento, porque todas lo reciben todo, como si cada una por si sola existiera.

Para el amor de una madre, todos los hijos, por muchos que tenga, son únicos, porque en todos pone-entero el corazón; únicos para el amor, no para la dádiva, ni para las manifestaciones externas de ese amor; porque las actividades y dones de la

madre, que no pueden ser infinitas, que son forzosamente *limitados*, en intensidad y en número, pueden multiplicarse cuando en uno se concentran, y forzosamente habrán de disminuir cuando se dispersan en muchos. Pero estas limitaciones en Dios no se dan; y las almas que El ama son, para la dádiva como para el amor, únicas de veras, pues a cada una totalmente se da y por cada una se hubiera encarnado y hubiera muerto.

Y ese sacrificio —ofrenda y rescate— por el amado, y esa dádiva y ese amor y esa unicidad, es en este Sacramento del Amor, repetimos, donde maravillosa y plenamente se realizan. Por eso un Santo, San Felipe Neri, no daba más a este Sacramento sino este nombre: *mi Amor*.

Porque en El está la especialización, la individualización, la realización suprema, aunque misteriosa aún,

del amor. El cielo, que es la consumación del amor, no será esencialmente sino esta misma unión, rotos los velos del misterio y rotos consiguientemente los diques que, mientras vivimos en la carne, impiden desbordarse y anegar el alma los torrentes de delicias y de consumada felicidad que de ésta unión amorosa con Dios lógicamente se siguen. La unión real, inefablemente íntima con Dios, la posesión de Dios, que de manera tan plena se nos da en este Sacramento; la posesión del Infinito, donde están encerrados todos los tesoros; nuestro cielo, nuestra gloria, nuestra bienaventuranza.

Es como un niño a quien las escrituras legales y el testamento de su padre hacen dueño de riquezas fabulosas; pero en cuya posesión y dominio y disfrute directo no puede entrar mientras no se capacite del todo, al llegar a la mayor edad, para

disfrutar plenamente de ese dominio.

Por otra parte, mientras ese instante no llegue, en que Dios infinito y centro y resumen de todas las infinitudes —capacitados ya para recibirle y poseerle— se nos entregue, las manifestaciones anteriores del amor de Cristo, tal cual nosotros las percibimos, adolecen siempre de una cierta limitación, que la misma naturaleza de las cosas impone. Cristo nació una vez, y fué vendido y azotado y escupido y coronado de espinas una vez y por nosotros derramó sólo una vez en la cruz toda su sangre. Y como el amor infinito de Jesús no puede sufrir ningún género de limitaciones, por eso en este Sacramento se renuevan perpetuamente esas dádivas y esos sacrificios. “Recibid este cuerpo y esta sangre que por vosotros se entrega y se derrama, y haced esto muchas veces en

memoria de mí." Es decir, que en el Sagrario Jesús quiere hasta el fin del mundo seguir por nosotros sufriendo frío y hambre y sed y bofetadas y salivazos y azotes y espinas y cruz para seguir sin intermisión demostrándonos su amor y dándose a todos los sacrificios por nuestro amor. ¿Y no escuchamos aún ese clamor inmenso con que el amor de Cristo desde el Sacramento nos llama...?

Este es sin duda aquel clamor válido, aquel clamor potentísimo, de que nos habla el Profeta, clamor de infinitas cruces y de infinitos martirios, porque es clamor de amores infinitos. Es Cristo que con deseo ardentísimo se entrega por nosotros a la muerte y a la cruz, para morir una vez, mil veces, cuantas nosotros queramos, sin que jamás se llegue a cansar su amor; cien mil veces cada día y hasta el fin del mundo... *Haced esto muchas veces en memoria de mí. Co-*

mo si dijera: Yo me gozaré siempre que lo hagáis, siempre que renovéis este sacrificio, infinitas veces, siempre, siempre...; porque el gozo mayor del que ama es amar, y el amor en el sacrificio se acrisola y se acrecienta, y triunfa y se corona. Darse, sacrificarse y sufrir siempre... Exigencia infinita del Infinito Amor y del Amor infinitamente verdadero.

¿Qué falta, pues...? ¿Qué más puede por nosotros hacer Jesús de lo que ha hecho...?

Poned, pues, la mano sobre vuestro corazón y decidme: ¿Qué buscáis? ¿Amor...? Comparad amores con amores...; comparad el Amor de Jesús con los amores de las criaturas y veréis entre ellos más distancia que la del fuego fatuo, fosforescencia de cosas pútridas, o la del gusano luciérnaga, con el sol esplendente de Mediodía.

¿Buscáis perfección? Pues no hay



perfección posible sino la que por el amor de Jesús se alcanza.

¡Buscáis, por ventura, riquezas, ciencia, felicidad, paz, alegría?... ¡Pobres! ¡Pobres! ¡Cómo nos dejamos engañar por nuestros bestiales instintos! Porque si es que brilla un poco en nuestras pupilas la oscura y misteriosa lumbre de la fe, ni rastro de riqueza descubriremos en el mundo entero sino las que se encierran en el amor de Jesús; ni más ciencia ni más luz que la que brota de las llamaradas de ese fuego divino; ni más felicidad que la de sentirse envuelto en el ambiente purísimo de sus celestiales aromas; ni más paz ni más seguridad ni más descanso que el que se goza reclinado sobre su pecho amoroso; ni más alegría verdadera que la de amar a Jesús y querer amarle más y más, y sentirse por El con un tal Amor infinitamente amado, indisolublemente amado...

**Si, sí, para Jesús ya todo nuestro amor, sin condición, sin reservas. "He hallado al que ama mi alma —podemos ya decir con la Esposa de los Cantares—; al que buscaba ardientemente sin conocerle mi alma, a Aquel para quien mi alma, que quiere amar, que busca la perfección y la dicha, fué creada, y fuera del cual no podrá jamás encontrar descanso; he hallado al que ama mi alma, téngole y no le dejaré.**

**"Ni la vida ni la muerte ni el infierno me podrán separar ya de este amor; porque mi Amado será mi escudo y mi defensa. Y teniendo este amor en mi alma, y recibéndole en mi pecho, y pudiendo apacentarse en El y confortarse en El y consolarse en El mi espíritu de continuo, me es indiferente el vivir o el morir o el sufrir, con que sólo en ello encuentre complacencias mi Amor..."**

**Lo único, pues, que nos importa**

es de una vez ya y para siempre ofrecernos muy de veras al Amor, ofrecernos muy de veras a Jesús, que de tal modo se nos da, que con tanta insistencia y por tales caminos por nosotros se sacrifica. Pues si El, Riqueza infinita, se nos entrega de ese modo, no es sino para enseñarnos a amar y darnos el ejemplo; para que nosotros, mezquinos y miserables, despojándonos de nosotros mismos, nos demos totalmente a El. De este modo lo poseeremos y seremos dioses por participación al ser por El poseídos.

¿Cómo es posible que no nos decidamos a corresponder a esas dádivas de amor? Si así lo hacemos, *si nos entregamos sin reserva*, los ángeles celebrarán en este instante las nuevas bodas de Jesús con nuestras almas, hasta que llegue el día en que definitivamente se celebren nuestras eternas bodas en el Cielo.

## SEGUNDA PARTE

### EL PRÓJIMO

#### I

Quedó asentado en la Primera parte que, hablando con propiedad, no hay ni puede haber más amor verdadero que el de Dios, siendo en consecuencia falsos y engañosos e indignos de este nombre todos los otros amores. De lo cual parece seguirse como natural consecuencia que un libro dedicado a esa *ciencia del amor* ahí debiera terminar, como este librito, en efecto, en su primera edición terminaba.

Al hacer, sin embargo, esta nueva edición, nos ha parecido conveniente completarlo con esta segunda parte,

dedicada al *Amor del prójimo*, por dos principales motivos. En primer lugar, porque hay de hecho en nosotros algo que se parece mucho al amor, y que aun en muchos casos participa en mayor o menor grado de la esencia del verdadero amor, sin sobrepasar, sin embargo, la órbita de las criaturas. Lo cual, si fuera verdad, parece a primera vista contrariar y destruir nuestra afirmación primera. ¿Hay, pues, en realidad, más amores verdaderos que el de Dios...?

Para demostrar que no los hay, seguíamos en la primera parte un procedimiento apriorístico, fijándonos tan sólo en la naturaleza del amor y en sus condiciones esenciales, y viendo en seguida cómo esas condiciones pueden sólo cumplirse cuando nuestro amor tiene al Ser Infinito por objeto. Y aunque es verdad que una vez demostrada firmemente una proposición, no deben in-

quietarnos gran cosa las objeciones que contra ella puedan levantarse, las cuales serán falsas y de ningún valor por el mero hecho de oponerse a una proposición bien demostrada, pero siempre se esclarece más y sale ganando la tesis con la solución directa de las objeciones. Tanto más, cuanto que siendo estas objeciones de carácter práctico, es decir, refiriéndose a amores, legítimos acaso en su raíz, aunque mal encaminados, la discusión y esclarecimiento de lo que en ellos hay de legítimo y de lo que hay de falso y reprobable, siempre constituirá para nosotros una ayuda práctica para poder encauzar convenientemente nuestros naturales instintos.

Por otra parte, la ley toda, según expresión del mismo Cristo, viene a resumirse en *dos* preceptos, el primero de los cuales tiene por objeto ciertamente el amor de Dios, pero el

segundo explícitamente se refiere al amor del prójimo. Luego no sólo hay de hecho en nuestro corazón más amores que el de Dios, como cuando amamos a nuestras madres, a nuestros amigos, etc., sino que debe haberlos y el mismo Dios nos manda que los haya. ¿Cómo puede, pues, compaginarse todo esto? Si hemos de dirigir a Dios todo nuestro amor, ¿con qué habremos de amar luego a las criaturas?

Todo esto es bien sencillo, y con la mayor sencillez trataremos de irlo explicando poco a poco. Y es precisamente el mismo amor de Dios substancial el que con su experiencia y sus llamaradas irá infundiendo en nuestras mentes los destellos de esa divina sabiduría.

Todos esos amores, distintos del amor de Dios, que fuera o dentro de nosotros encontramos, podemos clasificarlos en dos grupos: amores ins-

tintivos y amores reflexivos, o sea, amores de naturaleza y amores de elección. La lengua latina tiene palabras distintas para estas dos clases de *amores* —que nosotros expresamos con esta única palabra—, reservando la palabra *amor* para cuando se trata de los primeros, los de instinto o de naturaleza, y significando los segundos por la palabra *dilectio*, *diligere*, dilección, querer, pero querer escogiendo a la persona a quien se ama, lo cual es obra de reflexión y de libertad. A la primera clase pertenecen el amor de los padres para con sus hijos o de los hijos para con sus padres, el amor entre los hermanos o entre compatriotas, el amor de la patria y otros semejantes. Amores de elección son todos los demás, y en castellano pudiéramos acaso comprenderlos bajo esta única palabra: amistades.

Al dividirlos así no hemos de pen-



sar que en los que llamamos amores de naturaleza no pueda haber también *a posteriori* algo de amor reflexivo o de elección, así como en las amistades suele haber un impulso instintivo de simpatía, que precede por lo común a toda acción libre de nuestro querer. Pero esto no impide que los distingamos en esta forma, según el carácter predominante de instinto o de elección que en ellos encontramos. Fijémonos, pues, ante todo en los amores que hemos llamado de naturaleza, y tratemos de determinar hasta qué punto se da en ellos la esencia del verdadero amor.

¿Quién puede dudar del amor de una madre y de que ese amor, salvo excepciones monstruosas, es un amor verdadero? Por eso, entre todos los amores humanos suele tomarse este amor como prototipo, y si no es acudiendo a él, ordinariamente hablando, apenas nos atrevemos a poner

ejemplos de otros amores puros, desinteresados y constantes. La madre realmente ama, como nosotros concebimos que se debe amar. Ama sin que en su amor fundamentalmente influyan las condiciones o accidentes del hijo amado, que sea hermoso o que sea feo, que sea rico o sea pobre, que esté sano o que esté enfermo, y hasta le ama sin fijarse apenas en que sea bueno o en que sea malo, porque su amor cala más hondo y sube por encima de todas esas cosas, y a través de los accidentes va buscando la persona para la cual siempre y en cualesquiera circunstancias desea ardientemente todo bien.

Ama hasta olvidarse de sí, o hasta poner por lo menos muy en segundo plano su persona; y por eso le ama, aunque de él no espere recompensa ni gratitud siquiera, ama al hijo ingrato, al que la hace sufrir y la mata a disgustos, al hijo pobre, al hijo cri-

minal o encarcelado que la deshonra y del cual ella misma, en justa correspondencia, no podrá esperar nunca bien alguno. Y ama hasta el sacrificio; y la fuerza de una madre para sacrificarse por su amor no tiene límites y parece crecer, y subir siempre hasta perderse de vista en lo infinito. La felicidad del hijo le basta, como a la mujer del Zebedeo, y para lograrla y una vez lograda, poco parece importarle su propia felicidad, de la cual se olvida. ¡Oh amor de madre! ¡El más puro y el más grande entre todos los amores creados! ¿Y no habremos de decir que este amor no es un amor verdadero?...

Cierto es que las cualidades que hemos ido descubriendo en el amor de la madre pudieran servirnos de modelo para ir encauzando y elevando un poco incluso nuestro amor de Dios. Pero ahondemos un poco más y tratemos de fijar de una vez qué

es lo que hay aquí de verdadero amor y qué es lo que le falta: y sobre todo de dónde procede y cómo se actúa todo eso tan santo y tan noble que en el amor de las madres hay de verdadero.

Hay que distinguir dos clases de elementos o cualidades en todo amor: unas que se refieren al sujeto que ama y otras al objeto o a la persona amada; y las dos son igualmente importantes y esenciales. En el amor de una madre encontramos casi todas las cualidades subjetivas del amor; pero de las cualidades objetivas apenas solemos encontrar ninguna. En la primera parte de este librito las hemos ido indicando, y no haremos aquí sino muy brevemente recordarlas.

Ante todo, el objeto de nuestro amor debe ser un bien, porque sólo lo bueno debe amarse. Amar lo malo abiertamente sería un contrasentido y hasta cierto punto un imposible.

Pero como nuestro amor no puede dividirse, porque su natural tendencia es a ser total, a ser infinito, repugnándole toda idea de limitación, toda condición extraña al amor mismo, resulta que el bien sobre el cual nuestro amor ha de recaer debe participar de esas mismas cualidades, es decir, debe ser un bien total y sin condiciones, un bien puro, todo bien y sólo bien, y siempre bien, el bien infinito, o simplemente el *Bien*. Bien en sí mismo y bien soberano dentro de la creación entera; bien para nosotros que le amamos, y bien que sobre todos se difunda y se derrame, y fuente universal de todo bien. Y así es como, por ser bien infinito, todo bien y siempre y para todos bien, por eso es infinitamente amable y digno de ser por todos y siempre y hasta lo infinito amado.

Si quisiéramos dividir nuestro amor, podría darse el caso de que

las personas u objetos que amamos llegasen a estar en contradicción; y como entonces no nos sería posible amar cosas contrarias, nos quedaríamos con aquel a quien amásemos más, y nuestro amor para con el otro sería un amor condicionado, un no-amor, un puro deseo, un imposible. Claro está que de estos imposibles tenemos acaso muchos en la práctica del vivir, pero es porque nuestros amores no pasan del principio, ni llegan a ser otra cosa que semillas o veleidades de amor. Cuando el amor crece y crece de veras, llega a absorberlo y dominarlo todo y todo lo subordina y lo reduce a la unidad, fundiendo e identificando con su llama todas las otras llamas de amorés. Y esto, repetimos, sólo puede darse, sin locura manifiesta, cuando el objeto de nuestro amor es el Bien Infinito.

Ahora bien; la madre, según decíamos, ama a su hijo con uno de

estos amores imposibles y absurdos; con un amor que muchas veces tiene que cerrar los ojos y los oídos para no saber nada desagradable del objeto amado; con un amor que es falsedad a sabiendas, porque no es merecido ni correspondido; es decir, con un amor que sale puro de su fuente, que es el horno del corazón maternal, pero que no encuentra objeto proporcionado que le merezca, sin acudir a mil engaños y ficciones más o menos inconsecuentes. A un amor así le falta mucho para poder ser y poder sólidamente llamarse un verdadero y perfecto amor.

Por eso vemos que muchas veces vacila, que algunas veces llega a naufragar del todo a fuerza de desengaños o por la natural reacción de un instinto que se llega a cansar de darlo todo y sacrificarse en todo sin recibir fundamentalmente nada en recompensa.

Porque el amor de la madre tiene una misión que cumplir y en ese sentido es fuente de perfección y de satisfacciones; pero ni da la perfección absoluta ni la felicidad y el descanso absoluto, a lo cual también la madre, como todo ser humano, forzosamente aspira. Porque ya hemos visto que estos tres instintos son esencialmente inseparables: nacemos para el amor, sí; pero nacemos también para la perfección y la felicidad juntamente.

O porque el amor de la madre tiene esa misión importantísima que cumplir, por Dios impuesta, por eso precisamente es tan puro. Viene de la naturaleza, de la naturaleza sana y de muy hondo, y lo que viene así de la naturaleza viene de Dios, y todo lo que viene de Dios, en cuanto tal, es puro y santo. Por eso en el amor de la madre encontramos tanta esencia de verdadero amor, por-



que no es suyo, porque no nos pertenece, porque Dios lo puso allí en su corazón, y ella, sin cuidarse siquiera de encenderlo, se sintió de pronto envuelta en sus dulces y tormentosas llamaradas. Por eso en el amor de las madres hay algo de divino; y todos los demás amores humanos resultan forzosamente de mucha más baja ralea. Por eso la madre que se acerca a Dios, la madre que alimenta en su corazón un poco de amor de Dios, ama más y mejor a sus propios hijos; y la que de Dios se aparta, como vemos en los pueblos paganos e irreligiosos, queda expuesta a todos los extravíos, hasta el extravío monstruoso de abandonarlos o venderlos o explotarlos, según su egoísmo y propio provecho se lo exigen.

Podemos, pues, muy bien y a boca llena proclamar: primero, que el amor maternal es un amor incompleto, que

no tiene en sí mismo su razón de ser, sino en la función que ha de cumplir según la ordenación divina; segundo, que por esto mismo no da ni puede dar la felicidad, la felicidad que lógicamente debe venir a nosotros cuando *en aras del amor* todo se sacrifica, y tercero, que si hay en el amor de las madres tanta esencia de verdadero amor es precisamente por lo que tiene de divino, porque el mismo Dios lo ha encendido, anteriormente a toda reflexión y a todo cálculo, en el corazón de la madre.

Y siendo esto así, ya no necesitamos detenernos en el examen de los demás amores instintivos, pues ninguno de ellos de suyo sobrepasa ni aún iguala al de la madre. De todos ellos, pues, y con mayor razón se puede decir lo que del amor maternal se ha dicho. Amor del padre a los hijos y de éstos a los padres, amor de hermanos, amor de patria; ¡ santos y

nobles amores, por lo que tienen de Dios; pero qué inconstantes e imperfectos nos los muestra cada día la experiencia! Si se acercan a Dios, de quien proceden, se afirman y acrisolan; si, por el contrario, llegan a apartarse de Dios y sin El tratan de vivir, pierden por el mero hecho algo así como el aire que los sustenta y todo razonable y sólido fundamento.

Pasando ahora a los amores que hemos clasificado como reflexivos y observándolos con un atento examen, encontramos en ellos algo de instintivo y algo de cálculo, en mayor o menor proporción, según los casos. Una amistad, por ejemplo, suele engendrarse en nosotros mediante una simpatía más o menos natural y espontánea, que comenzó a unirnos con el amigo sin que nosotros tomásemos en ello parte activa ni casi nos diésemos cuenta. Después viene la reflexión, y debe naturalmente venir,

pues por el tamiz de la razón es preciso que pasen, para que las cosas vayan bien, todo cuanto pueda dar forma a nuestras actividades o dar de cualquier modo contenido a nuestra vida. Y al someter esa simpatía al análisis y examen de la razón, ¿qué es lo que generalmente vamos buscando? Pues, sencillamente, nuestra conveniencia y nuestro gusto. Y no hay siquiera posibilidad de que nuestros cálculos trasciendan este horizonte egoísta sin una fuerza extraña y muy activa que nos obligue a poner fuera de nosotros mismos el punto de mira y de apoyo, fuerza que no puede ser otra sino el amor de Dios.

Una vez engendrada la amistad puede acaso llegar a actuarse en formas más o menos puras sin salir de un orden puramente humano, porque el corazón a veces por su propio impulso se nos escapa; pero esto es lo

excepcional, lo ciego, lo instintivo, lo que viene de la naturaleza y de Dios, sin nosotros y a veces contra nosotros o a pesar nuestro, pues en ciertas ocasiones llegamos a lamentarnos de *ser así*, de tener demasiado corazón, cosa que nos obliga a sufrir más de la cuenta y aun a sentirnos por esto mismo desgraciados. Y no andamos extraviados al juzgar las cosas de este modo, pues un amor verdadero que no nazca del amor de Dios ni a él se ordene por lo que tenga de amor *puro y verdadero*, será siempre sacrificio, y por andar lejos del amor de Dios, será un sacrificio sin posible y condigna recompensa. Ciertamente que a veces el corazón se nos va; pero es locura siempre que se nos va por camino distinto del que a Dios lleva. Y, o no se ama porque el amor inicial quedó muerto por los cálculos del egoísmo o los atractivos del gusto, o si se llega a amar de

veras, a amar hasta el sacrificio, es un sacrificio y un amor que se perderán al fin en un eterno vacío, en una absoluta impotencia, sea cualquiera la correspondencia que de momento podamos haber encontrado.

En resumen, que en todos nuestros amores sólo esto es lo que podemos hallar: o instinto ciego, bestial si viene del fango, y más o menos puro, si viene del alma, si viene de Dios, y únicamente en la medida en que de Dios venga; o cálculos egoístas, más o menos paliados y disimulados; y siempre, en último término, estrago del corazón, sacrificios estériles, desilusión, vacío y amargura...

## II

Por encima de todos esos amores naturales, instintivos o de elección, hay y debe haber otro amor, preceptuado en la ley divina: el amor del prójimo. ¿Quién es el prójimo? ¿Cómo se fundamenta este amor? ¿Cuáles son las formas de este precepto?

Todos los cristianos tenemos una noción perfectamente clara de lo que es el prójimo, noción que el mismo Cristo nos inculca en el Evangelio con la conocida parábola del Samaritano, sobre la cual más adelante volveremos. El prójimo es todo hombre, cristiano, judío o infiel; español o sueco o japonés o chino; blanco, negro, mulato o aceitunado; bueno y honrado o pecador y criminal; amigo o enemigo, y, en fin, de cualquier

raza o condición que sea. Nuestro prójimo es pura y simplemente todo hombre, todo descendiente de Adán, todo individuo perteneciente a la especie humana, en cualquier edad o estado en que se encuentre. Y al prójimo así entendido, es decir, a todo hombre, y por el mero hecho de serlo, ¿es necesario amarle?...

Nuestros naturales amores no siguen ciertamente ese camino; y aún podemos añadir que ni siquiera pueden seguirlo, según su natural y espontáneo movimiento. El amor tiene por objeto el bien, es decir, que se ama y debe amarse sólo lo bueno. Y de hecho *nuestro* amor busca sólo y fatalmente *nuestro* bien, y sólo puede dirigirse hacia aquellos que son *buenos para nosotros*.

Ahora bien, aun dando por supuesto y evidente que nuestro bien integral no se encuentra en ninguno de los hombres, pero ¿cuántos de entre



ellos resultan buenos para nosotros?  
¿En cuántos encontramos siquiera una partecita de bien y de felicidad?  
¿En cuántos encontramos siquiera un buen deseo que hacia nosotros se extiende, una buena voluntad que, aun en medio de su impotencia radical, quiera y procure con relativa eficacia ayudar un poco a la consecución de nuestra dicha?...

Aun en el caso más favorable, no serán muchos ciertamente los que en estas condiciones respecto de nosotros se encuentren; acaso los podríamos contar con los dedos de las manos... y aun pudiera ser que llegasen a sobrnos los de una sola. Por este camino natural de nuestro amor no es, pues, posible que lleguemos a encender en nuestro corazón el amor del prójimo. Veamos, pues, si encontramos algún otro.

Levantando un poco más la mirada, nos es fácil llegar a convencer-

nos de que amarse los hombres unos a otros es un bien; un bien universal, del que todos saldrían beneficiados; un bien, pues, universalmente apetecible. De aquí, por el natural deseo del bien que dentro del alma llevamos, quizá llegase a engendrarse en nosotros un principio de amor del prójimo. Si es bueno amarse los hombres todos mutuamente, "yo, que quiero ser bueno, podríamos decirnos cada uno, quiero amarlos a todos, me esforzaré y trabajaré por amarlos a todos".

Este es un punto de vista moral, digno de todo respeto. Pero si ahí se detiene nuestro espíritu, si no se sube un poco más hacia la altura, el amor del prójimo que sobre esos únicos cimientos se base, bien pronto se derrumbará, probablemente, a los primeros desengaños. Y en ningún caso llegará a dar frutos maduros y sazonados, de esos que sólo se crían re-

gados abundantemente con sangre de sacrificios. Un amor así es precisamente lo que predicán los filántropos; pero la filantropía apenas ha pasado jamás de las palabras, ni ha dejado de ser un amor puramente platónico. Y si alguna vez por excepción sale a la realidad y se traduce en obras... ¡Ah, con cuánto campaneo y cuánto aparato! "Ut videantur ab hominibus", para ser vistos y aplaudidos de los hombres; lo cual claro está que en su esencia íntima no es amor, sino vanidad, más o menos disimulada. Por eso ha dicho un escritor que "la filantropía es como un adorno que la persona se pone cuando va a mirarse al espejo o cuando tiene que presentarse en público". Y si algún filántropo comenzó siendo sincero, no necesitó nunca vivir mucho para reconocer y llorar, lleno de amargura, su engaño. ¿Recordaremos algunos?

Frensen, uno de los modernos apóstoles de la filantropía, predicador incansable de la *religión del amor* (¿cuándo se convencerán de que no hay más religión del amor que la de Cristo...?), a la cual había dedicado sus mejores libros, vino al fin a retirarse amargado y lleno de desencantos; y desde su retiro lanzó a la publicidad su último libro: *El naufragio...* Y es un triple naufragio el que en ese libro se describe. Primero, el naufragio del buque en que el protagonista de la novela viaja. Segundo, el naufragio de un amor: un amor profundo, *eterno*, como mil veces se le había jurado, fiel hasta el sacrificio, y con todas esas otras bonitas cualidades con que los amores humanos suelen engalanarse siempre, al menos de palabra. ¡Ah!, pero el protagonista había pasado muchas, muchas horas y muy terribles luchando con las olas encrespadas al hundirse el buque,

siendo al fin recogido, sin conocimiento y casi sin vida, por una lancha de pescadores; y en esas horas de agonía indescriptible había envejecido muchos años y había quedado con un temblor y una especie de perlessía que le hacía aparecer como una *rui-na humana*.

Y cuando, lleno de ilusión, llega al fin a presentarse ante la persona amada, por la cual creía ser a su vez tiernamente amado, ¡oh desencanto!, el recibimiento *amoroso* que soñaba se convirtió, tras breves instantes de estupefacción, en una repulsa violenta, arrojándole fuera de la puerta gritando: "Quítate de aquí, espectro destructor de mis ilusiones y de mi felicidad; déjame, déjame siquiera a solas con mis placenteros recuerdos." Ya no era el hombre bello y vigoroso de antes; su aspecto exterior había cambiado. Y este cambio había hecho caducar en un ins-

tante un amor que se había querido proclamar eterno, y el más íntimo y más hondo de todos los humanos amores! La desgracia fué tan sólo la piedra de toque y como el crisol en que se funde el oro para separarle de la escoria.

Junto con estos dos naufragios se adivina otro tercero que palpita fuertemente entre líneas y en todas las páginas de este libro: el naufragio de las ilusiones *filantrópicas* del autor. ¡Pobre! No creía en Jesús. ¿Cómo podría creer mucho tiempo en el amor...? Señor, que vea; que vean todos los que no te conocen y se esfuercen por sondear, si pueden, los mares infinitos que en los tesoros de tu amor se encierran.

De otro filántropo aún queremos copiar literalmente algunas frases. Están tomadas de un libro póstumo, de una colección de cartas a su hija, que ésta publicó después de su muer-

te. "Antes tenía yo —dice— confianza en todos los hombres; hoy me sangran cien heridas causadas por mis ilusiones." "La gran mayoría del género humano no merece que tengamos con ella más que meras relaciones de cortesía. ¡Oh Bergliot! (la hija a quien escribe); nunca pensé que pudiera llegar a escribir una frase como ésta, y el haberla escrito me emociona." Y en otra carta: "Pero qué frías, qué impenetrables son las gentes! El corazón se me oprime al no descubrir por aquí ningún calor, ningún ideal. Sí, me duele el corazón. Espero de año en año; a veces creo ver un resplandor, pero se apaga al momento y no deja nada tras de sí..."

¿Para qué seguir...? Todos los que han amado de veras tienen el mismo lenguaje. Los amores humanos eso son: fuegos fatuos, leves resplandores de momento que al instante se

apagan, sin dejar ningún rastro tras de sí... o dejando en algún corazón delicado un rastro de fuego y de lágrimas, una herida abierta que exhala un aroma de tristeza infinita, como la última mirada de un agonizante y el *último rayo de sol que brilla sobre el barco que se hunde para siempre...*

Para fundamentar ese amor universal entre los hombres todos, suelen tejer los sociólogos largos y graves discursos, relatando los bienes que por él a la humanidad sobrevendrían. Lo que un hombre da con una mano lo recibiría con otra, suelen decir, sin convencer a nadie, sin estar convencidos ellos mismos. Es decir, si, en efecto, todos los hombres tomasen en serio la doctrina del amor mutuo universal... Pero ¿cuándo llegará a ser una realidad ese sueño...? Y mientras, ¡ay del cándido que esperando correspondencia y



retribución en este mundo, se sacrifica!

Y aun suelen añadir que le quedaría siempre el consuelo de haber obrado bien. Ciertamente ese consuelo es puro y es hondo, como que viene de Dios; pero es preciso que a Dios vaya también y hasta Dios levante su más firme y última esperanza. Sin esto ; qué vacío y que efímero y sin eficacia resultará también ese consuelo...!

Confirmase aún más todo lo dicho teniendo en cuenta la actitud que toman todas las religiones falsas frente al amor del prójimo. Porque no es sólo la filosofía y el buen sentido, sino que las religiones todas predicán este amor, como tan necesario para la humana convivencia y la buena marcha de las sociedades. ¿Cuál es el resultado de tales predicaciones...?

No hemos de mirar hacia atrás ni a lo lejos; bien cerca de nosotros

está el Protestantismo, que nos ofrece un palpable ejemplo de lo que buscamos. Hay que tener en cuenta que el Protestantismo nació después de quince siglos de Cristianismo, y que trata de alimentar su espíritu con doctrinas recogidas en la Biblia, es decir, en los libros en que se contiene principalmente la doctrina sublime del Cristianismo, y sin embargo... Sin embargo, no ha podido, no ya crear, pero ni siquiera remedar con éxito ninguno de esos tipos de amor del prójimo que la Iglesia Católica, la guardadora eterna del fuego del amor, que Cristo vino a traer a la tierra, con tanta abundancia nos ofrece.

Dos, sobre todo, de estos tipos de amor del prójimo llaman la atención del mundo: la Hermana de la Caridad y el Misionero, incluyendo en cada una de estas categorías todas las instituciones similares que a obras de

caridad y beneficencia se dedican, como Hermanitas de los Pobres, de los Ancianos Desamparados, Hermanos Camilos y demás. El Protestantismo puso un empeño inaudito en remedarlas ambas; pero ¿con qué resultado? Díganlo los que hayan visto en algún país protestante las Diaconisas enfermeras, por ejemplo; el que sepa cómo se reclutan, de dónde proceden, qué buscan, cómo viven...

Y no pudiendo detenernos aquí a describir todo esto que no hace al caso, basta saber que en esos mismos países con frecuencia se ve uno sorprendido al encontrar, en Hospitales o Asilos de protestantes y sostenidos y gobernados por protestantes, encargadas del servicio a religiosas católicas. Y es que sin amor de Dios no hay amor; y podrá llegar acaso a tenerse un *buen servicio* desempeñado a sueldo por buenos servidores; pero el calor y la suavidad y la dulzura y

la solicitud maternal y abnegada y ese algo inefable que consigo trae el amor y que tan necesario es al pobre corazón humano, y sobre todo al corazón que sufre, eso no se encuentra sino en quien pone los ojos y el corazón muy alto, y para descubrir en su semejante a un hermano comienza por clamar primero con toda el alma: "Padre nuestro que estás en los cielos..."

¿Pues el misionero...? Pero ¿en qué se parece al misionero católico el poderoso empleado de las Sociedades bíblicas, que viaja con mujer e hijos y grandes acomodados de familia y casa, pues para todo da el magnífico sueldo de que disfruta...?

Y claro está que si fuera del Catolicismo no se encuentran tipos acabados de amor del prójimo, tipos en los cuales ese amor se patentice y se haga visible y palpable sin ningún género de duda, hay derecho para

creer que ese amor puro no existe, al menos en una forma decidida, operante, lógica, consciente de sí, aunque pueda haber apariencias o raras excepciones en las cuales con otros elementos aparezca amalgamado.

Y es que, en efecto, no hay razón eficaz para ello. Es decir, que ni por instinto ni por razón hay nada que naturalmente nos lleve a amar al prójimo, entendiendo esta palabra en su verdadero sentido. Porque de tantos y tantos hombres no recibimos ni podremos recibir jamás ningún bien. Y en cambio de tantos y tantos otros ¡oh dolor! recibimos y podremos acaso recibir mucho mal. ¿Y entonces...? ¿Qué corazón, por natural impulso, por natural razón, devuelve bien por mal, y perdona, perdona siempre, hasta siete veces setenta y siete, como nuestro Padre celestial nos perdona? ¿Qué corazón, en una

palabra, bendice al que le maldice y ama a los que le odian y por ellos llega hasta sacrificarse y dar su propia vida...?

Y aquí conviene acaso descender un poco y entrar dentro de nuestro corazón y sentirnos envueltos por las realidades de la vida —grandes o pequeñas, que siempre tendrán un poco de pequeñas y de grandes, según el punto de vista desde que se miran— y preguntarnos a nosotros mismos: ¿Amas mucho a los que te rodean? ¿Te sacrificas por ellos? ¿Hasta qué punto y con qué miras...? ¿Y cuando te hacen mal? ¿Y cuando son o parecen ser causa de tu desgracia? ¿Y cuando por lo menos se te presentan, cosa tan frecuente, como rivales o como estorbo que te impide alcanzar lo que deseas...? ¿Amas? ¿Amas de veras...?

El examen de conciencia de cada noche bastará sencillamente para res-

ponder a estas preguntas. Los pequeños arrebatos de ira que a cada momento sentimos, los celos o envidias más o menos disimuladas, el recuerdo del mal que nos han hecho con un sordo rencor mal reprimido y tantas otras cosillas que nos dan fastidio en la mayor parte de las personas que nos rodean y con quien tratamos, son no ya para verlas con sincero amor sino más bien para todo lo contrario. Nos cuesta no poco por lo común no quererlas mal, no pagarlas en la misma moneda cuando nos hacen mal, no alegrarnos a lo menos —con un sentimiento maligno que nos rebaja y tal vez allá en lo íntimo nos avergüenza— en sus contratiempos y desventuras.

Pues si de las personas conocidas pasamos a las desconocidas, ¡ah! qué indiferente se suele quedar nuestro corazón ante sus dolores y desgracias. Pasaremos con frecuencia por

la puerta del Hospital; sabemos que allí dentro hay muchos que sufren y que son prójimos nuestros: ¿cuántas veces hemos entrado a consolarlos, a aliviarlos siquiera sus molestias con la manifestación de nuestra compasión y nuestro interés y nuestras palabras cariñosas...? Y lo mismo ante la cárcel y ante las casas de los pobres y ante todo espectáculo de sufrimiento. ¿Es esto amar a nuestros prójimos...?

Y esa misma experiencia nos dice, con un argumento acaso el más convincente de todos, que para amar algo —salvo en los casos de egoísmo en que a ello nuestro interés nos empuja— así a nuestro prójimo; para no desamar por lo menos, para no odiar y desear mal, no hay más punto de apoyo que Dios. Sí, si no fuera mirando a Dios, como vulgarmente se dice... Y en cambio, a medida que en el amor de Dios vamos cre-



ciendo, sentimos cómo nuestro corazón se va haciendo apto para todos los demás amores. Pero de esto luego hablaremos.

Es lo cierto que amar a Dios es amar, y que si por ese amor de Dios no se comienza no se ama. Y que si en los amores instintivos o naturales podemos decir que hay algo de amor por lo que tienen de Dios, en los amores electivos o de reflexión —que son propiamente los nuestros— no suele haber ni puede haber más que cálculo y egoísmo, salvo cuando el corazón se nos va, como antes decíamos, llevado de su *natural* y noble instinto, o cuando, sin nosotros apenas sentirlo, se nos mezcla un poco de amor de Dios en formas más o menos inconscientes y disimuladas.

Vemos, pues, por lo que venimos diciendo, que en un orden puramente natural y entre criaturas no existe ni puede existir, racional y lógica-

mente, el amor puro y verdadero. Y no puede racionalmente existir, repetimos, porque en las criaturas no existe el bien puro, el bien infinito, el bien único, sin el cual todos los otros bienes son males, y con el cual juntamente se poseen y se alcanzan todos los bienes. Y este es racionalmente el único objeto infinitamente amable, puramente amable, totalmente amable; al cual darse todo es recibirlo todo; por el cual sacrificarse y morir es entrar en posesión de la vida y de la bienaventuranza.

Por eso los otros amores tienen que ser forzosamente o instintivos y ciegos, o egoístas, obedeciendo a una función pasajera, nacidos y ordenados por Dios y subordinados a su amor, en donde encuentran su plenitud, su última razón de ser, su acrisolamiento y su recompensa, o bien nacidos de egoísmo y a él subordi-

nados, o ciegos e irracionales, moviéndose en una especie de derroche sin retorno, de vacío creciente, infinito, de desgaste profundamente destructor e irreparable...

### III

Estrictamente considerado, el precepto del amor del prójimo es evangélico. En la antigua Ley había algo preceptuado que al prójimo se refería; pero, o no era precisamente amor lo que se preceptuaba, o el prójimo se entendía en un sentido mucho más restringido de como el Evangelio lo entiende. Y es que el fuego del amor, del amor puro y simple, es Cristo el que lo vino a traer a la tierra.

Dos formas tiene en la antigua Ley el precepto del amor del prójimo: una negativa y otra positiva. La negativa es la del Decálogo o diez mandamientos, que Dios por medio de Moisés quiso poner por Ley fundamental de su pueblo escogido, se-

gún se nos refiere en el capítulo XX del Exodo. La segunda se halla contenida en diversos preceptos del libro del Levítico, principalmente.

Acostumbrados como estamos a considerar los preceptos de la antigua Ley según aparecen completados o interpretados en el Evangelio, apenas solemos darnos cuenta de que el amor del prójimo no está preceptuado en el Decálogo. Lo que aquí se manda es no hacer daño al prójimo, no hacer daño a nadie en ningún sentido y desde cualquier punto de vista que se considere. Por eso los seis últimos preceptos, que son los que al prójimo en general se refieren, tienen todos forma negativa: no matarás, no fornicarás, no hurtarás, etc.

Es muy distinto, como fácilmente se comprende, decir: *ama*, como dice el Evangelio, con todas las consecuencias que de aquí se siguen, a decir: no hagas daño, como si dijera

no odies. Y aun esto de no odiar, como acto puramente interior, tampoco lo prohíbe de una manera *expresa* la antigua Ley, aunque virtualmente quede prohibido al prohibir los efectos maléficos del odio.

Todos estos preceptos, aunque negativos, son, sin embargo, de una altura a la cual el hombre, por su natural impulso, ni aun movido por los argumentos ciertos que puede descubrir su razón, rara vez o acaso nunca llegaría. Lo natural es odiar en el estado actual de naturaleza caída, no solamente al que nos odia y nos hace mal, sino aun sencillamente al que nos estorba; y aun quizá al que, sin estorbarnos propiamente, triunfa más y es más afortunado que nosotros. ¡Cuántas antipatías y enemistades surgen con frecuencia que no tienen otro origen! Lo natural es ver en el prójimo un *medio* para conseguir nuestros fines, y tratar de uti-

lizarlo y explotarlo, en forma más o menos disimulada, para provecho nuestro, aunque sea en daño y perjuicio suyo.

El hombre caído es egocéntrico; es decir, que se pone a sí mismo como centro del mundo, como principio y fin de todas las cosas; lugar y distinción, como fácilmente se comprende, que sólo corresponde a Dios, Creador y Dueño de todo cuanto existe. Esta posición del hombre caído, es absurda y hasta ridícula a los ojos de una razón imparcial, pura y serena; pero es la única real y que obra con eficacia ante las debilidades y sofisterías de una razón metida en carne.

Por eso cuesta tanto el cumplimiento de la Ley. Por eso cada uno de esos mandamientos, aun en su forma negativa, supone un esfuerzo moral o una serie continua de tales esfuerzos para mientras dura la vida,

y que no siempre alcanzan el resultado apetecido. Imperfectos y todo, ¡de cuán distinta manera andaría el mundo, si estos preceptos de la Ley divina se cumplieran...!

En el mismo Decálogo hay otro precepto que se refiere también al prójimo y tiene, sin embargo, forma positiva. Pero es a un prójimo determinado, a una categoría especial muy próxima y muy restringida de prójimos: a los padres. Aquí parece que la misma naturaleza impone el cariño y que la Ley apenas hace sino recoger y sancionar lo que de cualquier corazón, medianamente noble y bien nacido, brota por espontáneo impulso. El amor a los padres lo conocen y en una u otra forma lo practican todos los pueblos de la tierra.

Y sin embargo, en el cuarto mandamiento del Decálogo no es precisamente amor lo que se preceptúa, sino honra u honor. "Honra a tu pa-



dre y a tu madre", dice la Ley. Claro está que en este honor va un cierto amor comprendido, un rudimento de amor y nada más; porque podemos muy bien honrar a personas a quienes no amamos, así como podemos también amar a personas a quienes apenas tributamos honor ninguno.

Entre todas las cosas exteriores que brotan de lo interior del alma, el honor es acaso la más pura y la más excelsa. El honor supone una cierta superioridad en aquel a quien se honra; y es desde luego un reconocimiento de esa superioridad. Suele implicar también admiración y aun agradecimiento; porque a la superioridad de aquel a quien se honra, siendo verdadera, lo ha de ser en el bien y para el bien, del cual, por ser esencialmente difusivo, todos participamos.

Por esto, siendo de precepto honrar a los padres, quedan virtualmen-

te preceptuados para con ellos otra porción de obsequios inferiores, como obedecerlos, atenderlos en sus necesidades y demás, según que la razón y las circunstancias de cada caso lo demanden. Porque el que manda lo más, naturalmente que intenta por el mero hecho mandar también lo menos; y sería ridículo tratar de honrar por cualquier otro camino a un padre, al cual, hallándose en verdadera necesidad y pudiendo socorrerle, no le socorriésemos.

Y no se preceptúan en particular y expresamente ninguno de estos obsequios inferiores que decimos, porque su obligación varía, como que dependen de muchas y mudables circunstancias. Así, no es lo mismo la obligación que tiene el hijo de obedecer a su padre en la menor edad que la que tiene después que de ella ha salido; sin que se pueda, sin embargo, decir que desde esa edad en

adelante quede ya por completo relevado de semejante obediencia.

Honor, pues, a los padres, con todo lo que el verdadero honor en cada caso implica. Eso es lo que manda la Ley. Pero amor... amor propiamente dicho, no queda incluido en este precepto. Será que lo supone ya, pues según dijimos, es naturalísimo este amor, y suele existir sin necesidad de precepto; pero aun así es tanto más de notar que ni aún en este caso llegue la antigua Ley a imponer expresamente el amor como obligatorio.

Pero ¿es que no hay precepto alguno de amor en la Ley antigua...? En el capítulo XIX del Levítico repite Dios con poca variación los preceptos del Decálogo, añadiendo algunos de carácter positivo, como el relativo a la limosna, ordenando que no se recojan todos los racimos de la viña, ni todas las espigas del campo, para que los pobres, en sus re-

buscos, puedan recoger también su cosecha; prohíbe el odio, aun el puramente interior: "Non odéris fratrem tuum *in corde tuo*", y la venganza, y ordena el perdón y olvido de las injurias: "Non quaeras ultionem nec memor eris injuriae civium tuorum (v. 18)." Y en seguida, como tratando de resumir en una sola frase y en un solo precepto el sentido de todo este capítulo, añade: "Diliges amicum tuum sicut te ipsum Ego Dominus": *Amarás a tu amigo como a ti mismo. Te lo mando yo, que soy el Señor.*

Este precepto a primera vista pudiera parecer inútil y vano. Porque ¿quién no ama a su amigo? ¿Qué quiere decir precisamente amigo sino la persona a quien libre y espontáneamente y hasta con agrado amamos? Aun así podría tener un sentido tal precepto: el de evitar las infidelidades y traiciones, que aun en-

tre los amigos con relativa frecuencia ocurren. Pero no; el sentido de este precepto bíblico está más que suficientemente claro por todo lo que en el contexto se dice.

*Amigo* quiere decir aquí lo mismo que *prójimo* y *conciudadano* y *hermano*, de que se habla en versículos anteriores; y el sentido de todas estas palabras es bien claro a juzgar por el conjunto de las ordenaciones y preceptos de este Libro del Levítico. De quien se trata aquí es, ante todo, del israelita, del descendiente de Abraham; del compatriota y conciudadano que hoy diríamos. Y sólo por privilegio especial se extiende luego este amor a los indígenas de Canaan, que vinieron a ser adoptados por Israel e incorporados por medio de la circuncisión.

No se trata, pues, del amigo nuestro individualmente considerado, sino de todo aquel que forma parte de

nuestra sociedad, con quien tenemos que convivir y rozarnos diariamente en la vida. En realidad este es el primer sentido de la palabra *prójimo*, es decir, *próximo*, el que vive cerca de nosotros. Y en la práctica esto es lo primero y más importante: vivir en paz y amor con todo aquel que encontremos al paso en nuestros caminos. La humanidad lejana, por decirlo así; los hombres totalmente apartados de nosotros, apenas pueden ser objetos de amor, si no es puramente teórico, en cuanto que engendra una disposición benévola para el momento en que llegasen a ponerse en contacto con nosotros. En aquellos tiempos, sobre todo, en que las comunicaciones de pueblo a pueblo, de nación a nación, eran extraordinariamente difíciles.

Aunque en un sentido restringido, tenemos, pues, aquí un precepto de amor al prójimo, entendiendo el pró-

jimo en el sentido explicado, como israelita, el que forma parte de la misma nación y adora al mismo Dios. De las fronteras de Israel para afuera ya no hay prójimos. La humanidad en cuanto tal no existe. Al hombre no se le ve sino bajo la capa externa que le envuelve: ¿judío? ¿griego? ¿egipcio? Era Jesucristo el que tenía que reunir la humanidad como ovejas dispersas en un sólo rebaño, bajo un sólo pastor, bajo el amor del Padre Celestial que a todos nos alcanza, que a todos se nos ofrece. Era San Pablo el que como heraldo de la Nueva Ley de Amor tenía que derrumbar al sonido potente de su voz de trueno todas las fronteras, proclamando que ante Dios no hay judío ni gentil, ni escita ni romano, sino almas que redimir y que salvar, destinadas todas con voluntad antecedente para conseguir y gozar la misma gloria.

Haciendo, sin embargo, contraste con este precepto de amar, al *amigo* o al *prójimo* en el sentido explicado, encontramos también en la antigua Ley prescrito, por decirlo así y preceptuado, el odio y la venganza; se desea mal a los enemigos y se les maldice a veces con las más horribles maldiciones; se prescribe la guerra en ciertas ocasiones hasta el exterminio. No es que el amor deba limitarse al amigo y al prójimo o conciudadano, dejando a los demás de los hombres como si no existiesen; es que de fronteras para afuera todos son enemigos y en este sentido más o menos aborrecibles, justificándose con esto una absoluta separación y hasta el desearles y hacerles todo el mal que se pueda. ¿Cómo se explica todo esto?

Fácil es, sin duda, la explicación. El pueblo de Israel era el pueblo escogido por Dios para depositario de



sus promesas, para conservar el fuego sagrado de la religión verdadera, para custodiar el preciadísimo tesoro de la divina revelación. Todos los demás pueblos que en torno a él vivían eran idólatras y gentiles. Y a causa de su idolatría y de sus errores religiosos vivían en una relajación moral espantosa. Alguna vez el Señor había tenido que castigar con ejemplar castigo sus inauditas maldades, como ocurrió con las ciudades de Pentápolis.

Siempre que el pueblo de Dios entraba en contacto o adquiría relaciones con alguno de estos pueblos, acababa por mancharse, por contaminarse con sus errores idolátricos y sus nefandas liviandades. Y era natural que así sucediera. Las malas compañías hacen siempre su efecto; la manzana podrida perjudica y daña a la que está sana. Si el pueblo de Israel hubiera tenido amplia libertad para

entremezclarse y relacionarse como hubiera querido con los demás pueblos, vendría como ellos a caer también en la idolatría, olvidaría al verdadero Dios, abandonaría y dejaría perderse el depósito sagrado de la divina revelación. Y no hay que decir el mal inmenso para toda la humanidad que esto hubiera sido.

Dios debía guardar su tesoro, y para ello hizo de su pueblo escogido un pueblo *cerrado*, prohibiéndole en lo posible el trato con los otros pueblos gentiles. Y para mantenerle en este necesario aislamiento, le ordenaba o le inspiraba esa aversión a todo el que no daba culto al Dios de Abraham y no participaba de las divinas promesas. Era preferible la guerra a la contaminación moral, como son siempre preferibles los males físicos a los males morales. Como fué una necesidad la expulsión de judíos y moriscos, por ejemplo, en Es-

pañá, ante el peligro de que nuestra patria toda llegase a perder la fe.

Sin este aislamiento y aversión a todo lo pagano y extranjero, junto con una gran cohesión y trabazón íntima en lo interior, el pueblo de Israel no hubiera jamás subsistido tantos y tantos siglos, a pesar de tantos cautiverios y guerras y esclavitudes y mudanzas; sino que se hubiera disuelto y trasfundido en otros pueblos y otras razas y la humanidad toda hubiera caído en el error y no hubiera sido posible aquella lenta y larguísima preparación para la gran obra de la Redención, que en el pueblo escogido se iba obrando.

Por otra parte, cuando los autores inspirados, como Jeremías y David, hablan de sus enemigos y les maldicen y les echan mil imprecaciones, deseándoles y pidiendo a Dios les envíe todo mal, no es precisamente por ser enemigos suyos personales, ni si-

quiera por ser solamente enemigos de su pueblo, sino más bien porque son a la vez enemigos de Dios, idólatras, blasfemos, perseguidores de los profetas, profanadores de las cosas santas. Es como cuando nosotros nos alegramos, por ejemplo, de las catástrofes que les pudieran sobrevenir a los moros o a los bolcheviques, no tanto porque nos alegremos de su mal, sino porque pensamos que este mal suyo, por una parte es merecido por sus crímenes, y por otra habrá de redundar para bien de muchos, para bien de la humanidad entera; y en ese bien es en el que nos alegramos y el que deseamos. De tal modo que si este bien se pudiese lograr por otros caminos, por ejemplo, si ellos se convirtiesen a la fe y a la religión verdadera, sería aún mayor nuestro gozo.

Es lo mismo que dice San Juan Crisóstomo interpretando unas pala-

bras de Cristo en el Evangelio, según las cuales parece Jesús alegrarse y dar gracias a su Padre porque escondió los tesoros de su sabiduría a los sabios y prudentes del mundo y los reveló a los humildes y pequeños. No es que se alegre de que los haya escondido a los primeros, sino de que los haya revelado a los segundos, poniendo, como en rigor debe ser, la humildad por encima de la soberbia y dando en justicia a cada uno según su merecido.

¿No es un bien la justicia? ¿Y no es justicia castigar al criminal y pecador? ¿No sentimos nosotros mismos una cierta satisfacción cuando sabemos, por ejemplo, que a algún criminal le ha cogido la Justicia y le van a dar su merecido?... Y no es que nos alegremos de su mal, repetimos, sino que es preferible su muerte a la muerte de sus inocentes víctimas, porque es regla general que

entre el bien de un inocente y el de un culpable siempre es preferido el inocente, ya que el culpable no hará por lo demás sino recoger el fruto de sus malas obras y pagar en justicia su merecido.

Claro está que al individuo particular no le compete hacer justicia con sus semejantes, cosa exclusiva de Dios o de los poderes públicos que le representan. Pero aquí se trata, como venimos diciendo, primordialmente del triunfo de la justicia, de que todos comprendan que no se puede hacer burla de las leyes que Dios ha impuesto, que no es lo mismo seguir el camino del bien que el del mal, que la virtud y el vicio son algo más que puras palabras.

A todo esto hay que tener en cuenta que el pueblo de Israel no estaba iniciado en los secretos de Dios como nosotros lo estamos, ni podían ser tan espirituales sus miras. Nos-

otros sabemos que la justicia se hará, pero no en este mundo, pues mientras los hombres están en él pueden convertirse y alcanzar misericordia. Pero en la antigua Ley sólo con amenazas y promesas de orden temporal y tangible lograban mantenerse fieles a Dios los que le adoraban.

La hora de la Misericordia no había sonado aún, ni apenas se podía vislumbrar el derramamiento de divinas bondades que en la Redención se nos hizo. Por eso apenas se concebía el perdón, el cual venía a ser un contrasentido y un imposible. Sí, un imposible; porque si hay Dios tiene que haber justicia, y la justicia exige dar a cada uno su merecido, y el merecido del que ha pecado gravemente, del que se ha separado formalmente de Dios por un desprecio de gravedad infinita, tiene que ser infinito.

Por otra parte, el perdón, sin ha-

berse realizado el castigo o la satisfacción proporcionada a la culpa, viene a ser la destrucción y como el desprestigio de las mismas leyes de Dios. Esas leyes son las leyes del ser y de la felicidad; lo cual quiere decir que, cumpliéndolas, el ser alcanzará su perfecto desarrollo y su perfección última y su felicidad verdadera, y no cumpliéndolas ninguna de estas cosas se logrará, con lo que vendrá a quedar en eterna desgracia. Y todo esto es tan firme y tan seguro como la palabra de Dios, sobre la cual se asienta el ser de todas las cosas y el universo entero; es tan firme y tan seguro como Dios mismo.

Ahora bien; si por el perdón viniesen a igualarse el quebrantador de las leyes con el fiel cumplidor de las mismas, el orden natural quedaría desquiciado, y Dios entraría en contradicción consigo mismo. Lo cual, claro está, que es imposible. Por eso



la justicia tiene que cumplirse y todo pecado tiene que llevar su castigo.

Y es tan de razón natural esta doctrina, que los mismos paganos lo conocieron. Y así los mismos filósofos y los literatos griegos enseñan que los grandes crímenes no pueden ser perdonados ni en este ni en el otro mundo. No es, pues, de extrañar que los antiguos Israelitas, moviéndose en la órbita de estas ideas fundamentales, no concibiesen ni desearan para el criminal y pecador sino desgracias y castigos.

A nosotros, hijos de la Gracia y educados en la Ley de Amor, todo esto nos choca y hasta acaso en un primer momento nos escandaliza. Hoy podemos desear y descamos para todos los pecadores, para los más grandes criminales, el perdón; hoy pedimos y deseamos que la misericordia se derrame en cascadas infinitas, sin cuidarnos para nada de la justicia,

sin temor ninguno de que el orden natural impuesto por Dios quede quebrantado, ni menoscabado su honor, ni en desprestigio su autoridad, ni disminuída su gloria. Antes al contrario, sabemos que su Misericordia es tan grande como su Justicia y que más almas lleva el perdón al cielo que la inocencia. Pero, ¿por qué?

Porque hay un rescate de valor infinito ofrecido por todos los pecados del mundo. Se puede actuar hasta lo infinito la Misericordia, porque en el Calvario quedó plenamente satisfecha la Justicia. Ningún pecado quedará sin satisfacción, porque desde el momento en que el pecador arrepentido se acoge a Cristo Redentor y recibe sobre sí el preciadísimo tesoro de su Sangre divina, desde ese momento, de tal modo queda enriquecido de merecimientos y de gracia por obra y virtud de Cristo Je-

sús que se los comunica, que ya puede presentarse ante la Justicia eterna del Padre y pagar sobrecabundantemente todas sus deudas.

Nos hemos detenido un poco en esta explicación porque sólo así se puede juzgar convenientemente la conducta de los antiguos israelitas, aun los buenos, aun los mejores en orden a la caridad o amor del prójimo, y porque no está mal, aun por lo que hace a nosotros mismos, darnos cuenta de cuanto debemos a Cristo Redentor, por cuyo rescate hemos pasado de la Ley dura de la Justicia a la Ley benignísima del Amor y de la Misericordia.

Vemos, pues, en resumen, que los Israelitas estaban obligados a no hacer daño a nadie lo primero, como se preceptúa en el Decálogo; a amar a sus amigos, a sus compatriotas, a los seguidores de su misma religión, que no solían caer más allá de sus

fronteras. Como se ve, a todo esto nos lleva el mismo impulso de amor espontáneo y natural y para ello nos convencen y nos mueven evidentes razones de inmediata conveniencia. Ningún gran sacrificio se les pedía; es decir, ningún grande y verdadero amor. El verdadero amor comienza en el Evangelio.

## IV

Cuando los fariseos le acusaban de menospreciador y quebrantador de la Ley, Nuestro Divino Salvador afirmó solemnemente que no había venido para destruir la Ley sino para cumplirla, para completarla y perfeccionarla. Y este perfeccionamiento de la antigua Ley, acaso en ninguna otra materia resulta tan manifiesto como en lo relativo a los preceptos del amor del prójimo, de que venimos tratando. Era natural que así sucediese, pues que en el amor está la esencia y el cumplimiento de toda la Ley y los Profetas, según expresión del mismo Jesucristo.

Su fórmula es bien conocida. Háblele preguntado al Salvador uno de los doctores fariseos cuál es el ma-

por mandato de la Ley, y Jesús, le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el primero y máximo mandamiento. Pero hay un segundo mandamiento semejante a éste, a saber: Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Se recordará que la fórmula literal del Levítico era: "Amarás a tu amigo como a ti mismo"; y decíamos que en esta palabra amigo estaba comprendido todo Israelita, todo descendiente de Abraham o a lo sumo, todo adorador del verdadero Dios, puesto que a los habitantes de Cananea, que reconocieron a Jehová y se sometieron al pueblo de Israel, también se les hacía entrar en esa categoría de prójimos y amigos.

Jesús deja la palabra amigo, que implica en todo caso significación restringida y emplea la palabra pró-

*jimo*; y la emplea siempre que en el Evangelio se refiere a este precepto, como cuando se acerca el joven a preguntarle qué es lo que debe hacer para alcanzar el Reino de los Cielos, y la recogen unánimemente todos los evangelistas. Pero necesitamos saber qué es lo que entiende Jesús por *prójimo*; porque al fin, aunque en un sentido restringido, también la antigua Ley empleaba en ciertos pasajes esta palabra. Y el que nos va a dar esta explicación es el mismo Jesucristo.

Queriendo un legisperito, dice el Evangelio, justificarse a sí mismo, porque sin duda no amaba, apoyándose en la antigua Ley, más que a sus amigos, díjole a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?” Y Jesús le respondió con esta parábola: “Un hombre descendía de Jerusalem para Jericó y fué asaltado de ladrones, los cuales le despojaron y le hirieron, de-

jándole medio muerto. Por el mismo camino iba poco después un sacerdote, el cual, aunque vió al herido, pasó de largo, y lo mismo hizo un levita que pasó por allí cerca y le vió. Llegó después un samaritano, el cual apenas le vió se sintió movido de misericordia, y acercándose a él le vendó las heridas, echando antes en ellas vino y aceite, y poniéndole sobre su jumento le llevó a la posada para continuar curándole. Y al día siguiente, sacando dos *denarios*, se los dió al posadero, diciéndole: "Cuida del herido, y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré cuando vuelva." Y termina Jesús preguntando: "¿Quién de estos tres fué verdadero prójimo para el herido?" Y el legisperito respondió: "El que hizo con él misericordia". Y termina diciéndole Jesús: "Pues anda y haz tú lo mismo."

Para mejor fijar el sentido de esta



parábola conviene tener en cuenta que los samaritanos y los judíos se llevaban muy mal; porque los samaritanos eran una especie de cismáticos que se habían separado de Israel, abandonando la religión verdadera. Por eso en el mismo Evangelio vemos que los Apóstoles se admiran cuando ven a Jesús hablar con la Samaritana, junto al pozo de Sicar; y la misma mujer samaritana, llena de admiración al ver que Jesús le pidió de beber, le dijo: “¿Cómo me pides Tú de beber a mí siendo judío, si sabes que los judíos y los samaritanos no se tratan?” Jesús, pues, buscó para su parábola, no precisamente un desconocido, sino mucho más aún, un extranjero idólatra, un antipático, un enemigo. Las relaciones, pues, de amor y de beneficencia entre los hombre ya no deben encerrarse dentro del estrecho círculo de los amigos, ni de los connacionales

y adoradores del mismo Dios, como en la antigua Ley, sino que deben trascender por encima de toda separación y toda frontera, y extenderse a todos los hombres sin limitación ninguna.

Bien entendieron los Apóstoles esta doctrina de Jesús. Y por eso, apenas recibieron el Espíritu Santo, se dividieron el mundo y hacia todos los rincones de la tierra se dirigieron. Donde hay hombres, hay hijos del Padre Celestial y almas redimidas por Jesucristo. Todas las demás razones caen y desaparecen ante esta razón suprema. La convivencia, la nacionalidad, la raza, la religión... ¿Qué importa, si por todos ha muerto Jesucristo para que todos se salven?

La humanidad, pues, comienza a sentirse una en Jesucristo, con unidad real y verdadera. Antes existían razas y pueblos, pero no la hu-

manidad; antes existían judíos y egipcios y griegos y romanos..., pero no el *hombre*. Cristo prescinde de todos esos accidentes y es el *hombre* solamente lo que ve. Donde hay un hombre hay un hermano, hay un prójimo, hay un objeto digno de nuestro amor. La humanidad es ya una sola familia, pues todos los hombres somos hijos del Padre Celestial y hay que aspirar a que todos ven-gamos a formar de hecho *un solo rebaño bajo un solo Pastor*.

Otra cosa muy importante hay que tener en cuenta en esta parábola del Redentor, y es la manera de entender la *proximidad*, es decir, la *calidad de prójimo* entre los hombres. Nosotros solemos entender esta cualidad como algo ya hecho, que es o que no es, sencillamente. Así, suponiendo que los hombres sean todos nuestros prójimos, descansamos ya como en cosa hecha, tratando de en-

volverlas tan sólo vagamente en nuestro amor.

Pero Jesús no lo entenció de esta manera. Y por eso al terminar su parábola, nos sorprende la pregunta que dirige al legisperito. Porque no le pregunta, como nosotros podríamos esperar, si el que cayó en ladrones es prójimo de los que después pasaron a su lado sin detenerse a curarle ni a atenderle, sino al revés: quién de los que pasaron a su lado vino a ser prójimo del herido. Y al responder el legisperito que el samaritano, por haber hecho con él misericordia, Jesús le replica: "Has respondido bien; anda y haz tú lo mismo."

Esto nos da a entender que la cualidad de prójimo, que por el sentido de la parábola se ve que ha de extenderse a todos los hombres, ha de entenderse como cosa que nosotros debemos realizar. La *proximidad* es lo

mismo que proximidad, acertamiento; y somos nosotros los que con nuestra compasión, con nuestro amor operante y activo, con nuestras obras benéficas, tenemos que realizarlo. El amor acerca siempre cuando es algo más que pura palabra; porque tiende a la asimilación y a la unión. Amar a los hombres será, pues, asimilarse a ellos, *aproximarse* a ellos, sentir con ellos, *padecer* con ellos o *compadecerlos* en sus miserias y desgracias. Eso hizo el samaritano y eso nos manda Jesús hacer a todos cuando en la persona del legisperito nos dice: "Anda, y haz tú lo mismo."

No hemos de esperar, pues, a que los hombres se acerquen a nosotros; somos nosotros los que para cumplir el precepto del amor tenemos que aproximarnos espiritualmente a ellos, a todos sin distinción, porque así nos lo manda Jesucristo. Hay una categoría de hombres para los cuales se

hace sumamente difícil el amarlos, y no son precisamente los desconocidos ni los extranjeros ni los de otra raza o religión, sino los enemigos, los que nos han hecho mal y acaso nos lo siguen haciendo o están por lo menos dispuestos a seguir haciéndonoslo. Si algún hombre pudiera quedar fuera del precepto del amor, si para no amar a alguno ni hacerle bien pudiéramos encontrar alguna vez disculpa, sería aquí, tratándose de verdaderos enemigos. La naturaleza se nos resiste extraordinariamente; y consideradas de tejas abajo las cosas, el amor efectivo de los enemigos sería no sólo un imposible, sino también una insensatez.

Pues bien, ni ahí quiere que nos detengamos Jesucristo; y ahí está precisamente lo más levantado de su doctrina y la clave para rastrear cuál ha de ser la esencia de este amor que para con el prójimo nos pide: amor

que trasciende la pura naturaleza, amor superior a nuestras fuerzas y de esencia distinta de todos los demás amores humanos, amor que sólo puede encontrar su razón de ser en Dios. “Habéis oído lo que a los antiguos se decía —clamaba el Señor ante la muchedumbre—: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los mismos que os odian y hacen mal.” Aquí se ve perfectamente el contraste entre el Evangelio de la antigua Ley, subrayado por el mismo Jesucristo. Por aquí se comprende fácilmente la naturaleza distinta de estos dos amores: el de los antiguos y el de los seguidores y discípulos de Jesucristo.

El primero es un amor natural, más o menos levantado, fortalecido y consolidado por la autoridad del Precepto Divino; pero que al fin y al cabo no hace sino recoger y am-

pliar los instintos naturales del corazón. Amar al amigo; aunque esta palabra se extienda un poco más allá de lo que alcanzan nuestras relaciones personales, que esto poco importa; pero odiar al enemigo, dejar a la bestia que rumie el pasto de la dulce venganza. Aquí no hay ningún gran sacrificio ni es apenas posible que lo haya. Aquí podemos aplicar casi por entero lo que de los amores puramente naturales en el capítulo anterior decíamos. Es decir, que aquí propiamente no hay amor, según lo que entonces hemos visto; que el amor lo trajo Cristo a la tierra y no puede fraguarse en otros hornos que en el horno del amor de Dios.

En cambio, ¿a qué habremos de agarrarnos para amar a nuestros enemigos? ¿Cómo podremos convencer y empujar por ese camino al corazón? El mismo Jesucristo con la



mayor diafanidad nos lo declara: "Todo lo que hiciéreis con uno cualquiera de estos pequeñuelos que son hermanos vuestros y hermanos míos, conmigo mismo lo hicisteis; y yo por tal lo tomaré y lo recompensaré en el último día..." Es decir, que para amar de este modo, hay que comenzar amando a Jesús y no hay otro camino; para hacer bien a los enemigos hay que tener el alma llena de agradecimiento para Dios y de santos deseos de agradarle y servirle en algo. Y como sabemos que Dios toma por servicios suyos los que por el prójimo hacemos, y en ellos se complace grandemente, en El y por El amamos y servimos a nuestro prójimo.

Y aquí ya poco importa que ese prójimo sea vecino o extranjero, agradecido o desagradecido, amigo o enemigo; poco importa todo esto. Porque no es propiamente a él a quien miramos. Nuestro amor ni na-

ce en él, en las cosas buenas que respecto a nosotros tenga, ni termina en él, porque nada de él esperamos. Nace de Dios y termina en Dios, aunque pasando por el prójimo para envolverle en una oleada placentera de verdadero amor abnegado y sacrificado. Como que es el único y puro amor de Dios, el mismo amor con que a Dios amamos, que porque Dios lo quiere así y en ello se complace, viene a rebotar y derramarse sobre el prójimo en abundante cascada.

De aquí que siendo formalmente uno mismo el amor de Dios y el amor del prójimo, los caracteres del primero se transmiten al segundo, en cuanto a la substancia, por entero. El amor del prójimo así entendido es verdaderamente universal. Donde hay un hombre allí hay un prójimo. Nuestro divino Salvador en la parábola anteriormente citada, no nos dice de aquel que cayó en manos de

ladrones sino que era *hombre, homo quidam*, un hombre, un hombre cualquiera, que necesita de nosotros. Ni su nacionalidad, ni su carácter, ni su religión, ni su conducta, nada nos dice de él el Evangelio, sino que es un hombre, y esto basta. Donde hay un hombre hay un prójimo, un hermano de Jesucristo, por quien El dió la sangre y la vida, a quien ama con infinito amor y a quien quiere que nosotros amemos como a El mismo.

Por eso las faltas de caridad para con el prójimo suponen una falta de fe tan grande! Y ¿qué desencanto nos habremos de llevar en el día del juicio, cuando al presentarnos delante de nuestro dulce Redentor, que será entonces nuestro Juez, comencemos a oír de sus labios, de aquellos labios divinos, llenos de Majestad, que con sólo una palabra crearon el universo...! ¡Qué desencanto y qué horror de nosotros mismos sentire-

mos, repito, cuando comencemos a oír de labios de Jesús: “¿Te acuerdas...? Las veces que murmuraste de Mí, juzgándome y criticándome; y acaso condenándome sin compasión; interpretando mal mis acciones, como ya antes habían hecho los fariseos; dejándome en mal lugar con tus juicios y palabras; burlándote de Mí; abandonándome o despreciándome en mis necesidades; mostrándote indiferente ante mis dolores y mis penas; dejándome tiritar de frío, como en el portal de Belén, y pasar hambre, como en los días de mi destierro en Egipto; y trabajar rudamente, mal recompensado, como en el taller de Nazaret; y gritar contra Mí, como hicieron los judíos ante el pretorio, o esconderte por lo menos en tu casa sin salir a mi defensa, dejando que me condujeran a ajusticiar en un patíbulo... ¿Te acuerdas...?”

Y no nos servirá entonces decir: “Señor, ¿cuándo te hemos visto en ninguna de esas circunstancias? Precisamente si nada hemos hecho por Ti es porque Tú de nosotros nada necesitabas. ¡Cuántas veces, al decirte que te amábamos, hubiéramos querido que Tú nos pidieses algo para dártelo; y nada nos has pedido! ¿Guardar tus fiestas? ¿Contribuir a sostener tu culto, a extender entre gentes que te desconocen tu religión, para que fueses más amado y reverenciado,..? ¿Qué más hemos podido hacer por Ti, para demostrarte nuestro amor...?”

No; no nos servirán ciertamente estas excusas, previstas ya y deshechas anticipadamente por Jesús en el Evangelio: “Lo que con uno de estos pequeñuelos hicistéis, conmigo mismo lo hicisteis; y lo que con ellos habéis dejado de hacer, es que no lo habéis querido hacer por Mí ni conmigo mismo...” No puede darse cosa más

grande, ni más aterradora, para los que cierran sus entrañas a la caridad del prójimo, ni a la vez más consoladora para los que en aras de ese mismo amor se sacrifican.

En cada hombre hemos de ver a Jesús, más o menos encubierto o disimulado; poco importa. Los ojos de la fe todo lo penetran y no ven las cosas sino iluminadas por la luz del Evangelio. Cualquiera de las personas que nos rodean, todas ellas y cada una de ellas por separado, lleva dentro de sí a Cristo; sea rico o sea pobre, sabio o ignorante, compatriota o extranjero, criminal o santo... en todos ellos está escondido Cristo y medirá el amor que le tenemos y lo que nos tiene que recompensar o castigar por la conducta y las atenciones que con cada uno de nuestros prójimos hayamos ido guardando.

Todo esto es evidentísimo para cualquiera que lea con atención el

**Evangelio:** ¡tan claro y tan preciso y sin escapatoria lo ha querido poner nuestro Maestro Divino! Y, sin embargo, ¡qué olvidada parece esta doctrina de la mayor parte de los cristianos! Miremos, pues, en torno de nosotros mismos y vayamos examinando persona por persona: ¿cómo trato yo a cada una...? ¿Cómo trataría al mismo Cristo...? ¿Qué sentiré cuando el Dulce Redentor y Eterno Juez tome a su cargo y cuenta propia lo que diariamente y a cada una de estas personas que me rodean voy haciendo?

Y si alguna vez, leyendo las historias evangélicas, llegamos a sentir indignación contra los habitantes de Belén que le negaron hospedaje al aparecer en el mundo, ¡ah!, sintámosla también contra nosotros mismos, que nada hacemos acaso por que duerman bajo techado los que de albergue carecen; en los cuales, una,

vez más, también está Jesús y sigue Jesús sufriendo el frío y el malestar del establo.

Y si tenemos una santa envidia a los pastores que con sus dones le regalaron, ¿por qué no le regalamos nosotros con nuestros dones en la figura de nuestros hermanos, en los que El está y El se complace...?

Quisiéramos acaso con la Santísima Virgen en la casita humilde de Nazaret reservar de la comida para el Divino Infante el mejor bocado, y no caemos en la cuenta de que sí, de que podemos ofrecérselo a Jesús, ofreciéndolo a nuestro prójimo.

Y podemos, sí, podemos todavía con Marta desvivirnos en su servicio, sirviendo solícitos a los que nos rodean. Y salir en defensa *suya*, cuando de cualquiera de nuestros prójimos se murmura en presencia nuestra. Y dirigirle palabras llenas de dulzura y suavidad, impregnadas todas



de amor con las mismas palabras con que con cualquiera de nuestros prójimos conversamos. Parecerá que las decimos para la criatura; pero serán dichas por Dios y para Dios. Las escuchará y las agradecerá tal vez —esto poco importa— la persona a quien exteriormente nos dirigimos; pero en el fondo de nuestro corazón sabremos muy bien, y mejor aún lo sabrá Jesús, que con El es con quien de verdad estamos hablando.

¡Oh concepción sublime del amor!  
¡Oh, como se divinizarían de este modo, santificándose y convirtiendo la tierra en paraíso, todas las relaciones humanas...!

## V

Acabamos de explicar el sentido y la extensión de la palabra *prójimo*, según el Evangelio. Pero si prójimo es todo hombre y el precepto del amor para con todos los hombres nos obliga, ¿habrá de ser nuestro amor igual para con todos...? ¿Y será entonces necesario ir pensando y midiendo las obras o frutos de nuestro amor, de tal modo que a todos los hombres vengamos a medir por la misma medida y a todos llegue por igual nuestra beneficencia?

En cuanto a lo último, a primera vista se comprende lo imposible que sería repartir por igual, no ya entre todos los hombres, pero ni siquiera entre las personas que nos rodean, los frutos de nuestra caridad para:

con ellos. Por eso aquí no cabe discusión, y por eso sería una verdadera locura y hasta la negación práctica del amor del prójimo, a fuerza de querer aquilatarlo y sublimarlo tanto, el pretender repartir por igual sus benéficos frutos. Amar a todos por igual, en la teoría y en la práctica, y llevando las cosas hasta ese extremo, será real y verdaderamente no amar con verdadero amor a ninguno.

Pero hubo autores que entendieron que en cuanto a las obras no puede realmente el amor repartirlas por igual entre todos los prójimos; pero sí el afecto interior o acto de la voluntad y el deseo con que les deseamos el bien. Y esto sería al parecer lo más evangélico y lo más perfecto, pues por todos murió Cristo y a todos por igual se entrega en el Calvario y en la Eucaristía.

Santo Tomás, sin embargo, refuta esta opinión con pocas palabras, pero

con razones muy convincentes. Si las obras no pueden ser iguales, dice, ¿por qué han de ser iguales los interiores afectos, que son el origen y la raíz de esas obras, y con los cuales éstas guardan proporción forzosa-mente...? Dios no quiere separaciones ni contradicciones entre lo interior y lo exterior, sino al contrario, lo que quiere y manda es que lo uno sea reflejo de lo otro. Si, pues, en lo exterior no obliga la igualdad, es que tampoco en lo interior obliga.

Para fijar y aclarar bien esta cuestión, necesitaremos, sin embargo, distinguir desde el principio varias cosas. Sabido es que el precepto evangélico del amor del prójimo tiene dos partes, una negativa y otra positiva. La negativa es no hacerle mal, ni por obra ni por palabra, ni siquiera por deseo o pensamiento. Esto, en el aspecto puramente negativo, obliga por igual para con todos; sencilla-

mente porque las negaciones todas son iguales, como son forzosamente iguales todas las cantidades compuestas únicamente de ceros o que cuentan algún cero entre sus factores. A nadie es lícito, pues, hacer mal ni deseárselo a ningún prójimo y en cualquier forma que sea.

Decimos, sin embargo, *en su aspecto puramente negativo*, porque en cuanto a la obligación en sí misma, como que se basa en cosas positivas, en razones que son de suyo susceptibles de aumento o disminución, ya no es igual tampoco esta misma obligación de no hacer mal para con todos los prójimos. Así, el que hace mal a su padre o a su rey o a cualquier otra persona, a quien por cualquier motivo tenga más obligación de amar y respetar, peca más que el que hace el mismo mal a un prójimo cualquiera, como fácilmente se comprende.

Tras esta obligación negativa, casi

única en las legislaciones anteriores a Jesucristo, como en el mismo Decálogo, viene otra positiva de desear y hacer bien a nuestro prójimo. Pero ¿qué bien es éste...? ¿Y en qué medida estamos obligados a procurárselo...? También aquí necesitamos distinguir. Hay un bien fundamental que debemos desear a todos nuestros prójimos sin distinción, haciendo lo posible por ayudarles a alcanzarlo, y ese bien es la vida eterna. Este bien, que es el Bien Sumo, objetivamente a todos los hombres se lo debemos desear, y en esto el precepto del amor mira por igual a todos.

Es esto tan claro, que tampoco necesitamos detenernos a demostrarlo. Si a algún hombre no le deseásemos este Sumo Bien, le tendríamos que desear de rechazo el sumo mal, porque no cabe término medio; y esto ya no sería amarle ni interesarse por su

suerte, sino odiarle de verdad con el peor de los odios.

Decimos que *objetivamente* estamos obligados a desear a todos este Sumo Bien, que a todos se promete y en cuya posesión seremos todos felices. Pero la intensidad del afecto con que lo deseamos no es necesario ni siquiera posible que sea igual para con todos. ¿Cómo es posible que una madre, por ejemplo, desee con la misma intensidad el cielo para su hijo que para un desconocido...? Para éste lo desea ciertamente, porque es prójimo, porque Jesús ha muerto por él, porque Dios así lo quiere y así lo manda; pero para su hijo lo desea por todas esas razones y además porque es su hijo, *razón* sobreañadida que intensifica extraordinariamente el amor, no ya en sentido puramente apreciativo de la inteligencia, sino en sentido afectivo o de ansia del corazón. Y esto tiene que

ser así y no puede por menos de ser así, porque de ese modo nos hizo Dios y así dispuso las cosas su Divina Providencia. Dios quiere, en efecto, que amemos más, en el sentido que venimos explicando, a los que El mismo ha puesto más cerca de nosotros, confiándolos por ventura a nuestros cuidados. La gracia no destruye en ningún orden la naturaleza en lo que tiene de santo y de legítimo, que es lo que tiene de Dios, sino que la levanta y perfecciona.

Deseamos, pues, a todos el mismo bien en general, que es el cielo; pero lo deseamos de distinta manera, con distinta intensidad; a unos sólo porque son hombres y Dios así lo manda; a otros, por eso mismo y por algunas otras razones sobreañadidas y que interesan vivamente nuestros afectos y acaso llegan hasta engendrar ciertas obligaciones especiales. Lo que se desea es igual; pero el



modo con que se desea es muy distinto.

Si en el cielo y su gloria quisiéramos distinguir grados, como ciertamente los hay, esa intensidad de afecto de que venimos hablando hará que para unos deseemos mucho más gloria que la que para otros en general deseamos. La mujer del Cebedeo no se contentaba con que sus hijos fueran al Cielo, sino que pedía a Jesús que se sentasen uno a su derecha y otro a su izquierda, allá en su Reino. Ninguna madre aspiraría a menos, si en su mano estuviese. Lo cual ciertamente no lo desca ni tiene obligación de desearlo en general para todos los prójimos.

Si, pues, aun tratándose de lo que es fundamental en el precepto del amor del prójimo, no sólo no obliga para con todos por igual sino que cabe tanta variedad, con mucha más razón ocurre esto mismo cuando se

trata de otros bienes que les podemos desear o con los cuales les podemos favorecer. Y aquí entra ya todo lo que se refiere a la práctica ordinaria de la caridad y a las leyes por las que ha de regularse nuestra beneficencia.

El criterio general por el que se ha de regir nuestra conducta a fin de determinar a qué prójimos estamos más obligados a favorecer, es bien sencillo y tiene dos partes: su proximidad o relación con nosotros, y su proximidad a Dios.

Ante todo su proximidad a nosotros. Esta proximidad puede ser de muchas clases: proximidad de sangre o de familia, de convivencia o de vecindad, de amistad o cariño, de semejanza, nacida del compañerismo o de la profesión, cualquier otra causada por un motivo cualquiera legítimo y justo. La proximidad de las personas de nuestra familia tiene

tanta importancia, que llega a ser objeto de preceptos especiales. El cuarto precepto del Decálogo regula en este sentido de la caridad las relaciones entre los padres y los hijos; y en un sentido más amplio y general dice San Pablo que "si alguno no se cuida de atender a los suyos y sobre todo a los que viven con él, es como si hubiese renegado de la Fe, y se hace peor que un infiel.

Y se comprende la razón: porque el instinto de querer y atender a los suyos y sobre todo a los que con uno viven (aun a los criados, que también van incluidos en la expresión de San Pablo) es tan natural, que aun sin conocer el Evangelio, brota espontáneamente en todo corazón bien nacido y no estragado por las pasiones; por lo cual es frecuente que aun los que desconocen por completo la Ley de Dios, más o menos perfectamente lo practiquen. No de-

ben olvidar esto los cristianos, que andan muchas veces ejercitando su caridad con extrañas gentes, olvidándose acaso por completo de los suyos, sobre todo de sus criados o domésticos, según la expresión de San Pablo.

Por encima de esta proximidad de la sangre y la convivencia familiar quedan las que engendra la vecindad, la cual se va ensanchando en círculos concéntricos hasta abarcar al fin la humanidad entera. Pero claro está que en igualdad de circunstancias ha de ser preferido el prójimo que vive al lado de nuestra casa: al extraño o desconocido; el compatriota al que no lo es; aquel a quien Dios ha puesto en cualquier forma en los caminos de nuestra vida que aquel a quien sólo fortuitamente encontramos.

Y aún cabe hacer lugar a nuestra simpatía o a nuestras personales pre-

ferencias, siempre que se apoyen en algún motivo más o menos justo y razonable. No somos máquinas; no podemos serlo, y la gracia no destruye sino que sólo purifica y perfecciona la naturaleza. El cojo, por ejemplo, siente inclinación a socorrer a los cojos; y bien está que así lo haga, como el semejante en general tiende a amar y debe amar con especial amor a su semejante.

Otra razón fundamental de preferencias en orden a la caridad es la proximidad del sujeto o prójimo con Dios. Esto se comprende también facilísimamente. El amor del prójimo nace del amor de Dios, como hemos visto.

El amor de Dios, por su parte, como todo verdadero amor, tiende a unirnos e identificarnos con aquel a quien se ama, y en este caso con Dios. Y esta unión afectiva nos hace participar más y más de sus sen-

timientos, amando con especial amor a los que más ama, según el precepto de San Pablo: "Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu"; "Habéis de plantar en vuestra alma los sentimientos de Jesucristo." Esto ocurre hasta con los mismos amores humanos, pues cuando queremos de veras, poco a poco y sin apenas darnos cuenta vamos cogiendo cariño a todos aquellos a quienes ama la persona que nosotros queremos.

Además, la mayor proximidad a Dios arguye mayor bondad, porque sólo cuando nos vamos acercando a Dios y en la medida en que nos vamos acercando, somos buenos. Porque lo que a El nos acerca es el divino amor, que es la esencia de la perfección y de toda santidad y bondad. Y el amor de Dios es principio de todos los demás santos y legítimos amores, como lo es de to-

das las virtudes. Y un alma que por estar más cerca de Dios se halla a la vez con todas estas preseas adornada, se hace, naturalmente, más amable y más digna de que se la atienda y ayude. Y en esto nos asemejamos a Dios, que habrá de premiar más a los mejores; y comenzamos de alguna manera anticipándonos a su justicia infinita premiadora e incorporando nuestra pequeñísima acción con la suya.

Por otra parte, estas ayudas, portadas a los buenos y a los mejores, logran un fruto seguro, porque les ayudan a seguir avanzando por el camino del bien y a conquistar mayor grandeza. Todas nuestras caridades, en cualquier forma que las hagamos, deben tender en último término a que aquel a quien favorecemos consiga su último fin y lo consiga en la mayor medida y plenitud posible; sencillamente porque este

bien resume en sí todos los bienes y fuera de él no hay sino mal y eterna desgracia. Y aunque nunca podemos tener seguridad completa de que ese fin supremo se logre, ni dependa, por tanto, de él la moralidad de nuestra obra, pero siempre es más seguro y más satisfactorio cuando se trata de buenos, de los que todo lo ordenan y encaminan al bien y algún provecho y gozo nos vendrá a caer a nosotros mismos algún día de haber en nuestra pequeñez ayudado en algo a su perfección y grandeza verdadera.

Hay, pues, y debe haber una cierta simpatía y satisfacción en ayudar a los buenos; y hasta es un cierto indicio de la dirección que nuestros deseos van tomando. Ya que nosotros no podamos ser todo lo buenos y santos que desearíamos, ayudar, por lo menos en cuanto nos sea posible, a que otros lo sean, y den a Dios y



a la Iglesia y a la sociedad toda la gloria que nosotros no les alcanzamos a dar.

Y esto mismo se confirma porque el bien que hacemos a los malos es para que dejen de serlo precisamente, para que comiencen a ser buenos y ser mejores. Porque sin esto todo bien y toda ayuda vendrá al fin a ser inútil y quedar absorbido en desgracia eterna. Y siempre es triste ver defraudadas nuestras esperanzas y quedar inútiles y sin fruto nuestras obras. Ayudar al malo en cuanto malo, sin aspirar a que salga de su maldad, sería cooperar con él a su desgracia, y esto no será jamás amor sino odio verdadero. De este modo sólo los malos, y llevados precisamente de su maldad, se ayudan. *Se ayudan*; ¡ah!, parece que se ayudan, aunque en el fondo, como algún día lo comprenderán, se perjudican. Ayudar y cooperar a la maldad es

dañar y perjudicar con un daño lamentabilísimo y acaso irreparable.

¡Cuánto de esto hay en el mundo! ¡Cuántas veces con mimos y con halagos y adulaciones y condescendencias empujamos por el camino del mal a aquellos a quienes aparentamos querer y queremos acaso con un falsísimo cariño! ¡Cuántas veces esta es la única forma en que actúa el amor (!) de las madres para con sus hijos; el amor de los amigos, en los cuales, por no contrariarnos, sólo encontramos halagos y facilidades para el mal, y nunca una mano fuerte que nos sostenga cuando estemos para resbalar, que nos hable duro cuando la blanda mentira nos engañe y el amor propio nos ciegue y una sombra cualquiera de pasión nos ofusque y extravíe...!

Pero para ver las cosas de este modo se necesita levantar mucho hacia lo alto la pupila, para que en

ella se graben los resplandores de Dios y la cieguen del todo para ver los fuegos fatuos de pasión que extravían y perturban por los caminos del mundo. Se necesita, sobre todo, ser fuertes, con la fortaleza que da sólo el verdadero amor, el amor que Cristo vino a traer a la tierra, dando su vida por los mismos que le crucificaron.

Decíamos hace un momento que el bien que se hace a los malos es para que dejen de serlo; y dábamos en seguida la razón, porque sin esto ningún bien será para ellos bien verdadero y definitivo. Pero no se ha de sacar de aquí que cuando hacemos alguna limosna, por ejemplo, se haya de buscar de una manera directa e inmediata la conversión de aquel pobre pecador. Muchas veces hasta es contraproducente el manifestar estas intenciones, pues parece como que se quiere

comprar o pagar por anticipado la virtud que se predica y se desea. No: obrar el bien pura y desinteresadamente deja siempre tras de sí un aroma de virtud que atrae y que acaso por sí solo germinará y dará fruto algún día. Es esta una cuestión de táctica o de procedimiento, que no podemos examinar ahora porque nos obligaría a detenernos demasiado.

Para terminar este capítulo hemos de tocar aún otra cuestión, aunque tampoco nos es posible aquí desarrollarla como se merece. ¿Qué es mejor: trabajar en la conversión de los pecadores o en el perfeccionamiento y santificación de los justos...? Es esta una cuestión que en variadísimas formas se nos ofrece con grande frecuencia en la práctica. Para resolver bien habría que hacer muchas distinciones y examinar por separado casos muy distintos, cosa que nos

llevaría demasiado lejos. Pero ahora hemos de contentarnos tan sólo con algunas ligeras indicaciones que iluminen la cuestión un poco por alto.

A primera vista parece mucho más importante y meritorio trabajar por la conversión de los pecadores que por la perseverancia y santificación de los justos. Pudiéramos recordar a este propósito aquello del Espíritu Santo de que "el que hiciese apartarse a un pecador de su mal camino habrá salvado su propia alma". Y la parábola de la oveja perdida. Y lo del gozo extraordinario que hay en el cielo por la conversión de un pecador, como no lo hay por la perseverancia de noventa y nueve justos, que no necesitan penitencia. Si el Pastor deja todas las otras ovejas para ir en busca de la que se ha extraviado, parece lógica la consecuencia de que es a la conversión del pe-

cador a lo que hay que atender preferentemente.

Y sin embargo, el mismo Jesucristo nos enseña con sus palabras y ejemplos cosa bien distinta. En primer lugar, El dedicó de hecho mucho más tiempo a ilustrar y santificar a los discípulos que estaban ya en su gracia que a la conversión de los extraños. Y es natural; porque de otro modo vendrían a ser los hijos y los amigos de peor condición que los extraños. Y el mismo Cristo dice que no conviene echar a los perros el pan de los hijos.

En segundo lugar, así como el sol alumbra más que cien estrellas, así también un santo da más gloria a Dios que noventa y nueve tibios. Y el bien mayor debe ser procurado con preferencia. De las vidas de los santos y de la misma Sagrada Escritura podríamos sacar en confirmación de esto ejemplos en abundancia.

En tercer lugar, un santo nunca está solo. Las virtudes perfectas son fecundísimas y se propagan por caminos misteriosos de una manera admirable. Por eso muchas veces un santo, aunque esté escondido en un convento o en el fondo de un desierto, basta para transformar un siglo. Ayudar, pues, a una persona buena a que lo sea más, a que llegue a la perfección, es, según esto, hacer más, por ventura, por la conversión de los pecadores, que si a esta última directamente dedicase uno sus trabajos.

El gozo que hay en el cielo por la conversión de un pecador es distinto, pero no mayor acaso, que el que causa la perseverancia de los justos. Y lo mismo se pudiera decir de la parábola de la oveja perdida y otras semejantes. En la práctica habrá que ver, claro está, las circunstancias especiales y siempre variables y com-

plejas de cada caso; y sobre todo, el llamamiento de Dios, que a cada persona va empujando suavemente a que trabaje allí donde ha de recoger mayor fruto, según los designios inescrutables de su divina Providencia. Amemos mucho a Dios y envolvamos a todos los hombres en esa divina llama, y Dios nos irá poniendo por delante aquellos sobre los cuales principalmente hayamos de actuar nuestra caridad y nuestro celo.



## VI

Fijado ya el sentido de la palabra prójimo, necesitamos ahora determinar también el contenido de este precepto en que se nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos, o sea las formas y gradaciones diversas que puede ir tomando ese amor, según las diversas circunstancias que la complejidad de la vida nos ofrece. Y hemos de insistir desde luego en el examen de esta fórmula evangélica, tan plena de sentido, dejando para más adelante el examinar alguna otra de más subida perfección.

Amar al prójimo como a sí mismo parece a primera vista tener un sentido claro y perfectamente definido, aunque en la práctica no deja de

envolver su interpretación algunas dificultades. Hay, por ejemplo, algunas otras fórmulas que, sin ser idénticas a ésta, suelen tomarse como muy semejantes y aun equivalentes, y son: *No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti*; o en forma positiva: *Ház a los demás lo que quieras que hagan contigo*.

La primera de estas dos últimas fórmulas expresa más bien aquella moral negativa de que hemos hablado anteriormente, contenida, no sólo en los libros del Antiguo Testamento, sino también en muchos otros de filósofos paganos, o en libros religiosos que contienen antiguas tradiciones y preceptos religiosos de otros muchos pueblos. Este precepto podrá hacer al hombre vivir en paz con sus semejantes, pero desde luego no impone ningún género de cooperación ni ayuda, ni arguye ni establece ningún lazo de unión entre lo que nos-

otros llamamos miembros de la gran familia humana. No hacer mal es cosa muy distinta de hacer el bien, aunque es presupuesto necesario para lo segundo. No hacer mal puede ser compatible con una absoluta indiferencia sentimental y moral, respecto de la suerte de nuestros prójimos. Y esto no es evangélico todavía ni pasa de ser como un anticipo de moral humana, como un preludeo o preparación para la moral de Jesucristo.

La fórmula positiva: *Haz a los otros lo que quieras que hagan contigo*, se aproxima más al precepto evangélico, pero sin llegar tampoco a igualarle. En un primer momento pudiera parecer perfecta y aplicable a toda situación. Ves a un pobre, supón que lo eres tú, y lo que desearías que entonces contigo hiciesen hazlo con él y habrás cumplido el precepto. Esto es claro, al alcance de todas

las inteligencias, sin duda alguna de una grande universalidad de aplicación. Y lo que se dice del pobre se dice igualmente del enfermo y de cualquier otro necesitado.

Y no sólo cuando de necesitado se trata es aplicable y fecunda esta fórmula, sino también en cualquier otra situación en que uno de nuestros prójimos pueda encontrarse. ¿Ves a un prójimo tuyo que está colocado en un alto puesto de Gobierno? Pues supón del mismo modo que eres tú quien allí está, y lo que quisieras que hiciesen contigo hazlo tú con él. Para ti en ese caso desearías sumisión por parte de los demás, docilidad, respeto y acatamiento; desearías que defendiesen tu honor y que, lejos de minar tu autoridad, se esforzasen todos por consolidarla y acrecentarla, pregonando tus aciertos, olvidando y disculpando tus equivocaciones, y cooperando lealmente a tus triunfos y

a tu gloria. Pues si eso quisieras para ti, en el caso de estar en el Gobierno, mira ahora a los que te gobiernan y haz para con ellos eso mismo.

Si de un prójimo cualquiera se tratase, con sólo sustituirnos mentalmente por él, hallaremos en seguida la fórmula de nuestra conducta por lo que a él se refiere. Ayuda, cooperación, auxilio, aplauso, defensa, protección acaso, disculpa de sus yerros, olvido y perdón de sus maldades..., todo esto lo deseamos para nosotros de continuo, y debemos, por consiguiente, desearlo y ponerlo en práctica, convirtiéndolo en norma de nuestra conducta para con nuestro prójimo.

Entendida, pues, así, con sencillez y lealtad, esta fórmula, se aproxima ciertamente muchísimo al precepto evangélico, si es que con él no llega a identificarse del todo. Cabe, sin embargo, una escapatoria; porque esa

suposición, por la cual nos ponemos a nosotros mismos en el lugar del prójimo, no es fácil hacerla con absoluta lealtad, y cabe engañarse a sí mismo pensando que en esas circunstancias desgraciadas en que nuestro prójimo exige compasión y ayuda, nosotros sabríamos valernos de otro modo, o nos resignaríamos con nuestra suerte. Así alguna vez, a la vista de un enfermo, por ejemplo, de un pobre, de un necesitado cualquiera, se llegan a oír, con cierto aire de insincera convicción, frases como éstas: "Si está enfermo, que se muera"; "Si yo estuviese como él, me alegraría morirme, que así sufriría menos"; "Anda que trabaje, él se tiene la culpa"; y otras parecidas.

Pero estas excusas caben menos aún —aunque nunca falta del todo un subterfugio para las astucias del egoísmo— si nos atenemos estrictamente a la letra del precepto evan-

gético. Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo. Aquí ya no hay que hacer suposición ninguna. Tú eres un hecho real y es una verdad inmensa que te amas a ti mismo con un amor acertado o desacertado, pero siempre grande. Pues bien, ese hecho, esa realidad del amor con que a ti mismo te amas, es la medida del amor con que has de amar á tu prójimo. ¿Qué deseas para ti? ¿Felicidad? ¿Dicha? ¿Honores? ¿Riquezas? ¿Virtudes? ¿Gloria sempiterna...? Todo eso, en general, debes desear para tu prójimo. ¿Descas que te ayuden, que te defiendan, que te ensalcen y glorifiquen, que olviden tus culpas, que pregonen tus virtudes, que canten tus triunfos y tus glorias...?

He ahí, pues, tu programa, el programa de tu proceder para con los demás, si quieres cumplir el precepto evangélico de amarles como te

amas a ti mismo. Estudia, analiza desde este punto de vista todos tus sentimientos, y luego, en la forma en que a tu misma persona se dirigen, vuévelos hacia tu prójimo y derrámalos sobre él como cascada abundante, agradabilísima y sobremanera beneficiosa. ¡Y cuánto ganarás obrando así! ¡Y cómo encontrarás por este camino una dicha tan inefable cual acaso nunca hasta ahora has encontrado...!

Hay, sin embargo, que distinguir aquí varios deseos de bienes, porque claro está que todo lo que debemos desear al prójimo ha de ser bajo la razón de bien y hay cosas ciertamente que pueden ser un bien o dejar de serlo según las diversas circunstancias. Así, para uno mismo es lícito y puede ser grandemente virtuoso desear la pobreza, por ejemplo, desear sufrir cualquier género de sufrimientos o martirios. Y sin embar.



go, no sería lícito, en general, desear esto mismo para nuestro prójimo.

La razón es bien sencilla. Todas esas cosas son verdaderos bienes cuando caen en una voluntad enérgica e iluminada que sabe soportarlas con resignación y alegría, ofreciéndoselas a Dios en aras de un santo amor. El alma que las desea se halla ya, más o menos, en estas condiciones, y por eso desearlas es un bien, y llegar a experimentarlas santamente es un bien mucho mayor e incomparable. Pero si esas cosas caen sobre una voluntad débil y poco preparada por la gracia, pudieran servirle más bien de tentación, dando lugar a caídas en vez de progresos espirituales y enriquecimientos de virtudes. Y por esto no podemos desear para los demás esas cosas si no nos consta de una manera certísima de su gran perfección y de que las llevarán como es debido para

mayor gloria de Dios y enriquecimiento propio. Los santos, sí, se las deseaban mutuamente, y se las siguen deseando, pues saben que es la mayor ambición que en este mundo puede tener un alma iluminada.

Aparte de esto, debemos clasificar los bienes de la vida según su jerarquía propia y su orden esencial de superioridad relativa, a fin de poder ordenar, con un criterio racional, nuestra conducta, y resolver los conflictos que por coincidencia o contraposición de varios de esos bienes puedan ofrecerse. Porque no es evidentemente lo mismo un bien de orden material que otro de orden moral o espiritual, y cada uno de ellos tiene, por decirlo así, derechos especiales y da lugar a especiales preferencias.

Podemos, pues, por lo que a la caridad se refiere, clasificar los bienes de la vida en la siguiente forma:

bienes materiales o riquezas en un sentido general, servicios, honores, fama y bienes estrictamente morales o de provecho inmediato para el espíritu. El orden de preferencia que entre todos ellos se ha de guardar es precisamente el inverso de como aquí están enunciados, salvo, naturalmente, algún caso excepcional. Por lo común, nosotros agradecemos más un servicio que nos pueda hacer una persona cualquiera, no obligada a prestárnoslo, que un objeto material con el cual acaso pudiéramos lograr por otro camino ese mismo servicio. Así, para un enfermo hace mucho más y es más de agradecer y tiene más mérito delante de Dios el que por caridad se presta a servirle y atenderle, que el que le da limosna, por ejemplo, con que se procure esos servicios. La cosa es clara y basta consultar al propio corazón para darse de ello plena cuenta.

Más que los servicios todavía suelen estimarse los honores, cuando lo son de verdad, es decir, cuando son algo más que puras fórmulas vacías. El honor es un homenaje que se tributa a la excelencia. Lo excelente, en un orden cualquiera, es siempre amable. Si, pues, reconocemos sinceramente una excelencia y sinceramente la amamos, la honraremos; y a la inversa, si honramos de corazón a una persona, ha de ser porque comenzamos reconociendo en cualquier forma su valor y sus merecimientos, y en ese mismo sentido comenzamos a amarla y admirarla. ¡Y todo esto lo agradece tanto y tanto la humana naturaleza...! Y también aquí el corazón basta para ilustrarnos suficientemente; pues si por lo común solemos tener en poco los honores humanos, no es por lo que son en sí, sino porque dudamos de su sinceridad y de su contenido, a fuerza de

tanta falsía como la experiencia nos ha ido haciendo encontrar por el mundo.

Por encima del honor, y con él relacionado, está la fama. El honor es un homenaje que se tributa de presente; mientras que la fama solamente en la ausencia se forma y se propaga. En el fondo vienen a ser la misma cosa. Pero precisamente porque en la ausencia nos podemos menos defender, y porque a nuestras espaldas corre mucho mayor peligro nuestra dignidad y nuestro buen nombre, y tiene peores consecuencias la falsía y la traición, precisamente por eso apreciamos mucho más la fama que el honor. Entre todos los bienes puramente humanos la fama o el buen nombre es, de seguro, según una recta apreciación, el más excelente.

Quedan por encima todavía los bienes puramente espirituales, que son patrimonio interior del alma, y

que si se saben bien mirar, son desde luego los mayores y aun casi los únicos bienes de la vida. Todos los demás son bienes cuando a estos últimos se ordenan y dejan de serlo cuando a éstos contradicen y estorban. Pero a estos bienes puramente espirituales del prójimo, no podemos nosotros llegar, ni se los podemos proporcionar si no es por caminos indirectos: el consejo, la ayuda material a fin de ganarles la voluntad para el bien, la amonestación leal, la súplica amorosa, y, sobre todo, el buen ejemplo. Todo esto se lo debemos con el deseo y según la ocasión se nos presente a todos y a cada uno de nuestros prójimos. Y salvada la debida proporción, lo mismo ocurre con los bienes del honor y de la fama. Y descendiendo más, y sólo cuando las circunstancias apremien con lo que se refiere a servicios y bienes materiales,

Esta gradación de bienes nos da la clave para resolver muchos conflictos de conducta que nos presenta la vida, y hasta para medir el mérito de las obras y la gravedad de los pecados que a estas materias se refieren. Por eso de suyo es más grave atentar a la fama del prójimo en su ausencia, lo cual indica una cierta felonía y traición cobarde, que a su honor, o sea en su presencia, donde mejor puede defenderse. Y es más grave a su vez atentar contra su honor que contra su bolsillo, salvando la debida proporción, pues la pérdida del honor, la herida que contra él se infiere, por ejemplo, mediante un insulto, suele ser mucho más sensible que una pérdida equivalente de bienes materiales.

Sobre esto se suele meditar demasiado poco. Personas hay que no se atreverían a robar un duro a las

claras porque les parecería, y con razón, que podía ser muy bien pecado grave; pero en cambio, dirigen un insulto que produce en aquel que lo recibe un sentimiento y un disgusto y una revolución, y un verdadero daño, muchísimo mayor que el que la pérdida del duro les ocasionaría, y se quedan, sin embargo, tan frescas y tan tranquilas. Con la fama ocurre todo esto y mucho más aún. ¡Cuántas veces nos bebemos como el agua, sin darles importancia apenas, murmuraciones verdaderamente graves, cuya gravedad comprenderíamos con sólo ponernos un instante en el lugar del prójimo y aplicar la letra del precepto de amarle como a nosotros mismos!

Y claro está que si de nosotros se tratase, no nos convencería lo más mínimo la disculpa que solemos dar: "Yo así lo he oído; no hago más que repetir lo que otros dijeron"; o dis-



culparnos sencillamente pensando que así es la verdad, y que la verdad puede decirse siempre. No, la verdad que perjudica la fama del prójimo no debe decirse, y el decirlo es murmurar.

Si las cosas que contra la fama del prójimo se dicen no fuesen verdaderas, ya no sería murmuración sino calumnia, lo cual es, por su esencia, pecado grave, tanto para el que la inventa, como para el que la propaga, a causa de los estragos inmensos que con ella se hacen y de los estragos que causa en las almas. Una vez más nuestro propio corazón y la aplicación sencilla del precepto: "Ama a tu prójimo como a ti mismo", nos daría luz bastante si quisiéramos abrir los ojos para percibirla y reflexionar unos momentos.

Por encima de todos estos bienes, porque es la base y fundamento de todos en algún sentido, está la vida. La cual ha de ponerse en una cate-

goría especial, precisamente por eso, por ser fundamento de todo lo demás, incluso de los mismos bienes espirituales que en ella y por ella se alcanzan. Sólo así la vida es el mayor de todos los bienes, pues desde otro punto de vista considerada, más valen los bienes espirituales y hasta el honor y la fama, en muchos casos.

En caso de conflicto ha de prevalecer el bien mayor. Es decir, que si para evitar un daño a una persona fatalmente hubiera que incurrir en otro, habría que preferir siempre el bien mayor y evitar el mal mayor, según las categorías antes indicadas. Esto, claro está, suponiendo que las personas de que se trate sean moralmente iguales, y no en caso contrario. Así, decir de un criado, por ejemplo, que es infiel cuando lo es de veras a personas extrañas que nada tienen que ver con él, será murmurar ciertamente; pero decirlo a una

persona que trata de recibirlo como criado en su propia casa, exponiéndose así a ser perjudicada por las infidelidades del mal criado, ya no será murmurar, sino evitar un daño a la persona que nos consulta.

Aquí hay ciertamente un conflicto de bienes: para salvar de un perjuicio material al amo, se daña el buen nombre del criado. Y aunque el buen nombre de suyo vale más que los bienes materiales, el criado infiel es culpable, y no hará sino sufrir las consecuencias de su culpa; y al amo se le supone inocente y sufriría injustamente un daño por parte del criado infiel. En casos así, el inocente prevalece siempre sobre el culpable.

Otro caso que pudiéramos poner es el de un político que aspira a la gobernación del país. Ocultar sus fechorías anteriores sería dar lugar a que desde el Gobierno continuase ha-

ciéndolas en mayor escala y con perjuicio de todos. Y por esto, aunque su buen nombre padezca, es lícito siempre, dentro de los límites de la verdad y con una recta intención, analizar su vida para que las gentes juzguen si es o no digno de tan alto puesto. El bien del público —inocente— prevalece sobre el bien particular del culpable.

Fuera de estos casos, repetimos, los bienes han de ordenarse según la escala anterior, y de ese modo han de ir especificando la conducta. Por desgracia, más bien solemos seguir el proceder contrario: dar más o menos importancia a los bienes materiales y prescindir, casi por completo, de los otros. ¡Cuántas veces hablamos mal en ausencia, o adulamos o halagamos, haciéndoles un mal mayor aún, en presencia a aquellos mismos a quienes aparentamos querer, y hasta fa-

vorecemos acaso con bienes o ayudas materiales! Todo esto es tener pervertido el sentido del amor, o no haberse iniciado siquiera en el verdadero espíritu del Evangelio.

Y aunque se quisiera decir que la ignorancia excusa, ¿qué ignorancia cabe alegar en todas estas cosas? Rutina, irreflexión, eso sí; pero nada de esto disculpa. Todos nuestros actos deben de ir precedidos de un poco de reflexión, que es la manera de proceder como seres verdaderamente racionales y libres; y si esta reflexión falta, culpa nuestra será, pero no cabe alegar ignorancia que de verdad nos excuse.

## VII

### (PARA LA SAGRADA COMUNIÓN)

La ciencia del amor, como toda la realidad inefable y sublime del amor, naturalmente ha de hallarse resumida en el Sacramento eucarístico, que es el Sacramento del amor por antonomasia; y esto no sólo por lo que directamente se refiere al amor de Dios, sino también y de igual manera por lo tocante al amor del prójimo.

El mismo Jesucristo guardó para el instante en que instituía este Sacramento adorable el dar a sus discípulos la fórmula más perfecta del amor del prójimo, la que El deja como en testamento a los suyos, a los que han de seguirle de cerca en el

destierro y quieren también estar muy próximos a El en su reino. Y es de notar que esta fórmula no la da Jesús en sentido meramente enunciativo, ni siquiera en forma de recomendación o de alabanza, como tantas otras cosas que El mismo nos manda o nos aconseja en el Evangelio.

Aquí Jesús, revestido de la solemnidad del momento, que era el momento de la despedida, cuando se acercaba ya la hora de su Pasión y todo el ambiente se llenaba de una solemnidad majestuosa como no ha habido jamás en la historia de los siglos..., con acento imperativo y lleno de gravedad, les dice a sus apóstoles y comensales: *Hoc mando vobis ut diligatis invicem sicut dilexi vos. Esto es lo que os mando; que os améis los unos a los otros como yo os amé.*

Muchas cosas les había ya hablado

entonces Jesús, pero de todas parece olvidarse al formular este mandamiento. Buscad en el Evangelio otro precepto que se nos dé en forma más categórica, más imperativa, y apenas lo encontraréis.

Y para corroborar aún más la fuerza de este precepto, añade el mismo Jesús: *En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros.* Para aparecer como discípulos suyos ¿esperabais, por ventura, que pusiera por condición el amarle mucho a El como Señor y Maestro? Implícita va también esta condición, ciertamente; pero la que Jesús por especial manera quiere hacer aquí resaltar es la de que mutuamente nos amemos de la manera misma con que El primero nos amó.

Nos había hecho en otras ocasiones ver su persona divina oculta bajo la persona de nuestros prójimos, haciéndose de este modo solidario y



acreedor de todo el bien que para con cualquiera de nuestros hermanos obremos. Pero aquí se coloca en otro punto distinto, a fin de que en nosotros se complete, aun por lo que al prójimo se refiere, la actuación completamente divina del amor. El es el término de nuestro amor, aun cuando hacia el prójimo lo dirigimos; pero ha de ser también el principio de ese mismo amor el Maestro que nos enseña a amar y el fuego mismo con que para el amor nuestro corazón se inflama.

Y esto a toda costa, so pena de no aparecer como discípulos suyos y de que ni El mismo como tales en el día del juicio nos reconozca. Para imponerles este precepto y esta condición aprovechó Jesús el momento en que el afecto de los discípulos hacia El más se había enardecido. *Eamus et moriamur cum eo. Vayamos también nosotros hasta morir*

con El. Y San Pedro: *Aunque tuviese que morir contigo...* Vemos, pues, que por querer ser siempre discípulos de Jesús y no abandonarle jamás, estaban los discípulos dispuestos hasta a sufrir la muerte con El si fuese preciso. Y en esa disposición de ánimo, recogiendo esas mismas ansias de martirio, les intima Jesús solemnemente el precepto del mutuo amor.

Porque ansias de martirio ciertamente se necesitan para amar a nuestros prójimos como Jesús nos amó. ¿Hasta dónde llegó Jesús por amor nuestro? Hasta el martirio y la Cruz y la muerte afrentosísima. ¿Cómo nos amó a nosotros nuestro obligado modelo el dulcísimo Jesús? Hasta entregársenos del todo, soportando nuestras ofensas, nuestras ingratitudes, nuestras fragilidades y malicias, una vez, mil veces, incontables veces, concediéndonos siempre el perdón, puri-

ficándonos de nuestras manchas, lavándonos El mismo los pies, dejándose por nosotros abofetear y escupir y azotar y tener por loco, ser coronado de espinas y afrentado como rey de burlas y pospuesto a Barrabás y clavado en una Cruz y amargado con hiel y vinagre, hasta en sus últimos instantes, mientras pedía perdón y se ofrecía al Padre por los mismos que le atormentaban...

Así nos amó Jesús. Así nos manda Jesús que los unos a los otros, si queremos ser discípulos suyos, nos amemos. ¡A cuán largo examen de conciencia se presta esa enumeración de las formas y maneras con que a nosotros nos mostró su amor Jesús y a través de todas las cuales debemos nosotros ir mostrando, para ser discípulos suyos, nuestro amor al prójimo...!

Ser discípulos suyos sí queremos, pues le acabamos de dar o le vamos

a dar muy pronto, como ya muchas veces se lo hemos dado, el abrazo más íntimo del amor al recibirle en la sagrada Eucaristía. Pero no nos hagamos ilusiones. Con toda su autoridad, en lenguaje claro y terminante que no deja lugar a dudas, Jesús nos impone por condición, para ser discípulos suyos y comensales suyos acercándonos a recibirle en la Sagrada Eucaristía, el que seriamente nos propongamos amar a nuestro prójimo de la manera que El primero a nosotros mismos nos amó.

Y por si todavía pudiese quedar alguna duda, el discípulo amado de Jesús, el confidente más íntimo de todos sus secretos amorosos, nos advertirá más adelante que es inútil querer amar a Dios sin amar a nuestro prójimo y que el que así quiera hacerlo, él a sí mismo se engaña y se seduce. ¡Y cómo abundan, por desgracia, estos seducidos de sí mismos

entre los cristianos! ¿Y entre nosotros? ¿Entre los que seguimos más de cerca a Jesús? ¿Entre los que nos hemos ofrecido a El por completo? ¿Entre los que le recibimos todos los días sacramentado, pudiendo más que reclinar sobre su pecho nuestra cabeza y sentir el calor y los más íntimos latidos de su divino Corazón...?

¡Ah! ¡Ah! Que quizá sea demasiado amarga la respuesta, y mejor que formularla será que nuestra garganta se anude de vergüenza y de dolor y que broten del corazón las lágrimas y que, al salir de aquí, los ángeles del cielo y los prójimos que nos rodean comiencen a notar la transformación de nuestra conducta, hija de nuestros firmísimos propósitos. Comiencen a notar que después de habernos hoy acercado a Jesús, envuelve nuestra conducta un más fuerte y subido aroma de amores verdaderos; que co-

menzamos a amar a nuestros prójimos no al modo nuestro ni según nuestras simpatías y arbitrarias interpretaciones, sino tan sólo con los ojos puestos en Jesús y según la manera misma con que El a nosotros nos amó.

Jesús es el Señor; Jesús lo manda. Jesús es el Maestro; y Jesús, dándonos El mismo por modelo, nos enseña. Jesús es el Amor; y si de veras le abrimos las puertas de nuestro corazón incapaz y endurecido, El en nosotros amará, poniendo en nuestro pecho su morada, y seremos entonces, no solamente discípulos suyos, sino en verdad una sola cosa con El, miembros vivos de su cuerpo místico, viviendo y sufriendo y gozando con El su propia vida.

# ÍNDICE

## PREÁMBULO.

PRIMERA PARTE.—I. Qué es vivir. Movilidad. Hacia dónde. La voz de Dios. La naturaleza y el deseo. De cuánto somos capaces. Capacidad infinita como deseo infinito. La perfección y la felicidad. Relación entre ambas. El bien. Bondad divina. Nuestro destino. El amor. Principio y fin. Nuestra medida. Nuestro valor. Vivir es amar. Vivir es crecer en amor. Nuestro bien. No está en la tierra. No hay más amor que el de Dios. La experiencia. Amor de concupiscencia y de benevolencia. Hacia el puro amor.

II. Resumen de lo anterior. El alma y el cuerpo. Operaciones del alma. Primacia entre ellas, en este y en el otro mundo. La perfección está en la caridad. Carácter sobrenatural de ésta. El querer libre. Lo que puede el hombre en cuanto al amor de Dios. Todo de Dios y todo nuestro. Ejemplo. Cómo se crece en caridad. El leño y el fuego. Quitar estorbos. Me-

recer. El salario por días o a plazos. Etapas del crecimiento. Vía purificativa. Sus caracteres.

III. Lo que puede la voluntad. Lo que puede el pensamiento. Sus mutuas relaciones. El fuego y la llama. Curiosidad o ansia de Dios. Ejemplos. El amor en los principiantes. La oración. Su esencia. Efecto y causa del amor. Distracciones. Al corazón no se le manda... Camino por donde viene el amor. El amor de Dios no se siente. Es actuación y vida de la fe. Las obras. Posible engaño; tentación de principiantes. Lo primero es hacerse grato al Amado. Lo único necesario. Oración continua. Cómo se alimenta. Fuego que no se apaga. Nuestro esfuerzo. Manjar sólido. El recogimiento.

IV. Fin del amor: poseer y ser poseído. Sólo es posible en el amor de Dios. Y propiamente sólo en la otra vida. Camino para llegar a esa unión. La mística. El Don de Sabiduría y la Contemplación. Toques místicos. Ver y experimentar. Lo consciente y lo inconsciente. Caridad infusa. Amar a Dios con el amor con que El se ama. Transformación de vida. Pruebas. Lo que se pierde y lo que se gana. La unión. Luz sin luz. Enajenación amorosa. La Eucaristía. Verdadero anonadamiento. Vida divi-



na. Su fecundidad apostólica. Es para todos. Los que tengan sed...

V. Lo inefable. Frutos del perfecto amor. Seguridad. Beatitud consiguiente. Sobreabundancia de gozo y de martirio. La Cruz, razón de ser de esta vida. Martirio del amor. "Muero porque no muero". Resurrección. Nueva creatura. Miembro vivo de Cristo. Pureza del corazón. Condición para poseer a Dios y gozarle. Cielo anticipado. Pentecostés del alma. Frutos maduros. Almas víctimas: almas reparadoras.

VI. La Eucaristía: manifestación suprema del Amor. Total entrega. Desco infinito y dádiva infinita. Lo que nosotros damos a Jesús. Una comunión sin misterio sería el cielo. La Dádiva del Calvario y la del Sagrario. Incorporación perfecta, y mutua posesión. Individualización de la Dádiva. Aspiración del amor: ser único. Cómo el alma es única para Dios. Maneras como Jesús se nos da. Manifestación infinita del Infinito Amor, Dádiva eterna: renovación del Calvario. Deseo ardiente y clamor válido. Donación nuestra. Bodas del alma.

PARTE SEGUNDA. — I. ¿Hay más amores que el de Dios? El hecho. El precepto divino. Aparente contradicción. Amores de naturaleza y de elección. Amor de madre. Lo que tiene de verdadero amor.

Lo que le falta. El amor es indivisible. Por consiguiente tiene que ser único. Lo que el amor maternal tiene de Dios. Consecuencias. Aplicación a los otros amores naturales.

II. Amor del prójimo. Superior a nuestras fuerzas naturales. Razones diversas. No bastan. Los teóricos del amor. Filantropía. Ejemplos. Fatal desengaño. Las religiones falsas. Tipos de amor del prójimo. Nuestra experiencia. Inevitable disyuntiva.

III. El amor del prójimo en la Ley Antigua. Forma negativa. El Decálogo. El hombre caído es egocéntrico. El cuarto mandamiento. Otros preceptos positivos. Su sentido verdadero. Por qué se prescribe el odio. Explicación. El peligro de contaminarse. El sentido de la justicia. El castigo inexorable. El perdón inconcebible. Lo que nos trajo la Redención.

IV. El cumplimiento de la ley. Fórmula evangélica. La parábola del Samaritano. Su explicación. Cristo muere por todos. La humanidad, una familia. Sentido activo de la palabra prójimo. El amor de los enemigos. Todo es posible en Cristo. Sustitución de Cristo por el prójimo. Aplicaciones. Sólo un amor.

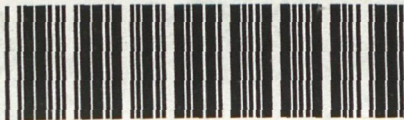
V. Grados de amor al prójimo. En cuanto a los frutos. En cuanto al amor

en sí. ¿Todos los prójimos iguales? Aspecto negativo. Raíz de la obligación. Aspecto positivo. El bien supremo. Los otros bienes. El deseo y la obra. Criterio general. La proximidad del prójimo a Dios. La proximidad con nosotros. Grados distintos. Diversas combinaciones. Hacer bien a los malos. En qué sentido. Verdadero y falso bien. Qué es mejor: trabajar en la conversión de los pecadores o en la santificación de los justos.

VI. Ama a tu prójimo como a ti mismo. Contenido de este precepto. Fórmulas semejantes. Fórmula negativa. Idem positiva. Escapatoria. Como a ti mismo. Clasificación de bienes. Riquezas. Servicios. Honores. Fama. Bienes espirituales. Vida. Problemas diversos. Conflictos. Siempre preferible el inocente. Gravedad de las faltas contra este precepto. Posibles inútiles excusas.

VII. La Eucaristía, resumen de toda ciencia y de toda realidad de amor. Nueva fórmula de amor al prójimo. "Como yo os amé." Condición para ser discípulo de Cristo. Momento oportuno. Cómo no amó Jesús. El amor de Dios y del prójimo. Jesús principio y fin de todo amor.

ULPGC. Biblioteca Universitaria



\*724566\*

BIG 211 MEN cie

